

A photograph of a very muscular man with a beard, looking down. He has large, intricate tattoos on his chest and arms. The background is dark.

EL ROMANCE DE UN
PADRE SOLTERO
MACHO ALFA
MULTIMILLONARIO

El Amor Siempre

GAINA

L.A. PEPPER

EL AMOR SIEMPRE GANA

EL ROMANCE DE UN PADRE SOLTERO MACHO
ALFA MULTIMILLONARIO

L.A. PEPPER

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciseis](#)

[Epílogo](#)

[Sobre L.A. Pepper](#)

[Otros Títulos de L.A. Pepper](#)

[Lee un romance gratuito](#)

[Audiobook](#)



© Copyright 2019 - Todos los derechos reservados.

Es ilegal reproducir, duplicar o compartir cualquier sección de este documento, tanto por medios electrónicos como en formato impreso. La grabación y almacenaje digital de esta publicación queda estrictamente prohibida, no se permite a menos que se cuente con un permiso escrito por el editor. Solo se permite el uso de citas en reseñas o artículos.

Este libro es un trabajo de ficción, cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, o lugares o eventos, es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

Sentí el ardor del tequila en mi garganta mientras pasaba el dedo por la vieja foto en blanco y negro que encontré en el armario de mi madre después de su muerte. Era una foto en blanco y negro de una familia vestida con saris y túnicas, y la niña de la foto se parecía a quien yo fuí de niña, cabello largo y negro que se negaba a mantener un rizo, piel bronceada, grandes ojos marrones. No cabía duda de que era mi abuela. No importa cómo dió vuelta mi vida.

—Espera, déjame aclarar esto. —Shawn García, mi mejor amigo de toda la vida, se sentó a mi lado en el bar. —Tú, Stella Marino, una chica cien por ciento italiana de Long Beach, Nueva York, no eres realmente italiana. —Estaba mirando los resultados de mi prueba de ADN. Obtuve la prueba por correo electrónico y vine directamente aquí, Star Girl Bar and Grill, el restaurante y cervecería de Shawn, porque necesitaba a mi mejor amigo y necesitaba tequila, no necesariamente en ese orden.

—No, soy italiana, pero solo del lado de mi padre. —Vertí otro trago de tequila. Me quedé mirando la foto. Mi abuela con su madre y su padre, definitivamente no es italiana. Mi identidad vuelta de cabeza. Tiré el tequila de vuelta. ¿Quién más era yo?

—Y el lado de tu madre fue... —levantó los resultados de la prueba de ADN. —De Pakistán. Asentí. —Aparentemente. A pesar del hecho de que recuerdo a mi nonna y ella era DEFINITIVAMENTE italiana.

—Aparentemente no. —Se recogió su pelo largo y oscuro en un moño y pasó sus dedos considerablemente por su barbilla. Parecía guapo y apuesto, y bastante antipático. A veces deseaba que fuera heterosexual, porque resolvería muchos problemas si pudiéramos enamorarnos, pero eso nunca iba a suceder. Y probablemente fue injusto para los dos.

—¿Por qué mentiría ella? ¿Por qué fingiría ser italiana? —
Alcé la foto. —Mira. Pakistani. No italiana. —Shawn se
encogió de hombros y me palmeó la mano—. No sé, preciosa.

Me llamó el sobrenombre que me había dado como broma
en la escuela secundaria, pero que se había mantenido a lo
largo de los años como un cariño. Era el único al que le
permitía llamarme así. Yo no era preciosa. Yo era Stella,
cantante y compositora. Tenía metas Aunque, para ser sincera,
también estaban de cabeza. Había estado negociando un
contrato de grabación cuando me dejaron. Yo era ‘demasiado
sincera’, y eso no era comercializable. Demasiado sincera ¿Y
eso qué significa? Fui a verter otro trago de tequila. Shawn me
quitó la botella y me lanzó una mirada de regaño.

—El mundo es un lugar difícil. Tal vez pensó que sería más
fácil ser italiana en Estados Unidos que ser Pakistani. Todos
querían ser blancos en ese entonces. Sabes que por eso no
hablo español, mis abuelos querían asimilarse. Vinieron en esa
misma época.

—Eso es terrible. Estaría orgullosa de ser Pakistani. Y
hablar español. —Él se encogió de hombros y dejó los
resultados del ADN, luego me sonrió. —Está bien, tal vez ella
estaba tratando de meterse con la mafia italiana.

—Cállate. —Puse los ojos en blanco. Era
constitucionalmente incapaz de tomar nada en serio. —Ella no
estaba en la mafia. No seas racista. No todos los italianos son
mafiosos.

—No, en serio, imagínate. Ella vino a esta ciudad hace tres
generaciones. Contrabandó alcohol ilegal a través del túnel de
contrabandistas en el sótano. Ella era una prostituta. Llevaba
uno de esos vestidos de solapa y llevaba una pistola en su liga.

—Eres ridículo. Eso fue en los años veinte. Ni siquiera
estaba viva entonces. Conviertes todo en un drama... Y eso no
es un túnel pirata. Es, por ejemplo, un túnel de acceso para
entregas o algo que no se terminó por razones de rentabilidad.
Sale por los muelles.

—Exactamente. Contrabandistas.

Negué con la cabeza. Idiota. —Y resulta que mi abuela ni siquiera era italiana. —Me tuve que reír. Supuse que ese era el propósito de Shawn al inventar una historia tan ridícula.

—Sabes, siempre pensé que no te veías muy italiana. Casi pareces alguna de mis primas puertorriqueñas, en realidad. —Él sonrió mientras bebía su refresco. Hoy fui el único que bebió licor fuerte a primera hora de la tarde.

—Si esa soy yo. Étnicamente ambigua. Tan ambigua que no soy quien pensaba.

Él dejó de reír y me miró. —¿De eso se trata? ¿Es por eso que estás tan asustada? ¿Crees que no eres quien eres? ¿Crees que tu abuela que pasa como italiana te cambia de alguna manera? Totalmente italiana o medio pakistaní, sigues siendo tú.

—Tú dices. Tu sabes quien eres. Primero, mi tonto novio de cinco años me deja porque no era lo que él quería...

—Era un imbécil —Shawn había estado repitiendo eso regularmente desde que el bastardo me había dejado hace tres meses, así que lo ignoré. Ese no era el punto.

—Entonces, mi madre murió.

—Estaba enferma, preciosa, sabías que iba a ocurrir.

—No es el punto. Sé que finalmente está en paz, pero ahora ¿qué me queda? Hay una parte entera de mí de la que no sé nada. Ni siquiera sé lo que significa ser pakistaní. ¿Son indios? ¿Son musulmanes? Entonces, ¿por qué mi abuela me arrastraba a una iglesia católica todos los domingos? Estoy tan... confundida. Ya nada tiene sentido. Estoy perdida, Shawn.

Se volvió hacia mí en el bar y tomó mis manos entre las suyas. —Tengo la respuesta. Se acerca tu cumpleaños.

—Ugh, no me lo recuerdes. Tengo casi treinta años y no he hecho nada con mi vida.

—¡Eso no es cierto! Me ayudaste a poner en marcha Star Girl.

—Eso es lo que hiciste con tu vida, no conmigo.

—Bueno, has escrito cientos de canciones. Hermosas canciones, Grabaste ese álbum.

—Big Whoop. Nadie quiere comprarlo. Esa compañía discográfica me rechazó. A nadie le gustan más los cantautores. Supongo que quieren que muestre mis tetas o algo así.

—Ese es su problema. Lo hiciste. Lo lograste. Tus sueños llegan y también tu cumpleaños.

—Tu cumpleaños está más cerca. Estás cumpliendo treinta años antes que yo. NUESTROS cumpleaños están por venir y nos vamos de viaje.

—A Pakistán, Siempre quise viajar a Asia. ¿Por qué no allí?

—No.

—Sí. Yo me encargaré de todo. —Tenía ese brillo en los ojos, como cada vez que descubría a un nuevo hombre para seducir. Amaba la aventura. Amaba el desafío. Le encantaba el romance de todo. Siempre haciendo de todo un drama.

—No, no tengo el dinero para tomar vacaciones al otro lado del mundo.

—Bueno, adivina qué, sí. Y la razón por la que lo hago es porque me hiciste perseguir mis sueños de abrir una cervecería porque tienes un sueño.

—¿Lo hago? Ni siquiera puedo recordarlo. —Me tomó en sus brazos.

—Aww, mi pobre preciosa. Eres mi Star Girl, La que escribe poesías sobre el amor y la belleza y me las canta para que nunca olvide que hay algo más en este mundo. Tú eres quien me dio este bar, y yo te doy Pakistán. Te estoy dando la oportunidad de descubrir quién eres.

—No, Shawn, no te di el Bar. Simplemente te animé.

—Eres la único que lo hizo. Y has estado trabajando junto a mí en cada paso del camino. Sé que no quieres ser camarera y barman. Ni siquiera quieres ser profesora de guitarra aunque digas que sí. Quieres ser una cantante y compositora y tocar tu

música e inspirar a la gente. Bueno, me inspiraste. Así que te ayudaré a recordar quién eres. Y si eso significa descubrir lo que significa ser un nuevo pakistani, entonces vámonos. Y si no lo haces por ti, hazlo por mí.

Sabía que me tenía entonces. No lo haría por mí misma. Pero yo era el tipo de persona que ponía mis propias necesidades después de los demás, y ahora no me quedaba nada. Él sonrió y se apoyó en la barra de madera.

—Han pasado dos años desde que tuve vacaciones. Hace dos años que trabajo en esta cervecería. Ahora que es un éxito, quiero ir a un lugar nuevo y trabajar en mi vergonzosamente aburrida vida amorosa. Necesito conocer a un hombre y tener una aventura. Y no tengo a nadie con quien ir. Entonces ya está. Ven a ser mi copiloto, preciosa. Déjame ir a mi aventura romántica y tú podrás descubrirte de nuevo.

Me mordí el labio. Me estaba excitando por intentarlo.

—Bueno. Voy a ser tu copiloto. Sé que te mueres por enamorarte de un hombre hermoso. Y puedes ayudarme en mi descubrimiento en solitario porque no necesito a ningún hombre, solo me necesito a mí misma.

—No creo que en realidad pueda llamar a eso mi copiloto.

—Eres el mejor amigo más discutidor del universo. ¿Puedo devolvarte y obtener otro?

—BFF es una posición permanente, así que no.

—Y desafortunadamente, el mejoramigocidio es ilegal. ¿Quieres que vaya a Pakistán contigo o no?

—Sí, sí. Déja que me calle ahora.

—Será mejor que te apures, he tenido un evento que cambia la vida cada mes durante los últimos, oh seis meses. Estoy debiendo uno ahora. Bien podría ser tu viaje, ¿eh?.

—Oh, sé exactamente en qué Hotel reservar. Oh, esto es genial.

Me abrazó fuerte y se sintió genial.

CAPÍTULO DOS

Sólo —dijo mi hermosa hija de ojos azules, vacilante. —
Vete. —Sus palabras goteaban con desdén adolescente.
—Papá. —Lizza movió los dedos, sus ojos pegados a
su teléfono.

Apreté los dientes pero realmente no podía discutir con ella. No tuve tiempo. Sí, se suponía que eran nuestras vacaciones juntos. Sí, la había alejado de sus amigos malcriados y precoces en casa, arruinando su verano. Sí, ella estaba resentida conmigo. Pero sabía lo que era mejor. Había sido uno de esos niños, alguna vez. Pude ver el camino por el que la conducían. El sexo. Las drogas. La mundanalidad. ¡Ella solo tenía doce años! La agarré y la llevé conmigo en mi viaje de negocios. Ahora estábamos en un hermoso complejo con todos los lujos que podía desear. En un país hermoso que era exótico e intrigante, y bueno, tal vez no realmente lleno de actividades en las que una niña de doce años querría participar, pero le prometí un tiempo de calidad juntos.

Me encontré sin saber lo que eso significaba. ¿Cómo se crea tiempo de calidad con una hija adolescente enojada? Y todavía tenía trabajo. Fueron unas vacaciones de trabajo para mí, si no para ella. Una reunión con un exportador de bellas artes, y llegaba tarde.

Lizza debió de sentir que todavía estaba parado allí reflexionando sobre qué hacer con ella y levantó la vista. Esos ojos azules enormes y puros.

—A trabajar. La niñera está aquí. Estoy segura de que estaré bien.

Volvió su atención a su teléfono enviando un mensaje desagradable, estaba seguro.

No sabía hablar con mi hija. ¿Cómo alguien podría? Ella era un misterio para mí. Asentí con la cabeza, aunque ella no

estaba mirando, y di un paso hacia ella para besar su mejilla. Ella levantó una mano para detenerme.

—Adiós —dijo ella. Bien, Suspiré profundamente.

—Adiós. Te veré esta noche para cenar.

Ella no respondió, pero parpadeó lentamente y lo tomé como lo mejor que pude. Me di la vuelta y salí de su habitación hacia la habitación principal de la suite.

Marcus Johnson, parado allí, con los pies abiertos y los brazos cruzados, parecía intimidante, que fue lo que le pagué para que hiciera. Medía seis pies con cuatro pulgadas y era ancho, un gigante negro calvo, pero tenía la más cálida de las sonrisas.

—Yo no soy la niñera —dijo, frunciendo el ceño, la cálida sonrisa había desaparecido. No podía intimidarme aunque lo intentaba. Yo fui quien le pagó. Y sabía que era un malvavisco por dentro. El guardaespaldas perfecto para una niña preadolescente. Miedo por fuera, dulce por dentro.

—Lo sé, Marcus. Ella está siendo insultante a propósito. Actuando como un adolescente. No sé qué hay que hacer con ella. No eres la niñera. Eres su guardaespaldas.

Eres un guardaespaldas fantástico, y puedo estar seguro de que contigo aquí, nunca le sucederá nada desagradable. Gracias. —Él sacudió la cabeza, todavía con el ceño fruncido.

—Ella no necesita un guardaespaldas.

—Sí, lo sé. El complejo es perfectamente seguro, y probablemente no sea necesario, pero este es un país extranjero con problemas políticos. Siempre hay problemas políticos. Dudo que algo suceda aquí. Pero no puedo ser demasiado cuidadoso, no con el negocio en el que estoy y con las personas con las que a veces trabajo, así que —asentí con la cabeza, enderezando la túnica local que llevaba para tranquilizar a mis esperanzados socios comerciales—. Estoy feliz de poder confiar en usted.

—Eso no es lo que quiero decir, Sr. DeVille. Ella no necesita un guardaespaldas, señor.

Ella necesita un padre.

Me congelé. Una sensación de electricidad sacudiéndome.
—Un padre.

—Tengo hermanas, señor. Esta edad puede ser muy difícil para ellas. Lo que más necesita no es un guardaespaldas o unas vacaciones caras. Es alguien para darle amor, apoyo y afecto.

Se me escapó el aliento. —¿Cómo no me di cuenta?

—Lo siento, señor. No quise excederme.

—No. Gracias. No me di cuenta, Tienes toda la razón. Eso es lo que necesito para tratar con mi hija. Ella necesita una madre.

Él parpadeó pero no dejó caer los brazos cruzados ni se puso de guardia.

—Eso no es lo que yo...

—Necesito encontrarme una esposa que pueda ser una madre para ella. Su madre está muerta y no tiene a nadie que la guíe para convertirse en mujer. Marcus, eres un genio, gracias. Espere una bonificación en el cheque de esta semana.

Esta fue la respuesta a todos mis problemas. Tenía un camino a seguir. Conseguir una esposa era un objetivo que podía lograr. Sentí una sensación de rectitud asentarse en mis entrañas.

Había aprendido a confiar siempre en mi tripa. El instinto era mucho más importante de lo que muchos sospechaban. Una vez que sentí esa sensación de corrección acerca de una meta, supe que la adquiriría. Sabía que iba a ganar. —Buen hombre —le dije al guardaespaldas y salí de la suite del hotel.

—Señor. DeVille, ella no necesita... —La puerta se cerró con su oración, pero ya no la escuchaba. Sabía lo que tenía que hacer para obtener lo que quería, y siempre obtuve lo que quería.

CAPÍTULO TRES

Nunca había estado en un lugar más hermoso que Pakistán. El complejo que eligió Shawn se estableció en las montañas con un río azul que atraviesa el valle. Estaba abrumado por los sonidos, olores y multitudes de la ciudad, era demasiado, pero cuando llegamos a este complejo sereno, sentí que algo encajaba. ¿Era una sensación de pertenencia? ¿Una sensación de ser parte de la tierra? No lo sabía. ¿Así es como funciona la genética? ¿Reconocemos que venimos de un lugar en la tierra diferente de otro?

Todavía no tenía ninguna respuesta, pero sentada en este balcón con vista al valle, con mi guitarra en mi regazo, sentí la música fluir, todas mis preguntas y tal vez algunas de sus respuestas comenzaron a flotar en mi cabeza. Toqué lo que sentía y sentí demasiado. La música subió y me llenó. Me llevó al lugar donde casi podía entenderlo todo, estaba justo al otro lado.

—Eres muy buena.

Me sobresalté. La voz vino de detrás de mi hombro. Alta y suave. Me giré para verla.

—Lo siento —dijo ella—, no quise interrumpirte, es solo que tu música es genial. Tenía que venir a hablar contigo.

Era una niña, de unos doce o trece años con el pelo largo y castaño, una cara en forma de corazón y los ojos azules más solitarios que jamás había visto.

Ella me sacó de mi flujo por la conmoción, pero reconozco un alma necesitada cuando la veo. Si la canción quisiera venir, la canción estará allí cuando esté lista para ella. En este momento había una chica que se sintió atraída por mi música.

—No, está bien, ¿te gustaría unirte a mí?

Sus ojos se iluminaron y se sentó en uno de los otros asientos en el balcón.

—Eres estadounidense, ¿verdad? ¿Tú y tu novio? —Sonreí.

—Shawn. Él no es mi novio, es mi mejor amigo, pero sí lo somos.

—Nosotros también lo somos. Mi papá y yo. Y mi guardaespaldas. Soy demasiado vieja para una niñera.

Casi me ahogo, pero no quería reírme de ella. Ella estaba tratando de ser madura y digna.

—Claramente —dije—. Mi nombre es Stella, soy de Long Island.

—Oh, qué genial. Soy Lizza Elizabeth De Manhattan.

—Prácticamente vecinos, y sin embargo, nos encontramos al otro lado del mundo en Pakistán.

—¿Cómo aprendiste a tocar así? Lo sentí hasta los dedos de los pies. —Tuve que sonreír.

—¿Lo hiciste? —Probablemente no debería pescar, pero iba a hacerlo.

Demasiadas cosas habían ido mal últimamente. Podría utilizar algunos cumplidos honestos. Mi ego había recibido un golpe.

—¿Qué sentiste?

Ella miró hacia el valle, sus ojos recorrían los picos, las nubes y los ríos.

—Sentí como estar en casa, pero no en un hogar que he tenido. Sentí como pertenecer. Como ser aceptada por mí misma. Como ser quien quiero ser.

Un nudo se alzó en mi garganta. No tenía palabras para expresar cómo me había estado sintiendo, todavía no, pero ella me escuchó de todos modos.

—Guau. Ese es el mejor cumplido que he recibido. —Ella sacudió la cabeza, seria.

—No es un cumplido. Lo digo en serio. Quiero vivir allí. Quiero ser eso ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo aprendiste a tocar así?

Me sentí atraída por esta chica, a punto de ser una adulta. Me recordaba querer sumergirme en la vida a esa edad, pero ni siquiera saber por dónde empezar.

—He tocado durante mucho tiempo, pero comencé cuando tenía más o menos tu edad. ¿Quieres intentarlo?

—¿Podría? —La alegría en su rostro hizo que valiera la pena. Mejoró la hermosa vista y la nueva tierra y la canción en sí. Asentí y le tendí la guitarra, mostrándole cómo sostenerla. Le di las primeras lecciones básicas y le mostré un par de acordes. Canté una canción simple con ella y ella rasgueó. Me encantaba ver a la gente caer en la música de la forma en que ella lo hizo, como si hubiera estado esperando por esto. Cuando hacía música, su rostro brillaba. Unos momentos más tarde, trató de juntar algunas notas y acordes por su cuenta. Ella jadeó.

—Es una canción. Hice una canción. Mi propia canción.

—Es un comienzo. Si realmente quieres tocar, esto es solo el comienzo del viaje.

Tienes que practicar mucho.

—Quiero hacerlo —dijo con melancolía. —Eres una buena maestra.

—Soy profesora de música, en realidad. Enseño guitarra. —Lizza me devolvió la guitarra.

—Voy a hacer que mi padre te pague para que me enseñes a ser tan bueno como tú.

—No hay necesidad, Lizza, fue un placer. Fue agradable conocerte y mostrarte algunas cosas, me gustas.

—También me gustas. Pero no, realmente. Pagaré lo que sea. Cuando regresemos a Estados Unidos, aprenderé a tocar la guitarra y tú serás quien me enseñe. Te enviaremos un

automóvil para que te lleve a la ciudad y también te pagaremos tu tiempo de viaje.

—Wow, me siento halagada. Esa no es realmente la forma en que trabajo. Tengo algunas clases y horas de sesiones privadas en la escuela de música en Long Beach, pero...

—Mil dólares a la semana —dijo Lizza y me atraganté.

—Mil dól...

—¿No es eso suficiente? Eres tan buena. Debes ser una genia. Probablemente te estoy infravalorando. Dos mil dólares a la semana. Mi papá es bueno para eso. Pagaré lo que sea.

—¡No! No. Lizza Eso es ridículo. Te enseñaré a tocar la guitarra, pero...

—Tres mil dólares a la semana entonces.

Esa no era la voz de una niña. Era una voz profunda y varonil que sonaba como algo que escuché en mis sueños. O tal vez era la voz en mi cabeza cuando imaginaba música. Mi corazón se aceleró y mi piel se puso de gallina. Me volví lentamente, casi temerosa de lo que vería.

Era un hombre. Era el hombre más hermoso que había visto en mi vida. Alto, con cabello oscuro ondulado y ojos azules soleados. La brisa del valle se levantó y la túnica paquistaní que llevaba puesta sopló como una bandera a su alrededor. Las montañas enmarcaban sus anchos hombros y su postura audaz.

—Mi hija tiene razón. Te pagaré lo que sea. Tú lo vales.

Tragué saliva. Creo que estaba tratando de volver a meter mi corazón en mi pecho o tal vez estaba tratando de que mi lengua funcionara, pero no importó. Ninguna parte de mi cuerpo parecía estar funcionando como se suponía que debía hacerlo por más tiempo. Me quedé como atraída por un cable invisible y mi guitarra casi se deslizó de mi regazo. Lizza la atrapó.

—Woah —dijo, y luego se paró a mi lado.

—Stella, este es mi papá, Gabriel DeVille. Papá, esta es Stella... lo siento, no sé tu apellido.

—Stella Marino. —Extendí mi mano automáticamente porque eso es lo que haces cuando conoces a una persona, incluso cuando esa persona es tan mágica. como este hombre, pero no había pensado en lo que sucedería cuando me tomara la mano. Lo que sucedió fue que el interior de mi cabeza estalló en fuegos artificiales y el espacio donde solía funcionar mi corazón se calentó. Caliente. Pesado de anhelo.

—Estrella del mar —dijo. Eso no tenía ningún sentido.

—¿Qué? No, Stella. —Me sentí tonta. Me sentí sin palabras. Sentí que me estaba naciendo justo allí, en el balcón con vista a las montañas más bellas de la tierra con este hombre mirándome con esos ojos celestiales. Estaba flotando en esos ojos.

—Stella Marino —dijo, y sus hermosos labios bien formados rompieron en una sonrisa que vertió alegría en mi cuerpo vacío. —Significa Estrella de Mar en italiano.

La tierra dejó de girar hacia atrás y comenzó de nuevo normalmente. Sentí mi cara arder.

—Por supuesto. Sí. Por supuesto. Lo sé. Eso es lo que significa mi nombre.

Sus labios se extendieron en una sonrisa brillante que debería ser ilegal, tal vez fue una especie de droga que me sacó de todo mi sentido.

—Tu hija es encantadora.

Sus ojos ardieron y el calor se elevó en mí.

—Eres encantadora. ¿Cuánto cuesta conseguir que le enseñes a tocar como tú? ¿Cinco mil por semana? —Me ahogué.

—¿Qué crees que hacen los profesores de guitarra?

Él se encogió de hombros, y sus ojos se movieron pausadamente sobre mi cuerpo, desde la cabeza hasta los dedos de los pies y de nuevo. Me hormigueaba todo.

—Enseñan a la gente a tocar la guitarra.

Sus palabras no coincidían con su tono de voz, ni con la forma en que me miraba ni con la forma en que me hacía sentir. Sus palabras decían que me pagaría por clases de guitarra, todo lo demás decía que me pagaría por desnudarme y acostarme. El calor en mí se enfrió. Mi corazón palpitante se convirtió en un latido en mi cabeza. Hombres. Lo fulminé con la mirada y mis manos se cerraron en puños. ¿Quién se creía que era? Parpadeó y me sonrió como si estuviera divirtiéndose con mi repentina furia.

—¡Sí, papi, por favor! —Dijo Lizza, sus brazos envolvieron mi guitarra mientras saltaba hacia él.

—La amo y amo la guitarra y quiero ser tan buena como ella. Esto es lo que quiero.

Él le sonrió y todo en él cambió. Amaba a su hija. Haría cualquier cosa por ella. Mi corazón se sacudió nuevamente, de vuelta a la acción. Un hombre que adoraba a su pequeña hija. Gah, lo hizo más atractivo.

—Entonces es un trato. Cinco mil dólares a la semana para que la Sra. Marino te enseñe guitarra. Podemos comenzar esta semana.

—Espera. ¿Qué? No acepté ningún acuerdo. —¿Cómo sucedía esto tan rápido? ¿Por qué estaba sucediendo esto?

—Espera. Estoy de vacaciones. Se supone que debo estar descubriendo mis raíces paquistaníes, no trabajando.

—¿Tienes raíces paquistaníes? —Dijo, intrigado.

—Ah, lo veo ahora. ¿Mitad italiana y mitad paquistaní eres?

—Yo... sí, me acabo de enterar. Encontré una foto entre las cosas de mi madre después de su muerte. —¿Por qué le estaba diciendo esto?

—Siento tu pérdida. La madre de Lizza también se fue.

—Oh, gracias. Lamento mucho lo de tu esposa. —Qué conveniente de su parte mencionar que no tenía esposa. No creía que solo estuviera buscando una profesora de guitarra.

—Gracias. Ya ha pasado más de una década. Lizza ha estado sin madre la mayor parte de su vida. —No, esta no fue la conversación de la profesora de guitarra. Miré a la joven, que se veía apropiadamente sin madre y apenada en este momento.

—Oh, eso es horrible, lo siento, Lizza. —Sentí que ella también estaba trabajando conmigo, pero podía perdonar a una niña que se había enamorado de una guitarra. ¿El hombre? Su sonrisa era peligrosa. Yo sospechaba. Lizza nos estaba mirando, sus ojos yendo y viniendo entre nosotros.

—Está bien. Ni siquiera la recuerdo.

Él inclinó su cabeza. Su sonrisa me hizo querer acercarme. Ese era el tipo de peligro.

—Te llevaré por Lahore y te presentaré algunos tesoros culturales. —Parpadeé.

Puede que no sea una buena idea estar sola por obligación con este hombre. Me sentía obligada por toda la escena. No vine aquí para esto. Vine aquí por mí. Y me estaba ofreciendo cinco mil dólares, ¿qué? ¿Enseñar a su hija a tocar la guitarra? No nací ayer.

—Mmm. No, no puedo. —Estaba diciendo, pero él no me escuchó, o no se dio cuenta o no quiso escuchar.

—Oh, sí, por favor. ¿Puedo ir yo también, papi? Puedes conseguirme una guitarra, ¿no? ¿Entonces puedo empezar a tocar de inmediato? No hay nada que quiera más que aprender a tocar la guitarra, papá.

Los ojos solitarios de Lizza ahora revoloteaban locamente hacia su padre. Sabía que ella estaba trabajando con él para conseguir lo que quería. Solía trabajar con mi papá de la misma manera cuando era joven antes de que muriera. Tuve demasiadas pérdidas en mi vida. Eso es lo que sucedió cuando dejaste entrar a alguien, cuando dejaste que alguien se acercara. Te arriesgabas a perderlos y a lastimarte más. A veces sentía que la música era mi mejor compañía. Excepto por Shawn. Correcto. Estaba aquí para encontrarme a mi misma. No a un tipo. Shawn era quien quería tener un

torbellino. Yo era la que no necesitaba a ningún hombre. Solo mi música. —Esa es una oferta muy amable, Sr. DeVille —Por favor llámame Gabriel.

—Gabriel —repetí, su nombre en mi boca envió un escalofrío por mi columna vertebral.

—Es muy amable de su parte, pero no puedo.

—Pero papá. Tienes que hacerla venir. Para que pueda estar allí cuando consiga mi guitarra, para que pueda ayudarme a encontrar la mejor.

—Querida —dijo el hombre perfecto, mientras envolvía un brazo alrededor de los hombros de su hija y la acercó. Dios mío, eran una familia atractiva.

—No ‘hacemos’ que la gente haga cosas. Los convencemos de que lo mejor para ellos es hacer las cosas. —Él sonrió. Querido Dios. Tenía hoyuelos.

—Los convencemos de que es lo que quieren.

—Pero quieres venir a ayudarme a encontrar una guitarra para que pueda ser un músico como tú, ¿no, Stella? —Lizza volvió esos grandes ojos azules hacia mí, revoloteando. Guau. Ella era buena en eso.

—Lizza, me gustaría, pero...

Gabriel - Mr. DeVille, era una mala idea pensar en él como Gabriel, porque era demasiado tentador. El Sr. DeVille asintió con la cabeza una vez, hizo retroceder a Lizza y centró toda su atención en mí.

—Necesito conseguir un instrumento para mi hija y me gustaría llevarla a una pequeña y maravillosa tienda de música. Cuenta con instrumentos occidentales, así como instrumentos tradicionales de Pakistán, algunos de los cuales son de época. Antigüedades. El dueño de la tienda está muy bien informado sobre la música de la región.

Quería ir. Tenía muchas ganas de ir. Herencia y música paquistaníes. Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Te he convencido de que es lo mejor para ti dejarme llevarte por la ciudad?

—¿Eres paquistaní también? —Sacudió la cabeza.

—No. Soy un poco de esto y un poco de aquello, pero no pakistaní. Sin embargo, soy un importador y he estado haciendo negocios aquí durante muchos años. Tengo conexiones. Después de ir a la tienda de música, puedo llevarte a tener una cena tradicional. Todo muy casual. Sin presión. Podemos hablar sobre las lecciones de mi hija... y sobre cualquier otra cosa de la que te gustaría hablar. —Su sonrisa era seductora.

Lamí mis labios repentinamente secos. —Me gustaría... me gustaría ver esta tienda de música... pero necesitaría traer a mi novio, Shawn.

Sus ojos se oscurecieron de inmediato y su cuerpo se tensó.

—No-ooo —dijo Lizza—. Dijiste que no era tu novio, que era tu mejor amigo. Pregunté.

Maldita sea. Atrapada por el adolescente. Sonreí fuertemente.

—A eso me refería. Uso esos términos indistintamente.

Gabriel alzó una ceja y la nube oscura en su rostro se iluminó. El maldito hoyuelo apareció de nuevo. —Por supuesto que tu amigo Shawn es bienvenido. —Y de repente estaba en camino a explorar mi herencia paquistaní y un nuevo mundo musical con una nueva joven estudiante llena de vida y con un padre peligrosamente atractivo.

CAPÍTULO CUATRO

Ella era perfecta. Stella Marino, estrella del mar. Ella sería la madre de mi hija.

Todo lo que vi me dijo que mi primera impresión, esa sensación de certeza de que esta mujer era mía, era correcta.

La quería para Lizza, para un papel que podría interpretar, madre, esposa, pero esta... Stella... ¿quién era ella? Yo también la quería para mí. Algo se agitó en mí.

No tenía palabras para eso, no había palabras sino un sentimiento de necesidad. Mía.

En el momento en que la vi en ese balcón con vista a las montañas, enseñando a mi hija a tocar la guitarra, supe que era exactamente la mujer para mí. Exactamente la que necesitaba. Las observé juntas durante una hora y nunca se dieron cuenta de que estaba allí.

Esto fue lo que me trajo confiar en mis instintos. Todo lo que quería cayó en mis manos como una ciruela madura del árbol. Y ella era una ciruela madura.

La vi riéndose alrededor de la mesa baja mientras bebíamos nuestro chai y lassi y comíamos nuestra bhatooray en el pequeño café que era mi hoyo favorito en la pared del vecindario. Manióbró para sentarse en un asiento en el lado opuesto de la mesa, cuando le ofrecí el asiento a mi lado. En lugar de estar cerca de ella y atraerla con comentarios bajos y toques casuales, seduciéndola hasta que ella me quería tanto como yo la quería, me dejó observarla. Para ser seducido. Fue un nuevo sentimiento para mí. Siempre pensé que no necesitaba ser atraído cuando ya me había decidido, pero cuanto más la observaba, más había que entender.

Sus ojos estaban oscuros y brillantes, con inteligencia y cuidado. Su largo cabello ondeaba sobre su hombro como un río y quería pasar mis dedos por él, ahogarme en él. Y cuando

se inclinó para hacer un punto, riendo, la sombra de sus senos debajo del escote de su túnica hizo que mi cuerpo se tensara de deseo. Esto no estaba en los planes. Había estado buscando una madre para Lizza, una mujer que fuera capaz y con la que pudiera dejar a mi hija y no preocuparme, pero ella era más que eso. Esta mujer era más.

Perfecto. Sabía que ella se resistía a mí, tratando de poner obstáculos entre nosotros, pero eso era de esperarse. Divertido, incluso. Nada que valiera la pena fue fácil y una mujer ingenua no sería la mujer adecuada. Quería que ella pusiera límites. La vi dudar en el balcón. La vi desconfiar de mí, pero supe que al final la ganaría. Porque siempre obtuve lo que quise, y la quería a ella. El único punto oscuro fue cuando mencionó a su novio. No estaba preparado para el punto de ira que me atravesó al pensar en Stella con otro hombre. Eso fue diferente a mí.

Lo descarté en ese momento, divertido de que mintiera e inventara un novio porque sabía desde el principio que mi interés en ella no era solo el de Lizza. Y sin embargo, ella no me dijo que no estaba interesada. Porque ella no pudo. Ella había tratado de salir de nuestros planes para explorar Lahore, pero cuando su amigo, Shawn, apareció, él estaba entusiasmado con nuestro viaje turístico a Lahore. Me caía bien, aunque me costaba mirar para ver si había algún tipo de interés romántico entre ellos. Pero Stella había sido superada y estaba comprometida con nuestro viaje de turismo. Disfruté ganando el primer juego. Al verlos alrededor de la mesa, comencé a planificar el próximo movimiento.

Observé y escuché, ese siempre fue el primer paso. Y lo que vi fue a Shawn fascinado, no con Stella, a quien bromeó más como a una hermana, sino a Marcus, el guardaespaldas de Lizza. Marcus intentó seguir siendo profesional, pero la compañía hizo su trabajo para que sonriera. Y las atenciones de Shawn eran claramente no platónicas. Resultó que me gustaba mucho Shawn, y esto podría funcionar para mi ventaja.

He considerado a Stella. Se había vestido a la moda paquistaní, con una túnica larga estampada y pantalones de

algodón simples. Ella jugaba con una bufanda de cachemir como si necesitara algo que hacer con sus manos. Ella era hermosa, no solo nutritiva, y sentí un tirón hacia ella. Un deseo. Algo bajo y doloroso palpitaba dentro de mí.

Ella levantó la vista y llamó mi atención. Un rubor oscuro se elevó en sus mejillas. Me gustó. Significaba que mis planes estaban funcionando. Significaba que había algo que ella quería, pero no estaba del todo cómoda al querer. Ella bajó sus ojos. Pero el sonrojo no se desvaneció.

—Papi —Lizza dijo, como mi niña de nuevo, en lugar de aquel hosco adolescente. Stella fue una buena influencia para ella.

—¿Puedes alquilarnos un bote para que podamos bajar por el canal y ver las mezquitas?

Lo hicimos la última vez que vinimos a Pakistán, pero ella era muy joven. Me sorprendió que lo recordara.

—Sí, cariño, podemos hacer eso. El canal conduce a la casa de mi amigo y la última parada de nuestro recorrido. Hay algo que quería mostrarles a todos ustedes.

Lizza fue y les habló de los botes al aire libre que podrían llevarnos por la ciudad, con vista a las antiguas mezquitas y mercados.

—Vete —dijo Stella, con una sonrisa rígida pegada en su rostro. Se echó el chal de paisley sobre los hombros y se quitó el largo cabello oscuro de la tela. Fluía como agua a través de sus dedos y me quedé sin aliento.

—Shawn y yo tomaremos el autobús de regreso al resort.

—¡Stella! —Shawn y Lizza lloraron juntos, consternados.

—¿El autobús? —Eso no estaba sucediendo. No fue seguro. Y no la dejaría.

—No.

—Lo siento Sr. DeVille. No tiene voz en mis decisiones. — Al diablo, no lo hice. Sonreí.

—Te he pedido que me llames Gabriel. Por favor, Stella. Y no puedo permitir que tomes el autobús de regreso. Este fue mi regalo para ti, este viaje. Tengo una responsabilidad contigo, ahora. Nos ayudaste viniendo a ayudarnos a seleccionar el mejor instrumento para Lizza, así que estoy comprometido a verte a salvo en casa.

—Me pagaste comprándome este hermoso rubab. — Levantó el hermoso instrumento con forma de laúd.

—No sabes cuánto significa esto para mí. Un instrumento de cuerda tradicional de las personas que acabo de entender que eran mis ancestros. Vine aquí para encontrar mi herencia, y encontré un lugar al que pertenezco, gracias a ti. No eres responsable de mí.

Ella presionó una sonrisa en su rostro.

—Gabriel —dijo como si le doliera decir mi nombre.

—No podría pedir nada más.

Oh, pero ella podía. Le daría cualquier cosa. Sus apasionadas palabras tocaron un acorde en mí. Sentí que ella tocaba una cuerda dentro de mí. Las vibraciones viajaron por mi columna vertebral. No podía dejarla ir. Sonreí, esta era la sonrisa que usaba cuando quería encantar a mis enemigos y engatusar a mis amigos. Sus ojos se entrecerraron sospechosamente.

—No hay forma en que pueda dejarte viajar sola. No es seguro.

—No estaré sola, tendré a Shawn.

—No es suficientemente. Me siento responsable por ti. Te pedí que vinieras con nosotros.

—Exigiste que viniera contigo.

—Te convencí de que vinieras conmigo. —Su rubor regresó y sus cejas negras se juntaron de una manera que yo encontraría poco atractiva y obstinada, pero en cambio me atrajo. Ella era tan terca. Descubrí que me gustaba. No quería una niña débil, sino una mujer fuerte.

—Lo siento. No voy a llevar mi hermoso rubab a un canal con tanta humedad.

Ella es mi nuevo novio.

—Novio. —Apreté los dientes. ¿Ella se estaba inventando un nuevo novio?

—Lo acabas de llamar ella. —Ella se encogió de hombros y tomó un sorbo de su té picante chai.

—No estoy obsesionada con el género. Pero ella no va en ese bote.

—¡Oh! —Lizza jadeó.

—¿No debería llevar mi guitarra? Yo también me quedaré atrás. —Lizza estaba copiando a su nuevo héroe. No había dejado que Marcus pusiera su guitarra en la limusina, al igual que Stella se había negado a renunciar a su rubab.

—No, cariño, no necesitas quedarte. Deberías ir en el paseo en bote. Nos estabas diciendo lo mucho que te gustaba cuando eras pequeña.

—¿Por qué no hacemos esto? —Ella me miró y sonrió.

—Me quedaré con Shawn y tomaremos la limusina y nos encontraremos al final del viaje en bote.

—¿Un compromiso? —No me gustó su compromiso. No conseguí lo que quería, que era ella.

—De esa manera, Ruby no está sujeto a la humedad...

—¿Ruby? —Pregunté, para ser difícil.

—Mi rubab. Le doy nombres a todos mis instrumentos, y como ella es mi novia...

—Pensé que era tu novio.

—Novia, novio, no está sujeta a la humedad, tomaré la nueva guitarra de Lizza para mantenerla a salvo, No estoy sola, Shawn y yo todavía estamos bajo tu protección, y Lizza puede ir en su paseo en bote. ¿Ves? Todos obtienen lo que quieren.

No, todos NO obtuvieron lo que querían. Y no me gustaba no obtener lo que quería.

—No, todos NO obtienen lo que quieren, quiero ir en el viaje en bote —dijo Shawn, dándole una mirada completamente sutil y señalando a Marcus. Marcus era un hombre guapo, completamente desinteresado en cualquier tipo de mujer que había sido una de mis consideraciones al convertirlo en el guardaespaldas de mi hija. Si Shawn quería pasar tiempo con Marcus, eso me venía bastante bien ahora. Me gustaba más y más Shawn.

—Tengo una solución a tu compromiso. Lizza, Marcus y Shawn irán en el paseo en bote, tú y yo montaremos en la limusina con tu novio, su novia, Ruby, y la guitarra de Lizza...

—Fabio —dijo Lizza.

—¿Qué? —El comentario aleatorio de mi hija me sacó de mi negociación.

—Fabio. —Lizza apretó la mandíbula.

—Estoy nombrando a mi guitarra Fabio. Ya sabes ¿Ese modelo de portada de novela romántica de los años 80? Él es mi nuevo novio.

—Fabio. —Comencé a pensar que Stella podría tener una mala influencia en mi hija.

Ella sonrió malvadamente.

—Sí. Es rubio, muy bien formado, y es ridículo que sea mi novio. Fabio.

Dejé escapar un ruido que no estaba seguro de haber escuchado antes.

—Bueno. Stella, Ruby, Fabio y yo tomaremos la limusina y nos encontraremos con todos ustedes en la casa de mis amigos para nuestra última parada.

—¡Perfecto! —Lizza lloró y saltó de la mesa al mismo tiempo que Shawn lloró,

—Es un trato —y sonrió ampliamente a Marcus. La cara de Marcus permaneció impassible, pero sabía que estaba

satisfecho con el resultado. La cara de Stella no expresaba placer. Ella me fulminó con la mirada, sus ojos marrones oscuros enviaron chispas de furia en mi dirección. No perdí el tiempo, pedí la factura y ordené subir el bote, antes de que Stella pudiera encontrar una manera de evitar estar sola conmigo en la limusina. En muy poco tiempo, Stella y yo nos despedimos del resto del grupo hasta que se separaron.

Nos quedamos allí en silencio. Siempre me di cuenta de que si te negabas a llenar el silencio en una negociación, la otra persona comenzaría a sentir que necesitaba llenarlo y revelar cosas que nunca pretendieron, cosas que podrías usar. Ella no llenó el silencio. Ella giró sobre sus talones, su cabello y su bufanda y el dobladillo de su túnica brillando en un torbellino, llevándome un aroma a jazmín que me debilitó las rodillas. Y luego se fue antes de que pudiera seguirla. La puerta del auto se cerró detrás de mí antes de que procesara por completo que ella se había alejado de mí sin decir una palabra. La seguí a la limusina y me deslicé en el asiento a su lado. Le dije al conductor nuestras instrucciones y la ruta a seguir, a través del intercomunicador. Estuvimos conduciendo durante cinco minutos antes de que finalmente rompiera el silencio.

—Lo hiciste a propósito.

Asentí. —Lo hice. Fue una negociación. —Tuve que sonreírle, con el ceño fruncido.

—Me aseguré de que todos obtuvieran lo que querían.

—¡No obtuve lo que quería! —Ella estalló.

Ahora estábamos llegando a alguna parte. Me recliné en mi asiento y estiré el brazo por su espalda. Si me extendiera solo dos pulgadas, podría tocar su cabello brillante. No lo hice — ¿Qué es lo que querías?

—No quería estar a solas contigo. —Lo escupió, como si le molestara tener que decirlo.

—Ahh —asentí con la cabeza hacia ella.

—Bueno, entonces deberías haber mencionado eso cuando estábamos tratando de asegurarnos de que todos estuvieran

felices. No quería que fueras infeliz.

—Y seguramente no estamos solos. —Ella arrugó la cara y me miró como si estuviera loca, agitando sus manos alrededor del auto como si mágicamente hiciera aparecer a la gente.

Señalé lentamente frente a nosotros, donde yacía el rubab, su madera brillante relucía contra el asiento de cuero.

—Ruby está aquí. Creo que tu novio es un acompañante que encaja muy bien. —Sus ojos se entrecerraron hacia mí.

—Crees que eres gracioso. —Me reí entre dientes.

—Sí pensé que era divertido, sí. —Ella se cruzó de brazos y se enfurruñó, pero tuve la sensación de que se estaba obligando a no pensar que yo era inteligente. El silencio se alargó.

—¿Eres infeliz? —Mi corazón tartamudeó. No tenía la intención de preguntar eso.

—No confío en ti. —Sus ojos se encontraron con los míos directamente. No pude mirar hacia otro lado.

—No deberías.

—No me gustas —dijo y su voz tembló. No necesitaba que ella me quisiera. Necesitaba que estuviera obsesionada conmigo, que se sintiera atraída hacia mí, que me quisiera como yo la quería.

—Lo siento. Yo no quería eso. No quiero hacerte daño. O asustarte.

—No te tengo miedo. —dijo ella, y estaba mintiendo. Su pecho subía y bajaba con la velocidad de su respiración.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Qué crees que quiero de ti? —Ella tragó saliva, todavía sin romper mi mirada. Me estaba calentando por dentro, levantándome, llenándome. Ella sacudió la cabeza y miró por la ventana. Llené mis pulmones de aire, de repente dándome cuenta de que no había respirado.

Vi su perfil tratando de recuperar la compostura antes de hablar. —No pensé que eras tímida.

Se volvió hacia mí.

—¿Cuánto dinero tienes? —La pregunta me sorprendió. Las personas educadas generalmente no eran tan audaces con el dinero.

—No eres tan tímida después de todo.

—¿Crees que puedes comprarme? ¿Ofreciéndome una ridícula suma de dinero para clases de guitarra? No estoy a la venta. Especialmente no por lo que quieres que haga.

—¿Y qué quiero que hagas?

—Para follarte.

Ella se sobresaltó con una carcajada. No es tímida en absoluto. Tosí en mi mano.

—Ese no era mi plan, Stella. Simplemente te vi con mi hija, y ella no ha tenido a alguien a quien pueda abrirse así en mucho tiempo. Ella no ha tenido algo que la excitara tanto. Ella no ha sido como mi niña...

Me detuve. Estaba siendo honesto, y era una buena política ser honesto donde pudieras, pero con su cuerpo al lado del mío y los límites de la limusina, la intimidad de estar solos, sentía que me estaba revelando a ella. Siendo vulnerable. Su espalda rígida se relajó. El ceño fruncido se desvaneció. Ella se lamió los labios.

—Lo siento, entonces. Te juzgué mal. Pensé que querías meterme en la cama.

Se inclinó hacia mí y pude sentir su aroma a jazmín de nuevo, y su suavidad me llenó.

—No, no lo hiciste —admití. —No me juzgaste mal en absoluto. No era el plan, te quería para mi hija. —La verdad. La verdad honesta, solo que no toda. —Pero cuanto más he estado cerca de ti, más te quiero. En mi cama. —Sus ojos se abrieron y se alejó de mí, resistiéndose de nuevo, pero cada línea de su cuerpo estaba tensa por la anticipación.

Su boca se abrió en señal de rendición, solo esperándome, y sus ojos se volvieron negros, las pestañas los sombrearon mientras me miraba. Miedo, sí. Pero no de mí.

—Ahora entiendo —dije, mi voz un susurro áspero porque no quedaba aire para las palabras.

—No es que no te gusto...

—No me gustas —Sonreí.

—No es que no quieras estar a solas conmigo.

—No-no quiero. —Me incliné hacia ella, con una mano en el asiento del coche para poder soportar mi peso. Esto tenía que hacerse con delicadeza. Una oferta. No tomaría nada de ella. Nada que no estuviera dispuesta a dar. Una negociación. Puse mi otra mano detrás de su cuello y ella casi se derritió. Sus labios estaban a centímetros de los míos—. Te gusto —susurré.

—Pero no quieres que te guste. —Hizo un movimiento como para sacudir la cabeza, pero no lo hizo. Pasé el pulgar sobre su pómulo, bajando la suavidad aterciopelada de su mejilla.

—Tan hermosa —exhalé en su piel. Ella gimió casi inaudiblemente, pero la sentí con cada molécula de mi ser. Cada respiración que tomaba presionaba sus suaves senos contra mi pecho. Ella se sintió muy bien. —Todo lo que tengo que hacer —mis palabras rozaron sus labios—, es convencerte de que quieres querer esto. —Cuando nuestros labios se tocaron, ella fue quien inclinó la barbilla para hacer el contacto. Ella fue quien otorgó el beso más delicado y devastador de mi vida. Ella fue la que ofreció. Y ella fue quien tomó. Ella era la que mandaba.

Me había equivocado con ella. Muy mal, Ella no era mía. Yo era de ella.

CAPÍTULO CINCO

He cometido un error. Un terrible error. Lo besé porque ya no podía luchar contra la locura que sentía hacia él. Lo besé porque quería ver si esos labios eran tan suaves como los imaginaba.

Quería saborear las palabras que me susurró y rodarlas en mi lengua. Quería que el calor que irradiaba de su cuerpo fuera mío. Lo besé porque estaba sola en el auto con él y él olía a especias y mi corazón latía al ritmo del suyo cuando se inclinó sobre mí. Debería haber podido parar allí, pero no lo hice. En el instante en que lo conocí, supe que no debería estar a solas con él. Yo lo sabía. Sabía lo que Él quería. Peor. Sabía lo que Yo quería.

Pero no tuvo suerte. No quería querer eso. No quería quererlo. Pero una vez que cometí el error de besarlo y sentí la respiración de él contra mis labios, como si lo hubiera sorprendido hasta lo más profundo de su ser, no pude parar.

Envolví mi brazo alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí y lo bebí. Él gimió y sus manos corrieron sobre mí, encendiendo mis terminaciones nerviosas, y envolví mis piernas alrededor de él y lo apreté contra mí, besándolo, besándolo..

No sé cuánto tiempo nos besamos, cuánto tiempo estuvimos envueltos el uno en el otro, el resto del mundo se desvaneció en este punto donde nos tocamos, donde nuestra necesidad mutua se quemó, pero de repente, el intercomunicador del auto zumbó y el conductor dijo algo en urdu.

—Maldita sea —maldijo en voz baja—. Estamos aquí. —Apoyó su frente contra la mía. Jadeando con pasión, luchó por contenerse. Sacó su mano de debajo de mi túnica y se sentó, tomando mi mano para ayudarme a levantarme también.

Nos miramos el uno al otro. La forma en que me miraba era peligrosa. La forma en que se veía era peligrosa, las sombras del auto hacían que sus ojos azules parecieran morados. Un mechón de cabello oscuro cayó sobre su frente, despeinado.

Sus labios estaban hinchados con mis besos y no podía dejar de mirarme, moviendo su mirada hacia arriba y abajo de mi cuerpo como si quisiera consumirme, como si quisiera ahogarse en mí. Quería ahogarme en él, en esos ojos, en esos besos, en la fuerza de sus brazos que me hacían sentir como en casa.

No. Era peligroso. Él era todo lo que era peligroso para mí. Estuve aquí por mí misma.

MI SER. Para descubrir quién era y redescubrir mis sueños y finalmente dejar de lado todas las demandas de todos los demás en mi vida. Ser yo. Y quería fundirme con él y ser suya.

—Esto no volverá a suceder —dije, y mi voz era fuerte aunque me sentía temblorosa por dentro. Los cimientos mismos de mi vida eran inestables.

—¿Qué? —Dijo como si estuviera hablando un idioma completamente diferente al inglés. Ni italiano O urdu tampoco. Todo lo cual tenía al menos un conocimiento pasajero.

—Dije. —Me aclaré la garganta y enderecé mi túnica. Tuve que calzar mis caderas para jalarlo hacia atrás sobre mi trasero porque él había tenido su mano hacia arriba. Y se había sentido tan bien. No. No—. Esto no volverá a suceder, Sr. DeVille DeVille. —Me miró boquiabierto.

—¿Me llamas Sr. DeVille después de lo que acaba de pasar entre nosotros?

Me pasé los dedos por el cabello, contenta por una vez de que fuera tan grueso y pesado que se negara a hacer otra cosa que caer solo. No me molestaba.

—Eso fue lujuria. Nada mas. Y no volverá a ocurrir.

—Inaceptable. No estoy de acuerdo con eso. —Me reí. Había un poco de amargura porque estaba de acuerdo en que era inaceptable que no volviera a suceder. Pero

independientemente de eso, no podía. —Desafortunadamente para usted, Sr. DeVille, el sexo requiere el consentimiento total de ambas partes. Así que solo uno de nosotros necesita decir que no para que nunca —recogí mi bufanda del suelo—, suceda —la puse alrededor de mi cuello—, otra vez. —Tiré el extremo de la bufanda sobre mi hombro y sacudí la cabeza para que me cayera el pelo derecho. Luego lo miré fijamente. Levantó una ceja.

—Esta conversación no ha terminado.

Afortunadamente para mí, el auto se detuvo al lado del canal, y abrí la puerta y me caí, casi tropezando de rodillas en un esfuerzo por no estar más en el auto con él porque si yo Permanecía allí por más tiempo, me hubiera subido encima de suyo y le hubiera demostrado que mis palabras eran una mentira.

Nuestra última parada fue un palacio privado con un zoológico privado. La increíble vista que quería que viéramos era un león en el patio de un rico imbécil con el que había hecho tratos en el pasado. Lizza inmediatamente rompió a llorar porque el pobre león estaba confinado en el patio del rico gilipollas.

Gabriel estaba completamente sorprendido de que eso la molestara.

—¡Pero amas a los animales! —Gritó, y me habría reído de su consternación, pero tenía a una niña de doce años en mis brazos que no podía soportar mirar al pobre león caminando de un lado a otro en su polvoriento patio. como un prisionero al borde de un colapso. Le di unas palmaditas en la espalda y miré a Gabriel. Esto parecía estar en línea con su trato de alto nivel hacia mí. Seduciéndome en la parte trasera de una limusina. No importa que haya sido un participante igual en la seducción. No había QUERIDO estar a solas con él porque ya podía decir lo atraída que estaba por él, y SABÍA que era un peligro estar cerca de él.

Debería haber ido en el viaje en barco. Shawn había dicho que era encantador y tranquilo y una excelente manera de ver la ciudad. Pero luego, también afirmó que estaba enamorado

del bello y dulce Marcus después de un viaje en barco, y más que solo sentir atracción sexual por Gabriel, me negué a enamorarme de él.

—Espero que estés satisfecho contigo mismo —le escupí a Gabriel, mientras Lizza sollozaba en mi hombro.

—¿Qué hice? —Dijo, impotente.

—Sabes lo que hiciste. —Fue completamente injusto de mi parte. Sabía que lo que hizo fue atraparme solo en esa limusina que no tenía absolutamente nada que ver con el llanto de Lizza.

—¿Quieres que compre el león, cariño? —Él se acercó y le puso una mano en la espalda. Estaba parado demasiado cerca de mí ahora, pero no era como si pudiera mantenerlo alejado de consolar a su propia hija.

—¿Comprar el león? No puedes simplemente comprar las soluciones de todo, Gabriel. —El valor de él.

—¡SÍ! —Lizza sollozó y sus palabras destrozadas eran ininteligibles en mi hombro. Gabriel se acercó hasta que estuvo casi presionado contra mi hombro. Dios mío, tener su musculoso brazo presionado contra el mío era insoportable. Me tragué el repentino deseo.

—¿Qué fue eso Lizza? ¿Qué quieres que haga? —Levantó la cabeza y se secó los ojos.

—Quiero que compres el león y lo liberes en una reserva de animales en África.

Él acarició su cabello oscuro que ahora estaba enredado con su tristeza.

—Bueno. Lo haré. Te compraré una reserva de animales en África.

—¿COMPRARÁS UNA RESERVA DE ANIMALES?

Él me miró, casi sorprendido. —Voy a salvar a este león. Voy a darle un hogar —¿Dónde pertenece! —Añadió Lizza, sus ojos azules brillando con lágrimas.

—¿No en... un patio? —Gabriel dijo como si estuviera probando la declaración.

—¡Sí! ¡Debería ser libre! —Él asintió. —Bien entonces. Yo puedo hacer eso. El león será devuelto a África, donde le encontraremos una reserva adecuada. Quizás le conseguiremos una leona para que sea feliz.

—No puedes simplemente quitarle el león a este tipo. —Lo miré boquiabierto.

—Sí, él puede! —Lizza gritó. —¡Papá lo comprará y lo rescatará!

Se apartó, las pocas pulgadas entre él y yo fueron apreciadas.

—Oh, puedo. El Sr. Farooqi quiere mi negocio. Mi negocio significa más para él que un león. Negociaremos, compraré el león y haré feliz a mi hija.

—¡Y le daremos una buena vida al león! —Sacudí mi cabeza. Yo no lo podía creer.

—Espero que no creas que puedes comprarme de la forma en que crees que puedes comprar este león, solo para satisfacerte. —Todos se volvieron hacia mí y me miraron y de repente me di cuenta de la atención que tenía. Acabo de decir sobre Gabriel y yo. Me aclaré la garganta.

—No se puede comprar un profesor de música de la misma manera que se puede comprar un animal. —Eso pareció satisfacer a Lizza. Las cejas de Shawn todavía estaban a la mitad de su frente en sorpresa y deleite.

—Compra el león, papi. Te amaré por siempre. —Lizza dejó mis brazos y fluyó hacia los de su padre mientras Gabriel la calmaba. Shawn no creyó una palabra de lo que dije. Él me conocía demasiado bien. Era sospechoso.

Gabriel me miró por encima de la cabeza de su hija, y sus ojos azules derritieron mis malditas bragas. Yo tampoco lo engañé. Maldición.

—Llevaré a Lizza, Shawn y la Sra. Marino de regreso a la limusina, señor —dijo Marcus, por lo que pude ver, ante la

tácita invitación de Gabriel. Supuse que eso era lo que hacían los buenos guardaespaldas.

—Mientras trata sus asuntos con el Sr. Farooqi. —Marcus nos hizo regresar a la limusina mientras evitaba que Lizza le ofreciera un terrible regaño al Sr. Farooqi, lo cual estaba absolutamente seguro de que no apreciaría de una adolescente y probablemente lo haría empeorar todo.

Eventualmente, Gabriel se unió a nosotros en el auto y le aseguró a Lizza que todo estaba arreglado. Durante todo el viaje de regreso al resort, Lizza nos contó todo sobre los leones y lo importante que era ser respetuoso con los hábitats naturales y lo terrible que era la caza furtiva y el comercio de animales exóticos. Gabriel le prestó toda su atención a Lizza, excepto en los momentos en que llamé su atención, y su mirada me conmovió cuando la tierra se movió alrededor del sol y lo fulminé con la mirada, porque no, no estaba aquí por él. No lo estaba.

Estaba aquí por mí misma. Para encontrarme a mí misma. Y no necesitaba un hombre en absoluto. Maldición!

CAPÍTULO SEIS

Stella Marino me estaba evitando. Era la mujer más irritante que había conocido en mi vida. Nunca había querido una mujer que me quisiera pero se negara a estar conmigo. ¿Por qué no? ¿Qué le pasaba a ella? ¿Qué me pasaba?

Fue un golpe para mi ego, para ser honesto al respecto. Yo era un hombre que las mujeres querían. Y tenía estándares. Tenía moral, aunque conocía a muchos que pensaban que alguien como yo no. Nunca iría tras una mujer que estuviera casada, o demasiado joven, o incluso emocionalmente comprometida, borracha o insensible. No necesitaba engañar a las mujeres para que quisieran estar conmigo. Pero Stella.

No podía sacarla de mi mente desde que probé sus labios en el auto. Soñé con ella. La anhelaba. En la cama por la noche, la quería, la anhelaba. Me imaginaba su piel sobre la mía. Ella me había fascinado y, sin embargo, desde que regresamos del viaje a Lahore, si alguna vez entré en una habitación, ella salió. Me estaba volviendo loco.

¿Cómo se suponía que debía negociar nuestros términos si ella no me permitía hablarle, tocarla? Terminé mi negocio rápidamente y pasé el resto de mi tiempo con Lizza mientras reflexionaba sobre la dificultad que era Stella Marino. Mi tiempo en Pakistán se estaba acabando.

Lizza me convenció de llevarla a la piscina, no porque no hubiera podido ir sola o con Marcus, sino porque le había prometido pasar tiempo con ella. Entonces eso fue lo que hice.

Pusimos nuestras toallas en las reposeras y nos pusimos cómodos. Me estaba contando sobre una conversación que tuvo con su amiga cuando cruzó la piscina, vi a Stella, en su propio sillón, mirándonos.

Ella llamó mi atención y la sostuvo, su cabello recogido en un nudo alto en la parte superior de su cabeza, usando un bikini azul medianoche que me hizo agua la boca. No pude moverme. Pero ella lo hizo. Se puso de pie, metió sus cosas en una bolsa y salió de la piscina. La vi irse. Huyendo de mí, sin duda.

—Deberías pedirle que venga a Italia con nosotros, papá. Sé que te gusta ella. Ella también me gusta.

—No —dije, con mi boca demasiado seca para decir la palabra correctamente. Pero se me estaba acabando el tiempo. Teníamos que estar en Italia en dos días. Me puse de pie.

—¿Quieres tomar algo? Iré al bar a buscar algo de beber.

Lizza sonrió y levantó sus gafas de sol mientras se recostaba. —Esa es una buena idea.

Pero ya estaba de pie, apresurándome para alcanzar a Stella. La atrapé en los pasillos sinuosos del resort.

—¡Gabriel! —Jadeó, como sorprendida o ansiosa, no estaba seguro.

La tomé del brazo y la insté a entrar en un armario de ropa cercano, cerrando la puerta detrás de nosotros y presionándola contra ella. Su cuerpo estaba caliente, casi desnudo y muy suave.

—Me has estado evitando —le dije, con mi voz llena de anhelo. Pensé que ella se resistiría a mí al principio. Pensé que ella me alejaría o me abofetearía, y estaba dispuesto a sufrir eso. Ella podría patearme las bolas, no importaría si eso me permitiese hablar con ella, tocarla, hacer ALGO.

—Cállate —dijo, con sus dedos clavados en mis hombros.

—Stella...

—Dije que no hables. —Enroscó sus dedos en mi cabello y arrastró mis labios hacia los de ella.

El calor dentro de mí explotó y la devoré, chocando labios, lenguas y dientes. Me sentí como una bestia cuando le arranqué la parte superior del bikini de su cuerpo, pero ella también me estaba agarrando, tirando y aferrando, sus manos

calientes me tocaban por todas partes, una pierna tonificada envolviendo mis caderas para mantenerme cerca. Presioné mi boca abierta contra su pezón y chupé con fuerza. Echó la cabeza hacia atrás y la escuché golpear contra la puerta. Levanté la cabeza. —¿Estás bien? —Le pregunté, pero ella me agarró la cabeza con los dedos.

—No te atrevas a detenerte —jadeó y me guió de regreso a su pecho.

Sonreí contra su piel, luego lamí y mordí, y chupé de nuevo.

—Gabriel —gimió—. Por favor... —Metió la mano en mis bañadores y me tomó, acariciándome hasta que gemí.

—No lo hice... —¿por qué no lo hice? —No traje un condón, Stella.

—Yo tampoco tengo uno. Joder.

Ella gimió y dejó caer la cabeza sobre mi hombro. Ella vibró en mis brazos. Ella se sintió bien. Ella sentía que pertenecía allí. Quería que ella me quisiera, querer quererme. Quería envolverla en mí de la forma en que estaba envuelto en ella. Me puse de rodillas, enganchándole los pantalones de bikini y arrastrándolos por sus piernas.

—Por favor —jadeó, sus dedos enterrándose en mi cabello.

Me gustó mi cabello, me di cuenta. Me gustó que a ella le gustara. Le acaricié las piernas, la delicada piel detrás de sus rodillas, sus muslos suaves y fuertes. Enganché su pierna sobre mi hombro y ella arqueó su pie en los músculos de mi espalda instándome a seguir.

—Gabriel, Gabriel —gimió, y cuando finalmente puse mi boca donde quería, gritó.

—Shh —le dije, y luego fui a trabajar con alegría, su aroma cálido y almizclado me llenó. No quería nada más, solo su piel, su sabor, esos deliciosos sonidos que estaba haciendo mientras trataba de no hacer demasiado ruido. Ella me estaba volviendo loco, así que la volví loca. La sentí tensa, su cuerpo temblando, sus gritos tan altos en su garganta que apenas

estaban en el rango humano de la audición. Jadeó y se aferró a mi cabeza, se inclinó sobre mí y sentí que sus piernas cedían.

La atrapé y me puse de pie, sosteniéndola. Ella agarró mis hombros, jadeando, su cabeza colgando contra mi pecho.

—Wow —dijo ella.

—¿Bien? —Pregunté aunque lo sabía. Besé su cuello, le lamí el sudor. Cada parte de ella sabía a ambrosía. —Bien —suspiró—. Bien.

Envolví mis brazos alrededor de su cintura y la atraje hacia mi cuerpo, presionando mi erección contra su cálido cuerpo. Ella todavía estaba jadeando fuertemente.

—Ven a Italia conmigo. —Ella se calmó. Su respiración jadeante se ralentizó.

—¿Qué?

—Tú y Shawn, vengan a Italia con nosotros. Tengo que irme a trabajar, tengo una cita pero quiero que vengas con nosotros. Tengo un jet privado. No quiero dejarte ir.

Ella se apartó, sus manos presionando contra mis hombros, aunque mantuve sus caderas seguras contra las mías.

—¿Qué crees que es esto, Gabriel?

—¿Qué quieres decir? —Ella tomó un hondo suspiro. Otro.

Ella tragó y se lamió los labios como si estuviera tratando de recuperar la compostura. Como si intentara convencerse de algo que no era cierto.

—¿No entiendes que esta cosa entre nosotros es solo...

—No lo digas —le advertí. El calor que me había llenado hace un momento se volvió duro y frío en mis entrañas.

—Esto es lujuria. Eso es todo.

Negué con la cabeza. —No es cierto.

Tragó de nuevo y levantó la barbilla. Obstinada.

—Es lujuria. Quieres ganar. Quieres ser mi dueño. Como siempre obtienes lo que quieres, eres ese tipo de persona. Entonces aquí me tienes, ganaste. Te deseo. Eres el hombre

más atractivo que he conocido y te he deseado desde la primera vez que te vi. ¿Bueno? Ven a mi cuarto esta noche. Tengo un condón. Te voy a follar con mucho placer. Me hiciste querer quererte. Tú ganas.

Apreté los dientes, sintiendo los músculos de mi mandíbula apretarse. Bajé la cabeza y le hablé en voz baja al oído, oscuro y profundo.

—¿Qué crees que es esto, Stella? —Sentí que se relajó contra mí, como si su cuerpo me conociera, como si se rindiera ante mí, sin importar lo que dijera su cerebro.

—Porque no es solo lujuria. Sé lo que es la lujuria. —Pasé los dedos, que todavía olían a ella, por el costado de su cara, su cuello, entre sus senos, tan hermosos. Me detuve y presioné mi mano contra su corazón. Podía sentirlo golpeando.

—Te deseo. No para follarte. Quiero que seas mía. —Sabía que la palabra era incorrecta tan pronto como la dije. Ella se puso rígida de nuevo. Casi la tengo.

—¿Oh? Y crees que puedes tener lo que quieras porque eres rico. —Me apartó. —Super rico.

—Compra un león, rico. ¿Crees que puedes ser mi dueño? —Levantó la parte inferior de su bikini del piso donde los había dejado caer y se los volvió a poner. —Jet privado, rico. —Buscó en la pequeña habitación. Buscando su bikini, lo supe. Lo recogí de un estante y se lo entregué. —Me ofreciste cinco mil por semana para dar clases de guitarra a tu hija. Gabriel, Gano cincuenta dólares por clase. Cinco mil.... — Ella se burló y se retorció las manos detrás de su espalda para abrocharse la parte superior del bikini. Su cabello largo y sedoso le cubría la cara. —Es ridículo. Me sentiría como una prostituta.

¿Cómo podría ir todo tan mal?

—Quiero cuidarte, Stella. Te mereces más. Te daría mucho más si supiera que lo tomarías.

—No quiero que me des cosas, Gabriel. No necesito un hombre para cuidarme. Soy una mujer independiente y estoy completa sin ti.

—Lo sé —dije. Me gustaba por ser quien era.

—La compañía de música también quería que yo vendiera. Querían que yo fuera su producto. Ese no es el tipo de chica que soy. ¡No puedes comprarme!

Estaba de vuelta en su traje de baño, como si eso la hiciera menos convincente. Como si todavía no quisiera llevarla a mi habitación y acostarla en mi cama y arruinarla locamente y luego abrazarla y besarla y tocar ese cabello sedoso y pesado, sentir que me cubría mientras dormía y luego despertar con ella. Todos los días.

—No quiero comprarte, maldita sea. —Las palabras salieron en un gruñido —Quiero casarme contigo. —Ella se tambaleó hacia atrás, chocando con fuerza contra la puerta que habíamos estado, hasta hace poco, jodiendo. Tenía los ojos muy abiertos y su rostro se había puesto pálido. —¿Casarte conmigo? ¿Estás loco?

Mierda. Era demasiado pronto para poner todas mis cartas sobre la mesa. Todavía no había logrado mi objetivo. Había cometido un grave error estratégico.

Qué había hecho! Esta mujer arrojó mi cabeza en picada salvaje. Sabía que no debía agitarme así. —Tal vez. No lo sé. No quise decir eso.

—¿No lo sabes? ¿Tú Multimillonario, Sr. Gabriel DeVille que compró un león. Y una reserva en África en un segundo? No te creo, Querías decir lo que dijiste.

Mierda. Me pasé una mano por el pelo.

—Apenas te conozco. —Los planes cambiaron. Los acuerdos fracasaron. Esto fue un revés, pero de ninguna manera estaba renunciando a Stella. No pude, no lo haría y no tuve que hacerlo. Necesitaba un cambio de táctica. Honestidad. Dejé escapar un suspiro.

—Stella —le dije. Parecía que estaba a punto de salir corriendo. Extendí mi mano y tomé su mano, solo su mano.

—No quise asustarte. —Ella miró mi mano sosteniendo la suya como si fuera una serpiente de cascabel viva.

—Stella, mírame. —Sus grandes ojos marrones se alzaron hacia mí. Llevaba sus sentimientos en su rostro. Ella era tan malditamente genuina. ¿Cómo podría siquiera pensar en traerla a mi vida? No pude evitarlo. Tenía que hacerlo—, Stella —ella me hizo necesitarla.

—La primera vez que te vi, sentada con mi hija y enseñándole a tocar la guitarra, con el viento soplando tu cabello en tu cara y esa gran sonrisa. Tu alegría. Irradiabas alegría. Solo sabía...

—¿Sabías que querías casarte conmigo?

Sí. —No. —Honestidad parcial. —No, eso no. Solo sabía que eras especial. Sabía que te quería en mi vida. —Era cierto, pero no podía decirle lo calculado que estaba. Cómo quería que fuera la madre de Lizza porque quería que tuviera una familia, alguien que la amara.

—Y en la de Lizza —admití, porque era en parte eso, y jugar ese juego no parecía funcionar con Stella. La honestidad casi que podría funcionar. Su mandíbula se abrió de golpe. Ella parpadeó.

—Querías que fuera la madre de tu hija. —Mierda. Ella era demasiado perceptiva.

—N-no. —Ella se rió, una risa profunda, y sus dedos una vez flojos se apoderaron de los míos. Ella me atrajo hacia ella y agarró mi otra mano. —Me estás seduciendo, así que seré la madre de Lizza.

—No es gracioso. —Ella levantó las cejas.

—Oh, ¿no es así? —Tomé sus dos manos y las atrapé sobre su cabeza, contra la puerta.

—Esto... nosotros. —Todavía estábamos los dos desnudos, y con nuestra piel haciendo contacto.

—Esto no tiene nada que ver con mi hija, este soy yo —consumí sus labios en un beso que hizo que todo el calor sexual volviera a arder.

—Y tú. —Murmuré las palabras contra su mejilla.

—Te deseo. No quiero solo follarte. Te deseo. A tí.

Sus ojos marrones estaban sorprendidos. Parpadeó y luego me devolvió el beso, primero apasionadamente, pero luego más suave, más suave, lleno de emoción. Ella tomó el control del beso y me condujo por un camino que nunca antes había tomado. Se burló de mí, me tentó. Me habló sin palabras, con la suavidad de sus labios, sus pequeñas sonrisas, los pellizcos y los gustos que me dió y se dió a sí misma. Los sonidos resonantes que hizo en el fondo de su garganta, como una canción, una canción solo para mí.

Solté sus manos y me acarició la cara, me echó el pelo hacia atrás, me acarició el cuello y los hombros hasta que me aparté, inestable. Fui sacudido hasta mi núcleo.

—Oh, Gabriel, bebé —dijo con una sonrisa suave. Ella me hizo débil.

—Estás confundido, eso es todo. —Negué con la cabeza. La miré fijamente. Tratando de ganar mi centro. —Nunca estoy confundido. —Ella asintió y continuó dándome palmaditas.

—No tienes que mirarme. está bien. Tu hija está creciendo y se está poniendo difícil y no sabes qué hacer con ella. Entonces me viste con ella y pensaste que era la respuesta.

—No.

—Sí. No soy la respuesta a tus problemas, Gabriel. —Sí lo era.

—No pensé que lo fueras. —Su sonrisa estaba llena de peligro.

—Y luego estaba la química obvia entre nosotros. Por supuesto, te quedaste impregnado en mí.

—No soy un patito. —Le fruncí el ceño. Ella se rió entre dientes.

—Creo que sí, mi pequeño patito. —El calor llenó mi barriga y era diferente al calor de antes. Me gustó.

—No soy tu patito.

—Pobre Patito. Estabas abrumado por mi espíritu maternal. Su voz estaba llena de luz y felicidad. Ella me hizo débil.

—No seas condescendiente.

—Muy bien, no lo haré. Pero no vuelvas a pedirme que vaya contigo a Italia. Es demasiado, demasiado pronto.

—No estoy de acuerdo con esos términos.

Ella pasó sus manos por mis brazos y me empujó hacia atrás hasta que estuve a un pie de distancia de ella. Estaba muy lejos.

—Bueno, eso es muy malo, Sr. DeVille, porque esos son mis términos.

—Gabriel —gruñí.

Ella agitó sus malditas pestañas hacia mí.

—Gabriel, aceptaré ser la profesora de música de tu hija cuando regresemos a Nueva York. Podemos llegar a conocernos como personas normales. Estoy segura de que es solo la belleza de los alrededores. Una aventura de verano. Una cosa de vacaciones. Una vez que ambos volvamos a nuestras vidas normales, volveremos a encontrar nuestro equilibrio.

Negué con la cabeza. No era tan voluble. Cuando supe algo en mis entrañas, lo supe, una verdad inquebrantable. Ella era mía. Peor aún, y no iba a admitirlo en voz alta, yo era suyo. Algo en mi pecho me dolía al pensar en estar separado de ella.

—De acuerdo. Cinco mil dólares a la semana.

—¡Gabriel! Eso es indignante.

—Cinco mil dólares a la semana, y no tendrás otro trabajo. Trabajarás para mí. Soy un empleador justo. Pregúntale a Marcus. Proporcionaré beneficios y un automóvil disponible para tí.

—Esa no es una vida normal en absoluto.

—Esa es mi vida normal. Y esos son mis términos. —Ella ensanchó sus fosas nasales hacia mí.

—Bien. —Ella mordió la palabra y me entrecerró los ojos. Ella me iba a arrojar algo más. Me preparé para el impacto.

—Si estamos hablando de términos, aquí están los míos: no tendrás otras mujeres. —Levantó la barbilla como si sus palabras fueran un desafío.

—No tener relaciones sexuales con otras mujeres. O besos O citas. Ninguna otra mujer en absoluto.

La emoción me invadió. Estaba celosa. Ella tenía sentimientos por mí. Años de hacer el trato mantuvieron mi alegría encubierta. Le arqueé una ceja:

—Nunca he oído hablar de una descripción del trabajo con esos términos.

—Esos no son los términos del trabajo. Esos son los términos de salir conmigo. —Una pequeña sonrisa se deslizó y curvó mis labios con satisfacción.

—De acuerdo. —Se aclaró la garganta y se inclinó para recoger la bolsa de la piscina que había dejado caer al suelo cuando la acerqué al armario de la ropa.

—De acuerdo entonces. Tenemos un trato. —Sosteniendo su bolso entre nosotros con ambas manos, se inclinó hacia mí y besó mi mejilla, sin tocarme en ningún otro lado.

Capté sus ojos cuando ella dio un paso atrás y no la dejaba mirar hacia otro lado. Un profundo sonrojo coloreó sus mejillas. Ella también lo sintió. Ella sintió la conexión. Esto no era solo lujuria, era algo más. Algo no identificable. Pertenencia. Ella era mía. Yo era de ella.

—¿Todavía puedo ir a tu habitación esta noche? —Susurré.

Aspiró una bocanada de aire, sus ojos revolotearon contra esas profundas mejillas sonrojadas de color escarlata. Se mordió el labio y negó con la cabeza.

—No creo... es demasiado, Gabriel. No. Cuando volvamos a Nueva York. Después de un tiempo. Yo... necesito aclarar mi cabeza otra vez.

—Hmm —dije e incliné la cabeza para mirarla. Ella me señaló con un dedo afilado.

—Y no me pedirás que vuelva a Italia contigo otra vez. Ese era el trato. ¿Recuerdas? No engatusar. No querer convencerme. No hacer tratos. Sin regaños por nada.

Asentí con la cabeza. —No te pediré que vayas a Italia conmigo otra vez. —Tenemos un trato entonces. Se fue delante de mí, muy satisfecha de sí misma.

Estaba, por supuesto, loca si pensaba que la estaba dejando ir y no volvería a verla durante las semanas que me llevaría volver a Nueva York.

—Marcus! —Llamé tan pronto como entré en nuestra suite.

—¡Marcus! —Salió de su habitación, ya alerta, con la mano en la funda de su arma.

—¿Qué pasó?

—Quiero que seduzcas a Shawn y lo invites a que venga a Italia con nosotros. —Marcus se congeló en el acto de revisar su arma.

—¿Quieres que haga qué?

—Me escuchaste. Seduce a Shawn. Invítalo a Italia. Y asegúrate de que acepta venir con nosotros. —Marcus me parpadeó lentamente. Enfundó su arma y apoyó los pies, cayendo en su postura natural, con los brazos cruzados sobre su imponente cofre.

—Esta es una mala idea.

—No te pago para que critiques mis órdenes.

—En realidad si lo hace. Como guardaespaldas de la persona más importante en su vida, es mi trabajo evaluar situaciones peligrosas que la afectarán, incluso cuando usted me ordena hacer algo. Tengo que hacer juicios de valor y elecciones y hablar cuando sea necesario. —Me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada.

—Esta no es una situación peligrosa. Quiero que Stella nos acompañe a Italia mientras sigo negociando, pero me exige

que no vuelva a preguntarle. Por lo tanto, quiero que le pregunte a Shawn. Ella vendrá para hacerlo feliz. Ese es el tipo de persona que ella es. —Los hombros tensos de Marcus se relajaron minuciosamente.

—Sé lo que está tratando de hacer, y lo está haciendo todo mal. No puede hacer que Stella se enamore de Usted. —Me reí.

—No estoy tratando de hacer eso en absoluto. No seas un tonto romántico. Estoy en medio de una negociación. Una fusión. He hecho ciertos tratos que limitan las acciones que puedo tomar.

—Dígame. Necesito saber toda la situación.

—Ella ha aceptado que salgamos cuando regresemos a Nueva York.

—Eso es bueno entonces. ¿Para qué esto?

—No quiero esperar. Siento la necesidad de... —No sabía cómo describir esta necesidad.

—Mover el acuerdo rápidamente. Si arrastro los talones, la transacción podría fracasar.

Marcus dejó escapar un suspiro frustrado. Dejó caer sus manos.

—He trabajado con Usted y su hija durante el tiempo suficiente para considerarlo un amigo. Y espero que también me considere su amigo.

—Sí. —dije, esperando que el otro zapato cayera.

—Es por eso que voy a darle un consejo que no le va a gustar.

—Adelante. —La sospecha me hizo desconfiar.

—Es un maldito idiota.

—¿Perdón? —Mi voz goteaba hielo. Esperaba que entendiera lo cerca que estaba del límite. Podría encontrar otro guardaespaldas. Uno mejor.

—Negociaciones. Ofertas. Actas. Nada de eso es lo que está sucediendo aquí. Está enamorado de Stella. Esto no es un asunto de negocios y debe dejar de tratarlo como tal .

—No. —Quería decir. No estaba enamorado. Esto no se trataba de amor. Para nada era eso. Y todavía. Sentía que mi corazón se había detenido, pero podía sentir que se aceleraba en mi pecho. Quieto y galopante. Frío y caliente.

Mi pecho estaba lleno de algo que no había estado allí antes. Había un océano dentro de mí. Y dentro de ese océano, una estrella ardiente, iluminándome desde dentro. Una Estrella de mar. Estaba enamorado. No sabía cuánto tiempo estuve allí, mirando a la nada. Sintiendo esta cosa nueva que nunca antes había sentido.

—Lo invitaré a Italia con nosotros —dijo finalmente Marcus.

—Pero solo porque me gusta Shawn y me encantaría tener su compañía en Italia. Así es como se hace. Le gusta alguien y luego trata de conocerlo o conocerla. No intenta negociar un trato con el o ella. Si quiere que se enamore de Usted, dese cuenta de que es una persona que quiere ser respetada y amada por sí misma. No es una empresa rival con la que está llevando a cabo fusiones y adquisiciones.

No esperó mi respuesta. Bien hecho. No tenía ninguna respuesta para dar.

CAPÍTULO SIETE

Nunca volvería a hablar con Gabriel DeVille. De eso estaba segura. Había sido fácil evitarlo mientras se ocupaba de su misterioso negocio italiano en la ciudad, y Lizza y Marcus nos llevaron a Shawn y a mí por las encantadoras calles sinuosas. Italia era hermosa. Nunca pensé que realmente podría visitarla. Pero aquí estaba yo.

—Dos herencias por el precio de una —Shawn susurró astutamente en mi oído mientras comíamos helado y caminábamos por el mar Adriático.

—Tanto pakistaníes como italianos. Es casi como si tus sueños se hicieran realidad.

—Te culpo por esto —le dije antes de subir al avión privado de Gabriel y volar con el hermoso enamoramiento de Shawn, hacia la loca Italia.

¿Sueños? ¿Qué sabía de los sueños? Todos mis sueños eran polvo y Shawn no iba a alegrarme de mi ira. Yo estaba enojada. ENOJADA. Y toda mi ira se centró en un hombre: Gabriel DeVille. Ese pendejo.

¿Quién se creía que era? Desde el momento en que Shawn me dijo que Marcus le pidió que fuera a Italia con él y me rogó que fuera con él y fuera su ayudante, supe lo que Gabriel había hecho. Había dado la vuelta a nuestro trato para que viniera con él a Italia.

No, él no me lo pidió personalmente, pero de todos modos me había metido en eso. De alguna manera. Sin mencionar que ya firmé contratos de trabajo en los que insistí para protegerme de él con su riqueza y poder. Y dejé mi trabajo en la escuela de música y en Star Girl Bar and Grill. No es que Shawn no me contratara de nuevo. Pero los de la escuela de música estaban enojados. Lo hice de todos modos, porque, con Gabriel o no,

sería una tonta si rechazara cinco veces más la paga de un quinto del trabajo.

Dijo que siempre tenía lo que quería. Y consiguió que fuera con él. ¿Pero... qué obtendría él? Esa fue la pregunta. Le di una mirada fulminante en la limusina mientras avanzaba por el sinuoso camino hacia la bodega de Gabriel. Estaba tan lejos de él como podía sentarme. Y ese sería el caso para el resto de este viaje hasta que Shawn y yo nos subiéramos al avión y nos dirigiéramos a casa.

Levantó la vista, sus ojos azules parpadearon y me sonrió haciendo que mi corazón se diera vuelta. Maldición, no tenía derecho a mirarme así.

Había roto nuestro trato, no la palabra, pero el corazón de nuestro trato. Y todavía. Cada vez que me miraba, era como si me estuviera diciendo algo con sus ojos y algo en mí respondía. Anhelándolo. Maldito seas. Maldito seas todo el camino al infierno.

—Ahí está —dijo, señalando la ventana a mi lado. Levantando sus cejas hacia mí insitándome a mirar. —Viñedos Deville. —De mala gana, me di vuelta para mirar. No quería darle la satisfacción, pero realmente quería ver su bodega.

El sol se estaba poniendo, y acariciaba los pliegues mantecosos de las montañas a kilómetros de distancia y desde las laderas se alzaba un edificio de piedra pálida, orgulloso y antiguo.

—Un castillo —le dije. En estado de shock. Me volví hacia él. —Eres dueño de un castillo.

La intensidad de su mirada sobre mí me hizo parpadear. No tenía la intención de hablar con él. Tenía la intención de congelarlo. Yo estaba enojada. Había roto nuestro trato. Pero él sonrió y sentí el calor hasta los pies.

—Es una posada y una bodega. Nos gusta quedarnos aquí cuando estoy en la región por negocios. No sé si lo llamaría castillo.

— No, es un castillo —dijo Lizza—. ventoso como el infierno.

—Compórtate —regañó a su hija.

—Tienes un jodido castillo. —No pude evitarlo.

Presionó sus labios en una línea plana y me miró molesto por maldecir.

—Es solo uno pequeño. Él tiene un pequeño castillo — empujé a Shawn en las costillas.

—Es solo uno pequeño.

—Es hermoso. Como un sueño hecho realidad. —Shawn sonrió.

Me burlé. —No puedo esperar para llegar allí y ver la bodega. Estoy en el negocio, ¿sabes?

—Sí, sí. Tienes una cervecería. El tiene una bodega. Lo entiendo. Es bueno para tu negocio. —Me quejé y me desplomé en los asientos de cuero. Wingmen no desperdició oportunidades de negocios, y mucho menos oportunidades de hombres hermosos. Observé el paisaje que pasaba. Las vides, las montañas. Las pintorescas cabañas. El castillo. Mientras me enfurruñaba y miraba por la ventana y me enamoraba de la vista, el resto charlaban. —No escuché Es un trato —dijo Gabriel.

Me levanté en mi asiento. —¿Qué es un trato? —No confiaba en Gabriel y en los tratos.

—He acordado llevar a todos a un recorrido por la bodega mañana. Tengo algo muy especial que me encantaría hacer por todos ustedes. —Lo miré con recelo.

—¿Eres realmente el tipo de persona que se lo pasa haciendo tratos que no pretende mantener? —Sus ojos perforaron los míos. Estaba atrapado allí. Como si nadie más estuviera en el auto excepto él y yo.

—No vuelvo a mis ofertas, Stella. —Él arqueó una esquina de sus labios. Tomé un respiro para discutir, para decirle cómo rompió nuestro trato y me obligó a ir con él y fue injusto y que estaba furiosa con él. Fue entonces cuando me di cuenta de las otras personas en el auto, mirándonos con interés. Mirándome, en particular. —Bien. —Me di vuelta, ignorándolo. Nos

detuvimos en el castillo y Shawn estaba extasiado, señalándome cada cosa hermosa como si no pudiera verla.

Sabía que él quería que yo estuviera feliz de estar aquí, y debería estarlo. Dejé que Shawn se divirtiera, dirigiendo su atención a Marcus y Lizza, quienes podían contarle todo tipo de cosas sobre la bodega, ya que este no era su primer viaje. Mirando a través del valle, sobre las pérgolas de uvas, mientras el sol poniente coloreaba el cielo con naranja y púrpura, y la cálida piedra del castillo se levantaba detrás de nosotros, era tan hermoso que quería llorar. Me envolví en mis brazos y aguanté.

—No rompí nuestro trato, ya sabes. —Las palabras eran bajas y cálidas, pronunciadas justo detrás de mi oído. Podía sentir su cuerpo detrás de mí, aunque no me estaba tocando. Como si tuviera un sentido extra de lo que le preocupaba, siempre sabiendo dónde estaba y sintiendo su presencia. Estaba en sintonía con él, y no era justo.

—No voy a fingir que soy el hombre más honesto, pero no volví a cumplir mi palabra contigo. Nunca te pedí que vinieras conmigo otra vez. Me apegué a nuestro acuerdo. Me alegro de que hayas venido, incluso si no fuera por mí.

No se acercó a mí. Sin embargo, quería sus manos sobre mí. Estuve cinco segundos apoyándome en él contra mi mejor juicio cuando nos llamaron al castillo para que pudiéramos instalarnos en nuestras habitaciones. Fue un alivio. Estaba luchando conmigo misma constantemente, luchando entre querer entrar en sus huesos y querer estar lo más lejos posible de él. No era un chico seguro. El era peligroso. No confiaba en él en absoluto. Era uno de esos tipos que pensaba que podía hacer lo que quisiera porque era rico. Entonces, ¿por qué... por qué mis instintos me decían que confiara en él?

—Pedí espacio, Gabriel. Porque sea lo que sea, incluido este viaje de ensueño a Italia, es demasiado. Y, sin embargo, aquí estoy.

Su rostro no cambió, pero vi que algo hacía un clic en él. Una comprensión. —Lo siento —dijo. —Te daré un poco de

espacio. —Y luego, así, se alejó, hacia el castillo, y me quedé parada allí.

—Le gustas —Shawn se acercó a mí.

—Soy consciente. Me lo ha dicho. —Incluso el hecho de que me lo diga se sintió como una especie de manipulación.

—¿Lo hizo? Estoy sorprendido. Creo que un tipo así querría retener algo. Ya sabes, mantén el control.

—Oh, él tiene muchas maneras de tener el control. —Shawn sonrió.

—Oh, ¿verdad? —Él movió las cejas.

—Cuenta. Comparte con la clase, Stella. ¿De qué manera está ‘en control’ y cuántas veces gritaste en éxtasis?

—Cállate. No quise decirlo así. Quiero decir. El dinero. La influencia. El lujo. El jet privado.

—¿Eso está en control? No estaba al tanto. Creo que él simplemente nos quiere hacer pasar un buen momento.

—Shawnie, esto es tan malo.

—¿Qué es malo, preciosa? ¿Un viaje gratis a la Italia mágica?

—Es malo que no quiera que nada tenga ningún sentido. Todo lo que sé sobre él me dice que tengo que tener cuidado o podría lastimarme mucho. Y, sin embargo, mi instinto dice que lo aborde. —Sus ojos se iluminaron.

—Eso es genial. Yo digo que lo abordes.

—No, no lo entiendes. Mi instinto siempre me dice que haga lo incorrecto. Voy y elijo al tipo equivocado. Y elijo una carrera para la cual no soy la adecuada. Y trato de ser sincera conmigo misma cuando creo que ser yo misma podría ser... un error. —Me envolvió en sus brazos.

—Aww, preciosa. Estás pensando demasiado. Solo permítete vivir. Relajate. Disfruta. Oh, mira, nos están llamando para cenar. No puedo esperar para ver lo que nos darán de comer. La comida en Italia es in-cre-í-ble. —Me reí con él y acepté e intenté dejar de lado mis dudas.

La cena consistió en un risotto de azafrán con scungilli, espárragos delicados con salsa de mantequilla de limón y un hermoso vino tinto Montepulciano D'Abruzzo. Y Gabriel se mantuvo alejado de mí. Toda la cena, él hablaba y reía con Lizza y Shawn y Marcus mientras yo bebía y comía. El era encantador. Él era guapo. Él era divertido. No intimidó a una sola persona ni trató de negociar una maldita cosa y eso me hizo enojar más y más. Me levanté de la cena y me disculpé hoscamente.

—Te veo en la mañana, Stella —dijo Gabriel. Fue lo primero que me dijo durante toda la cena, con sus ojos cautelosos. —¿La mañana? —Estoy llevando a todos a una pequeña aventura. Ese fue el trato que hice en el auto porque te dejé sola con tus propios dispositivos en la aldea. —Hizo una pausa. Giró su copa para que el vino girara alrededor del cuenco. —Me gustaría que vinieras.

Finalmente me miró. Se me cortó la respiración. ¿Por qué era tan hermoso? ¿Por qué hizo que mi corazón se detuviera? ¿Por qué quería sentarme en su regazo y meter la nariz en el cuello de su camisa contra su cuello? Tragué fuerte.

—Trato hecho —dije, luego escapé antes de que pudiera hacer más concesiones a mi deseo de estar cerca de él y arriesgarlo todo.

A la mañana siguiente, tomé un poco de café y pasteles de la cocina y luego me escondí en mi habitación hasta el momento en que planeamos reunirnos. Fui cobarde y lo admití por completo. Si tuviera que detenerme para mantenerme a salvo de la tentación que era Gabriel DeVille, entonces lo haría. En cambio, tocaba la guitarra en mi balcón, una excusa para mantener a todos alejados de mí mientras practicaba, pero en cambio, estaba escribiendo canciones enojadas y tristes sobre este mismo hombre. Era la única forma en que podía sacarlo de mi sistema. Y cuando llegó el momento de reunirnos todos por nuestros planes, puse mis pies debajo de mí y pude manejarlo. Desafortunadamente, cuando bajé al patio fuera del castillo,

no estaban Shawn, ni Lizza, ni Marcus.

—¿Dónde están los demás?

—A Lizza la atacó la adolescente y se negó a hacer una caminata con nosotros. Por lo tanto, Marcus necesitaba quedarse atrás y ocuparse de su equipaje.

—Y supongo que eso, por supuesto, significa que mi mejor amigo Shawn quiere quedarse con los niños geniales y nos abandonó. —Se encogió de hombros, mirando, entre otras cosas, tímido.

—¿Vendrás de todos modos? —Di un paso atrás.

—¿El gran Gabriel DeVille realmente me pregunta si me gustaría hacer algo?

Él inclinó la cabeza, su cabello oscuro cayendo sobre su frente. Extendió una mano como si quisiera tomar la mía, pero luego la dejó caer antes de volver a mirarme.

—Por favor. Me gustaría mostrarte Abruzzo. Es uno de los lugares más hermosos en los que he estado. Y esta tierra también es parte de tu herencia. Mi pecho se hinchó. Quería ir. Quería ver lo que tenía que mostrarme y quería ir con él. ¿Realmente podría ser tan estúpida? Me acerqué a él y tomé su mano.

—Bueno. Tal vez nos conozcamos a partir de aquí. —La sonrisa que se extendió por su rostro, estaba lleno de alegría y también me llenó de alegría. Me gustó verlo feliz. Me gustaba ser la persona que le diera felicidad. Oh, él era tan peligroso para mi corazón. Enderecé mis hombros, decidida a no dejar que me influyera. Me tendió la mano y yo la tomé, cálida y seca, firme y grande, y salimos hacia los viñedos y me perdí.

—¿No vamos a recorrer la bodega? —Hice un último esfuerzo para poner algo entre nosotros, alguna actividad, otras personas, maquinaria, y apunté por encima del hombro a los edificios y negocios que seguían detrás de nosotros. Él sonrió y sacudió su cabeza.

—Esa gira fue para el cervecero. Esta gira es para el músico italiano. Voy a mostrarte la belleza.

—Oh. —No tenía otras palabras, y esa apenas tenía el volumen para salir de mi boca.

Estaba cayendo en el calor de sus ojos. Dejo que me guíe por los campos. Lo dejo ir.

El cielo era perfecto y azul, con nubes altas. Todo olía a cosas verdes y en crecimiento y a dulce fruta borracha. Aún más perfecto fue su encanto, su sonrisa, su presencia que saturó todos mis sentidos. Él arrancó algunas uvas y me las entregó para que las probara, de pie apenas a una corta distancia mientras la fruta estallaba en mi lengua, brillante, afilada, dulce y agria, y cuando comenzamos a caminar nuevamente, me encontré envolviendo mi mano alrededor de su brazo y Sonriéndole. No pude evitarlo. Parpadeó y dio un paso minúsculo hacia atrás como si lo estuviera afectando tanto como él me estaba afectando a mí, pero luego levantó la siguiente uva púrpura brillante y esperó a que abriera la boca. Deslizó el globo entre mis labios y lo mordí, el jugo se echó a chorros. Jadeó. —¿Está bien? —Preguntó, sin apartar los ojos de mis labios. Asenti. Se inclinó y, muy gentilmente, besó la comisura de mis labios, donde había escapado el jugo de la uva. Lo lamió, con un pequeño golpe de lengua y luego se retiró.

—Está bien. —Estaba lista para perderme.

Me llevó desde el viñedo, por un camino polvoriento y retorcido, cada vuelta ofrecía una nueva vista impresionante y otro momento de fusión con Gabriel. Se pasó un brazo alrededor de mi hombro y señaló las ruinas en otra colina. Inhalé el aroma embriagador de especias, calor y hombre. Quería que me besara otra vez, pero me negué a decirle o besarlo yo misma. Dispuesta a flotar en esta deliciosa incertidumbre de saber que algo estaba sucediendo entre nosotros, pero no saber exactamente qué era, a dónde iba o cómo iba a suceder. Me condujo por el camino y hacia abajo, a través de campos y hacia un olivar. La sombra debajo de los árboles era fresca y él tiró de mi mano, ansioso.

—Voila —dijo, sonriendo. Debajo de un olivo de encaje había una manta roja a cuadros y una cesta de mimbre. Me llevó al lugar sombreado y nos sentamos. Sacó pan horneado y salamis, quesos y frutas de verano.

—¿Un picnic? —Él se encogió de hombros, luciendo sorprendentemente tímido.

—Es nuestra primera cita. Te estoy cortejando. —Me dejó sin aliento. Lo miré y no pude respirar. Nadie había hecho nunca algo tan hermoso como esto para mí. Algo que conectaba con mi alma en un nivel que no podía explicar.

—No sé qué decir. Estoy abrumada. Necesito mi guitarra para mostrarte cómo me siento ahora mismo —le dije. Quería demostrárselo con palabras, pero ninguna lo haría.

Sus cejas se juntaron y asintió lentamente.

—Así es como me siento por ti, Stella. No tengo palabras, y cada palabra que he usado ha sido la incorrecta. Lamento haberte tratado como a un negocio. Es lo que sé. No estoy acostumbrado a... tener sentimientos.

Los sentimientos que había estado conteniendo, negándome a enfrentar, fingiendo que eran algo diferente, todos se liberaron.

—Tal vez no necesitamos palabras. —Me incliné hacia él, dejando ir mi orgullo y mis defensas, mi ira por la vida y mi decepción. Lo empujé hacia atrás hasta que yació en la hierba italiana debajo de mí y lo besé a fondo. Inmediatamente, el deseo me llenó. Era tan fuerte, tan duro y, sin embargo, sus labios eran tan suaves, como el terciopelo. Él gimió debajo de mí, sus manos vagaron por mis caderas y subieron por mi espalda debajo de mi camisa y me retorcí con el contacto.

—Este no era mi plan, Stella, lo juro. Solo quería pasar tiempo contigo para mostrarte algo hermoso porque podía.

—Los planes cambian. —Lo monté a horcajadas y comencé a desabotonar su camisa. Quería volver a verlo. Quería su piel contra la mía. Le bajé su camisa por sus brazos y le pasé las manos por sus bíceps con agradecimiento. Acuné mi cuello en su gran mano y tiró de mí para besarme.

—Lo sé. —Su aliento estaba caliente en mis labios. —Fíjate en mi bolsillo delantero. —Lo miré como si fuera vanamente innecesario. —Fíjate. —Lo hice y me reí. —Un condón.

—Aprendo mis lecciones rápidamente.

—Hombre inteligente.

—Ven aquí —dijo como si no pudiera prescindir de mis labios. Me bajó para otro beso. Pero eso me impidió quitarme la camisa. Me la puse sobre la cabeza y me desabroché el sujetador. —Joder —dijo, lujuria en sus ojos, luego me dio la vuelta para poder tomar mi pecho en su boca. Traté de seguir su vuelo. No quería esperar más. No quería ser seducida. Me sedujo hace tanto tiempo que no había necesidad de esperar más, los sentimientos eran demasiado grandes, la resistencia se había ido. Metí la mano en sus pantalones y él estaba caliente y pesado en mi mano. Se rio entrecortadamente contra mi pecho. —Pensé que querías tomarlo con calma.

—A la mierda —le dije.

—A la mierda —estuvo de acuerdo, y luego nuestra ropa se fue, y el condón estaba puesto y él estaba dentro de mí. Me sentí llena. Me sentí completa. El calor de él dentro de mí, el peso de su cuerpo sobre el mío, su aliento en mi cuello mientras gemía y esa cosa, esa cosa entre nosotros para la que no tenía palabras, que se sentía como música antes de tocar ese acorde que hace que todo tenga sentido, me trajo lágrimas a los ojos.

Qué error tan glorioso. Podría cambiar mi vida. Gabriel me hizo el amor bajo el sol italiano, las ramas de olivo que adornaban nuestra pasión con sombra y milenios de amor, magia, música y vino llegaron al centro en nuestra unión. Cuando llegué, estaba en silencio, porque la música estaba dentro de mí. Jadeé contra él mientras él gemía contra mi piel. Nada volvería a ser lo mismo.

Cuando terminamos, no pude evitar reír. El se rio conmigo. Nos pusimos la ropa, mi camisa había sido arrojada a unos metros de distancia y él fue a buscarla mientras observaba la belleza de sus músculos. Luego comimos nuestro delicioso almuerzo al aire libre, junto con el magnífico vino tinto Montepulciano que trajo con él y fue perfecto.

Cuando regresamos al viñedo, me detuve nuevamente en el mirador, sin saber cuándo podría volver a tener eso, esa vista

de todo el valle, las ruinas que alguna vez fueron historia, los viñedos y los olivares bañados por el sol, las nubes cayendo tras el horizonte. Se sintió como amor. Realmente se sintió como amor y el pensamiento me asustó. Me apoyé contra la pared del mirador y me volví hacia Gabriel. La sonrisa sin reservas que me dio también se sintió como amor. Me estaba enamorando de él, y no importaba cuánto me asustara decírselo, sabía que tenía que hacerlo. Tomé un respiro para dejarlo salir. Y la pared se derrumbó debajo de mí. Me caí.

CAPÍTULO OCHO

Stella me tenía inmóvil de delirio. El mundo estaba revuelto. Sentí que estaba flotando en el cielo. Ella era la estrella de mi mar. Me estaba ahogando en ella. Haciéndole el amor bajo el cielo de Abruzzo, era una diosa, mi diosa. Había sido presionada como un sello sobre mi corazón. No podía dejar de sonreír mientras me dejaba llevarla de regreso a la viña, su pequeña y suave mano en la mía. Cuando nos detuvimos en el mirador y ella se sentó en la pared, se volvió y me miró, y lo que vi en su rostro hizo que mi corazón latiera. Fue amor. Amor. Yo también lo sentí. Marcus tenía razón. Estaba enamorado de ella y no era aterrador. Fue maravilloso. Fue increíble. Nada más importaba excepto ella. Una roca cayó de la pared. Stella me sonrió y abrió la boca para decir algo, y la pared se derrumbó debajo de ella. Me tambaleé para agarrarla pero era demasiado tarde.

—¡No! —Se cayó del mirador y desapareció.

Mi corazón se aceleró, mi cerebro gritó. La pared comenzó a desmoronarse debajo de mí cuando me incliné para verla. Al alejarme de la pared, miré por encima del borde, con más cuidado. Seguía cayendo, rodando por la empinada colina. Observé cómo ella descansaba en un saliente a veinte pies debajo de nosotros. Gracias a Dios que no era un acantilado puro aquí como lo fue en otros lugares. Pero debajo de su repisa, había un abismo enorme en el suelo del valle.

—¡Stella! —Llamé—. ¡Stella! ¿Estás bien? —No hubo ninguna respuesta.

—Stella, por favor. Stella! —Ella se movió.

—Gabriel? —Su voz era débil pero llegué a oirla.

—Gracias a Dios. ¿Estas bien? ¿Estás herida?

Ella rodó. —Me caí.

—No te muevas, bebé. No quiero que te caigas más. Quédate quieta. —Intentó sentarse y gritó: —¡Ay! Mi brazo. Me lastimé el brazo.

—Quédate quieta. Stella, quédate allí. Voy a buscarte — ¡No! —Dijo ella. —Yo tampoco quiero que te caigas. Tú quédate allí. Llama a alguien. Llama al departamento de bomberos . Llama a alguien. No lo sé. Con una soga. ¡No! Un helicóptero. Eres un multimillonario con un castillo. Llámame helicóptero, señor DeVille.

Estaba bromeando. Me reí pero me dio ganas de llorar.

—voy a por ti. no es que sea tan empinado.

—es... —escuché las lágrimas en su voz. —es sólo el ángulo. a partir de aquí, puedo ver cómo bajar.

—Te caerás y morirás y no puedo ser responsable de la muerte de un multimillonario.

Bromas y lágrimas. Era más leve de lo que temía. Revisé el camino. Había retoños y arbustos para asideros, rocas. Debe haber dolido terriblemente caerse.

Observé un camino hacia abajo y revisé una parte diferente de la pared para tantear mi descenso. —No te preocupes. Escalaré las rocas. Esto no es nada. Subí al Capitán.

Ella se echó a reír. —No sé qué es eso. —Su voz se quebró en un sollozo.

Subí la pared y comencé a bajar. No fue tan malo. —Ya voy.

—Date prisa —dijo, sonando débil. Me apresuré.

Me arrodillé junto a Stella y la recogí en mis brazos. Debajo del saliente en el cual ella estaba, el acantilado se hizo más empinado. Una caída desde aquí no estaría bien.

—Creo que me rompí la muñeca —dijo, con la cara metida en mi pecho.

Quería hacerlo mejor, pero no había nada que pudiera hacer. Tomé su brazo delicadamente en mis manos mientras ella hacía una mueca. Ya estaba hinchada.

—Mi pobre querida. —Encontré algunas ramas rectas cerca y me quité la camisa.

—Gabriel, no estoy de humor. —Estaba maltratada, magullada y raspada, y tenía un brazo roto y ojos llenos de lágrimas y todavía estaba haciendo bromas. Me tuve que reír.

—Yo tampoco. —Rasgué la camisa en tiras y até los palos a su brazo como tablillas, luego hice una honda con el resto, atando los extremos alrededor de su cuello.

—¿Estás herida en algún otro sitio?

—En todas partes. Soy un gran hematoma. —Me dolía el corazón porque ella estaba sufriendo. Esto había sucedido mientras ella estaba conmigo. Y no pude hacer nada para detenerlo.

—¿Estás lo suficientemente bien como para subir la cuesta si te ayudo?

Ella levantó la vista y respiró hondo.

—¿Dijiste que no es tan empinado como parece desde aquí?

—No lo es. Viste lo rápido que bajé.

—Pero subiste al Capitán. En realidad no soy muy deportista.

—Te ayudaré, Stella. No dejaré que te pase nada. Yo me ocuparé de ti. ¿Confías en mí?

Ella ladeó la cabeza hacia mí y se secó los ojos con la mano ilesa.

—Curiosamente, lo hago. Contra mi mejor juicio.

—Está bien, entonces, vámonos. Tu y yo. En una aventura en las montañas en Abruzos.

Ella asintió y la ayudé a levantarse. Centrado solo en ella, y en la empinada pendiente que teníamos delante, y en su valiente ascenso con una sola mano, me sorprendió que alcanzáramos la pared del mirador tan rápido—. Espera —le dije desde mi lugar detrás de ella, preparándola para que no

resbalara ni se deslizara. Revisé la pared en busca de robustez y luego aseguré su buena mano sobre ella.

—Espera, voy a soltarte y levantarte sobre la pared desde el otro lado.

—Gabriel, no necesitas ... —dijo ella, pero ya había saltado la pared y tenía mis brazos alrededor de su cintura tirando de ella hacia el mirador. Una vez que la rodeé con mis brazos y mis pies en tierra plana, no estaba dispuesto a dejarla ir. Presioné mi frente contra la de ella.

—Stella —dije, con mi respiración temblorosa. Todo temblando. La adrenalina me hizo olvidar mi miedo, la llamada cercana. Ella casi había muerto. Casi la había perdido. Fue insoportable. Me quedé allí, con las piernas apoyadas con ella en mis brazos, temblando, no sabía cuánto tiempo pasó antes de darme cuenta de que sus gentiles dedos acariciaban mi cuello y hombros, mi cabello. —Estoy bien —decía ella. —Estoy bien, cariño. Estoy bien.

Asentí y ella me dio un suave beso en los labios. —Puedes bajarme ahora. —Negué con la cabeza. No la estaba dejando ir. Me di vuelta y caminé por el camino.

—Gabriel. Bájame. Puedo caminar.

—No. Te llevaré de vuelta a la viña. Voy a cuidar de ti. —Para siempre.

—No tienes que cargar conmigo.

No me molesté en discutir. Sólo comencé a caminar. Caminé, casi corrí, pero sabía que necesitaba mantener el ritmo. El paisaje de Abruzzo había perdido su magia. Todo lo que importaba ahora era Stella. Ella dejó de resistirse después de unos minutos y descansó su cabeza contra mi hombro, lo que hizo que mi corazón se rompiera. No más bromas. Estaba mas dolorida de lo que parecía, y tal vez ahora que su adrenalina había pasado, no se sentía tan aventurera. La abracé más fuerte hasta que llegamos a Bodegas DeVille. Marcus fue el primero en la escena, con Shawn y Lizza corriendo detrás de él, y él se hizo cargo, levantándola fácilmente de mis brazos y arrastrándola hacia el castillo.

—¡Preciosa! —Shawn también estaba allí. —¿Qué te pasó?

—Me caí —dijo, conteniendo las lágrimas.

—Creemos que se rompió el brazo —le dije a Marcus.

—Gabriel. —Stella extendió su brazo bueno intentando alcanzarme. Ella no quería dejarme ir. Tampoco quería dejarla ir, pero tenía cosas que hacer. Tenía que cuidarla.

—Ve con Marcus, bebé. Es un paramédico.

—¿Un paramédico, guardaespaldas y niñera? —Aún hace bromas. Estaba aliviado.

—No soy una niñera —se quejó Marcus. Ella se rió entre dientes, luego hizo una mueca.

—Shawn, empaca sus cosas, las tuyas también, por favor. —Me volví hacia mi hija—, Lizza... estoy...

—Ya estoy en eso, papá. Estaré lista en quince —Espera. ¿Por qué? —Stella se aferró a mis dedos.

—Porque nos vamos de aquí. Te llevaré a Londres con mis médicos. Son los mejores del mundo. —Ella soltó una risa sorprendida.

—Estoy segura de que tienen médicos en Italia.

Me encogí de hombros. —Necesitas los mejores médicos. Necesito asegurarme de que estés bien. Y debes asegurarte de que este... accidente... no interfiera con tu capacidad de tocar la guitarra en el futuro.

Ella jadeó, con los ojos muy abiertos. —No había pensado en eso. —Su rostro se puso pálido.

—Yo sí. Me ocuparé de ti, Stella. Me aseguraré de que estés bien, de todas las formas posibles, ¿de acuerdo? No te preocupes por nada, yo me encargo. Hablando de eso, tengo que ir a hablar con el gerente sobre un muro desatendido que se derrumbó.

—¿Stella se cayó porque tu muro se derrumbó? —Shawn me fulminó con la mirada.

—Ella podría demandarte”. Asentí fácilmente. —Si juega bien sus cartas, podría obtener mucho más que dinero. —No era tan estúpido como para decirle en este momento que ella se iba a casar conmigo. Pero lo haría.

Shawn me fulminó con la mirada otra vez y se fue furioso para empacar sus maletas. Stella me entrecerró los ojos. Suspica. Con toda la razón.

—Deja que Marcus te atienda, cariño. Necesito ocuparme de algunas cosas.

—Gabriel...

—Voy a cuidar de ti.

CAPÍTULO NUEVE

Dormí durante la mayor parte del paseo en limusina al aeropuerto y todo el vuelo a Londres. Marcus me había dado algo para el dolor que me dejó inconsciente. Una vez en el consultorio del médico, Gabriel se cernía sobre mí mientras mi brazo era revisado y radiografiado, colocado y encerrado en un molde de alta tecnología con algún tipo de generador de pulso electromagnético para estimular el crecimiento óseo.

—Ultrasónico —corrigió Gabriel cuando estaba mostrando mi nuevo molde a Shawn, Lizza y Marcus de vuelta en su ático de Londres donde nos estábamos quedando.

—Ultrasónico —repetí y luego me reí. Las nuevas drogas me estaban haciendo feliz. También los brazos de Gabriel a mi alrededor. —Wow —dijo Shawn, sosteniendo mi brazo con delicadeza. —¿Por qué tu yeso parece encaje de alta costura y no la gran cosa blanca y fea que tenía cuando era niño?

—Es una nueva tecnología y acelerará la curación del cincuenta al ochenta por ciento. —Hizo una pausa mientras yo mostraba la bonita colmena negra.

—Me estoy ocupando de ella. Lo que sea que pueda hacer. Tendrá la mejor atención.

Shawn gruñó y me di cuenta de que estaban teniendo una conversación sobre mí, sin palabras, mientras yo no estaba prestando atención.

—¿Qué? ¿Qué es? —Shawn negó con la cabeza secamente.

—Nada, vamos a llevarte a la cama para que puedas descansar.

—Está bien —dije y envolví mi brazo bueno alrededor del cuello de Gabriel.

—Llévame a tu cama.

—Tienes tu propia habitación, preciosa. Déjame mostrarte.
—Shawn frunció el ceño hacia mí. No sabía cuál era su problema, pero no iba a dejar que me derribara. Estaba segura de que me sentiría horrible después de que las drogas desaparecieron, así que me iba a seguir con mi plan.

—No. Gabriel me está cuidando. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa —Lo haré. —Era tan tierno. Mi corazón se derritió. Mi cabeza giró. La puse sobre su pecho.

—Cuidame. —Me levantó de mis pies y me sostuvo en sus brazos. Era mucho más agradable ahora que podía apreciarlo en lugar de estar aterrorizada, dolorida y exhausta. Me llevó y si el resto nos miraba, no me importaba. Me llevó a su habitación y todo lo que obtuve fue la impresión de un cielo nublado de Londres y un vago horizonte amplio. —Bonita vista —le dije sin apartar la vista de su hermoso rostro. Dejé que los dedos de mi brazo malo cubrieran sus pómulos. —Oh, Stella —suspiró. —Lo siento mucho. —Me recostó en su cama, suave y esponjosa. Sentí que estaba flotando. Luego me quitó los zapatos y me metió debajo de las sábanas. peludas y cálidas y lujosamente suaves.

—Nunca nadie me ha cuidado así. —No había querido decir esas palabras.

—Este no es el mundo en el que vivo. Tengo que cuidarme. A veces me pongo en contacto con un amigo, como Shawn, pero por lo general, solo soy yo, dependiendo de mí misma.

—Ya no. Ahora me tienes a mí. —Se inclinó sobre mí y besó mi frente. Nada mas.

Agarré su brazo, manteniendolo apretado. Necesitaba saberlo. Necesitaba decirlo. Sabía que era estúpido. No me importó.

—Me estoy enamorando de ti. Me he enamorado de ti. Estoy enamorada de ti . —Las palabras salieron y yo caí con ellas. Un sentimiento de alegría y terror. Dolor a lo lejos en una niebla de memoria. En cambio, estaba llena de esperanza. O drogas. O blasters ultrasónicos, no estaba segura. Pero Gabriel no se fue. Se sentó en la cama. Tomó mi mano en la

suya y la llevó a sus labios. Besó mis nudillos. Oh sí, definitivamente fue amor.

—No sé si dirías algo así si no fuera por el medicamento que estás tomando.

—Mi corazón se aceleró. —No, es real... —dije, pero probablemente tenía razón.

La verdad es que, incluso si lo sintiera, la persona no medicada nunca se lo habría dicho en este momento y todavía tenía miedo, estaba abriéndome paso a través de la bruma de la felicidad de los medicamentos. Me apartó el pelo de la cara y le acaricié la mano. —Voy a respetar tus deseos, Stella. Dijiste que necesitabas espacio y que necesitabas tiempo, así que no voy a dejarnos ir más lejos hasta que no vuelvas a ser tú misma.

Quería gritar que era yo misma, esta era yo misma, mi verdadero yo... pero mi boca no me dejaba. —No te vayas —le dije en cambio.

Él suspiró. —No lo haré. —Puso una almohada suave debajo de mi brazo y luego se acostó a mi lado, encima de las sábanas.

—Supongo que esto significa que no habrá diversión, ¿eh? —Pregunté. Un lado de su boca se alzó en una sonrisa, pero sus ojos estaban tristes.

—Nada de esto es gracioso, Stella.

El pánico se apoderó de mí. —Pero estamos bien, ¿verdad? ¿Esto es bueno? ¿Estás bien?

No habló por un minuto. La culpa aparecía en su rostro, pero no podía estar segura porque las drogas estaban nublando mi cerebro y no confiaba en mí misma.

—Estamos bien —dijo. Él comenzó a peinar mi cabello con sus dedos. ¿Cuándo lo había dejado salir del empate? ¿Lo había dejado salir del empate? No me acordaba pero se sintió bien, sus manos en mi cabello. Todo lo que él me hacía se sentía bien. Cuando desperté, la euforia había desaparecido y el dolor había regresado, pero mucho menos que antes. Tomé el ibuprofeno que alguien, probablemente Gabriel, me había

dejado en la mesita de noche y salí de la habitación de Gabriel hacia la sala de estar. Allí encontré a Shawn, Marcus y Lizza jugando un videojuego.

No me vieron. Noté el lujo del apartamento, las vistas panorámicas de Londres, la decoración elegante, el tamaño del lugar: todo mi apartamento podría caber en su sala de estar. Pero no ví a Gabriel.

—¿Dónde está Gabriel? —Los tres se levantaron de un salto.

—¿Qué haces fuera de la cama? —Dijo Shawn, empujándome al sofá. —¿Sientes dolor?

—¿Quieres algo de beber? —Dijo Lizza. —¿O comer? Yo debería ser la anfitriona. Marcus, ayúdame a prepararle el almuerzo.

Pero Marcus estaba hablando por teléfono. Levantó un dedo a su cargo, diciéndole que esperara. —Ven y siéntate, preciosa. Necesitas relajarte. —Todavía estaba tratando de hacer que me sentara. —¿Necesitas más analgésicos? Sé que aprovecharía eso si fuera tú.

—No, no. No quiero mas. Dormí demasiado y me hacen la cabeza rara. Tomé un poco de ibuprofeno pero me siento mucho mejor. No puedo creer que estemos en Londres. —Fui a la ventana. —Nunca había estado antes en Londres. Siempre quise venir. Deberíamos salir como turistas y ver la ciudad.

—Bueno, relájate. Estarás aquí un rato. Tendrás mucho tiempo para ser turista.

Me reí. —No, no lo haré. Necesito volver a casa.

—Preciosa —dijo—. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. No más mesas de espera para alquilar y escuelas de música pequeñas para enseñar sólo para pagar las cuentas. Eres una profesora de música privada ahora. ¿Recuerdas?

—¿Yay? —Añadió Lizza, algo nerviosa.

—Pero... —Me senté entonces. Sintiéndome un poco temblorosa.

—Pero se suponía que debía ir a casa y volver a mi vida real. Así era como todo iba a tener sentido.

—Oh, Stella, creo que tu vida ha cambiado. —Shawn se sentó a mi lado. —Tienes un brazo roto. No puedes tocar. No puedes limpiar mesas en Star Girl.

—Todavía puedes enseñarme, —dijo Lizza—. Y mi papá cuidará de ti. El lo dijo. Dijo que no tienes que preocuparte por nada. Me aseguraré.

Marcus colgó el teléfono. —Ese fue el Sr. DeVille. Estará aquí en quince minutos y no quiere que vayas a ningún lado sin él. Tenía que ocuparse de algunos asuntos, pero necesita hablar contigo.

—Oh. —Ahora estaba muy temblorosa. —¿Quieres algo de comer ahora? —Preguntó Marcus. Estaba a punto de decirle que no cuando se me ocurrió algo.

—Estamos en Londres, ¿verdad? Quiero un poco de té.

—Oh, Marcus. Hagamos el té de la tarde. El amo de llaves nos dejó algunas cosas para eso ¿verdad? El tipo elegante. Con pastel y todo. ¿No es eso lo que dijo antes de irse?

—Estaba demasiado ocupado destruyendo a Shawn en el juego, no estaba prestando atención.

—¡Oye, no me destruiste! —Yo también.

—Sí. Podemos preparar el té de la tarde juntos. Suficiente para calmar el hambre de todos.

—¿Ahora también eres chef? ¿Guardaespaldas, niñera, paramédico, chef? —Él ladeó la cabeza.

—Sí. Seguro. Eso es lo que soy.

—Gracias. —No sabía por qué le estaba agradeciendo. ¿Por seguir con la broma? ¿por cuidar mis abucheos? ¿por hacer té? —Me encantaría un poco de té y pasteles. —Él y Lizza volvieron a la cocina y yo me senté con Shawn mirándolo jugar su videojuego pero sin prestarle mucha atención. Estábamos tomando un delicioso té con galletas, eso era lo que llamaban galletas aquí en Londres, y pasteles y pequeños sándwiches con pepino, lo que no me gustó en absoluto

cuando Gabriel entró por la puerta. Tan contundente. Sus ojos captaron los míos y todo parecía estar bien. Oh dios. Mi estado de ánimo cambió en un instante solo porque estábamos en la misma habitación. Era justo como Shawn había dicho. Mi vida había cambiado, pero no era el brazo roto. Fue él. Gabriel. Estaba vestido con un traje a medida con finas rayas de color azul oscuro y una corbata de seda azul zafiro y sus ojos parecían fuego azul. Se encendieron cuando me vieron. Traté de levantarme para ir hacia él, pero él estaba allí antes de que pudiera luchar por una posición erguida. Me tomó la mano y el codo y me ayudó a levantarme.

—Necesito hablar contigo por un minuto. —Dejé que me llevara a cualquier parte, pero él me condujo por el pasillo hasta una pequeña oficina con otra vista panorámica de Londres. Me sentó y me dio un vaso de agua y se aseguró de que estuviera cómoda, quejándose de mí como una gallina.

—Gabriel, deja eso. Estoy bien, solo háblame.

Él dejó escapar un sonido de frustración. —No estás bien, Stella. Estas herida,

tu vida está en suspenso, y es mi culpa.

—Fue un accidente. No fue tu culpa. Se apoyó contra su escritorio, una cosa moderna y elegante. —Ocurrió en mi propiedad y estabas conmigo. Fue mi culpa como propietario de un negocio y mi responsabilidad como hombre mantenerte a salvo. Y no lo hice. —Metió la mano en su maletín y sacó una carpeta de archivos.

—Así que aquí está.

—¿Qué es esto? —Lo tomé.

—Necesito darte esto antes de que algo más avance. Antes de hablar de cualquier otra cosa.

Tenía miedo de abrirlo. Fruncí el ceño hasta el cañamo. —¿Es esta otra de tus ofertas, Sr. DeVille? Porque si lo es... entonces ayúdame...

—No hay trato aquí. Esto es tuyo, libre y claro. No importa qué. —¿Mío? Mis nervios temblaron. Abrí la carpeta.

—¿Estás pagando por mi médico? Y la rehabilitación para mi mano.

—Es importante, Stella. Tengo que asegurarme de que recibas la mejor atención para que puedas sanar y volver a tocar. —Fue un alivio. Tenía que ser honesta. Ni siquiera tenía atención médica porque vivía de cheque en cheque y no poder trabajar era un problema grave. Siempre podía mudarme con Shawn, siempre habíamos estado respaldados el uno por el otro, pero estaba preocupada por mi muñeca. Todo esto fue un desastre. Gabriel había estado diciendo todo el tiempo que me cuidaría, y esto me quitó un peso que ni siquiera me había dado cuenta de que había estado cargando. Pasé la página. Sentí mis cejas fruncirse en confusión.

—Espera. Un auto. Y un conductor también. ¿Durante un año? —Lo miré sorprendida.

—Me siento responsable, Stella. Tengo que asegurarme de que estés a salvo y de que no vuelvas a dañarte nada nunca más. —Me burlé.

—No puedes hacer eso. Por nadie. Nadie tiene ese tipo de control sobre la vida.

—Puedo y lo haré. Pero eso es solo parte de nuestro acuerdo anterior. Mira la página siguiente.

—Un contrato de trabajo. —Me reí ahora.

—Cinco mil dólares a la semana para enseñar guitarra a Lizza. —Levanté el contrato. El fue asombroso. Increíble. Ni siquiera sabía si eso era bueno o malo.

—Todo lo que tienes que hacer es firmarlo. Tiene todos nuestros acuerdos anteriores.

Lo hojeé. Fue muy generoso. Pero, por supuesto, lo fue. —Espera, falta un acuerdo. No aceptarías a ninguna otra mujer. —Hizo un sonido suave con su garganta.

—Eso no es parte del trabajo, recuerda. Esa es solo mi promesa. Nada que firmar, allí. Mira la última página. Eso es importante, así sientes que tienes una opción. Así no te sientes tan... fuera de control. —Me preparé para la última página.

—¿Me estás dando un millón de dólares? —Estaba mareada de nuevo. No fueron los medicamentos ni el brazo. Un millón de dólares.

—No te di demasiado, porque no quería que te sintieras extraña.

—¿Eso no es demasiado ?! —No pude evitar la nota ligeramente aterrada de mi voz.

—Necesitas poder pagar el alquiler y comprar comida y todo lo que necesites, Stella.

—¿Y cinco mil por semana no me dejan hacer eso?

—Comprar un departamento. Una casa. Tener ahorros. Sentirte segura. Necesito que te sientas segura. Tener algo de seguridad fuera de trabajar para mí o lo que sea que te estoy pagando. Iba a comprarte un condominio, pero el abogado argumentó que te gustaría elegir por ti misma.

—Entonces me das un millón de dólares. Debes saber que esto es ridículo. Espera, ¿es para que no te demande por caerme en tu propiedad? —Él sacudió la cabeza.

—No. Puedes demandarme. Te daré lo que quieras. —Volví a mirar el papel. De hecho, decía que este pago de un millón de dólares no impedía una demanda en el futuro.

—¡Gabriel! —Dio un paso adelante como para atraparme, pero no me estaba cayendo o estaba inestable. —No puedes hacer eso. No puedes...

Suspiró. Sus brazos me rodearon la cintura. —Todo es por una sola razón, Stella.

—¿Qué razón?

—Tenías razón. Te estaba tratando como algo que podría poseer. Como un negocio. Y eso estaba mal. Solo puedo explicarlo porque estaba confundido. No sabía lo que estaba sucediendo y lo manejé de la única manera en que sabía hacerlo.

—Hacer un trato. —Él asintió con la cabeza en señal de asentimiento.

—No quiero que sientas que tienes que estar de acuerdo con nada porque soy rico y tú no. Así que ahora tienes todo lo que necesitas. El único requisito que tengo es que le enseñes a Lizza a tocar la guitarra, no importa lo que pase con nosotros.

—¡Por supuesto que sí!

—He alquilado un estudio donde puedes enseñarle. No es parte del trato, pero puedes usarlo como quieras. Para enseñar a otros estudiantes también o grabar tu propia música o solo para Lizza.

—¡Es demasiado!

—Bueno, esa es la cosa. —Dio un paso atrás, soltándome y sentí la pérdida de sus cálidos brazos a mi alrededor. —No lo es. —Se pasó los dedos por su grueso cabello ondulado. Nervioso. Él estaba nervioso. La idea me sorprendió.

—Ves, he tenido que pensar mucho desde que te conocí, y aún más desde que casi te pierdo.

—Casi no me pierdes. Me caí por una colina.

—Te caíste. —Hizo una pausa como si no pudiera soportar la palabra. —Fuera de un acantilado.

Sobre una montaña. Tuviste suerte. Podrías haber muerto.

—Gabriel... —mi accidente realmente lo molestó. No lo podía creer. Estaba realmente conmocionado. Tomé su mano y lo atraje hacia mí porque necesitaba estar allí para él y necesitaba sentirlo contra mí. Me hizo sentir segura. Me aferré a su mano y envolví su otro brazo alrededor de mi cintura. Ahh Eso estuvo mejor. Nos quedamos allí por un tiempo, abrazados.

Finalmente, volvió a hablar, en voz baja, con una voz suave. Su aliento me calentó la oreja y sentí que se me erizaban los pelos de la nuca.

—Cuando estuve tan cerca de perderte sentí que me arrancaban el corazón, tuve que reevaluar mis sentimientos por ti, desde el principio. Mira, no entendí bien.

Me acercó, sostuvo mi mano herida entre nosotros. Besó mis dedos, apenas tocándolos, luego sostuvo mi mano contra

su pecho, con cuidado.

—No fue lujuria, Stella. No era un deseo de tenerte. No quería tenerte como madre para Lizza. No fue parte del trato. —Un pequeño soplo de aire se le escapó. Presionado contra él, curvé mi otra mano sobre su nuca. —Stella —dijo, cepillando mi cabello hacia atrás con sus dedos, mirándome a los ojos, haciendo que mi corazón se detuviera. Me enamoré locamente de ti la primera vez que te vi y escuché. Estoy enamorado de ti y no puedo soportar la idea de estar sin ti.

—Gabriel... —Fue un susurro. Lo anhelaba. Yo lo quería a él. Quería estar dentro de él, pero algo me estaba deteniendo. Cautela. Temor. Incertidumbre. —No sé qué decir.

Él sonrió y se lamió los labios, sus ojos tan cálidos como el firmamento de verano.

—No tienes que decir nada en absoluto. No espero nada de ti. No voy a pedirte nada que no estés lista para darme, pero debo decirte... —su sonrisa se volvió un poco perversa.

—Ya dijiste que estabas enamorado de mí.

Me quedé sin aliento pero sabía muy dentro de mí, que ya lo sentía, había estado luchando contra eso. ¿Le dije eso mientras tomaba analgésicos? No me acordaba Mis pestañas revolotearon. —Te A-

—No lo hagas. No digas nada. Está bien, pero esta es la parte en que necesito decírtelo, este es el motivo por el que te di todas esas cosas.

—Gabriel... —no tenía que darme nada. Su amor fue suficiente, sinceramente, y no pensé que me llevaría mucho tiempo poder responderle.

Me puso un dedo en los labios. —Shh. Solo escucha primero. —Asentí y él quitó su dedo besándome rápidamente. Se sentó en la silla y me llevó a su regazo.

—Soy un hombre que conoce su mente. Tal vez no siempre he conocido mi corazón, pero confío en mi instinto. Cuando mi instinto me dice que algo está bien, siempre lo escucho y nunca me he equivocado. Mi instinto me dijo que eras la indicada. Estabas... —sus palabras vacilaron.

—Stella Marino, tú eres la indicada. Quiero cuidarte. Necesito cuidarte. Te necesito tanto.

—Gabriel... espera... —Esto sonaba como otra de sus propuestas de matrimonio. ¿Propuesta? Declaraciones. Él sonrió. Sus ojos estaban más que nerviosos. se veían asustados.

—No te voy a preguntar todavía. Sé que dijiste que necesitabas más tiempo, y te lo voy a dar, pero necesito que lo entiendas. Tú eres la única y voy a pedirte que te cases conmigo. Algún día. Cuando estés lista. Esperaré.

—Oh, Gabriel. ¿Cómo puedes estar tan seguro, tan pronto? —Mi corazón latía a una milla por minuto. Presionó su mano contra mi pecho, por lo que también debió sentirlo.

—Confío en mi instinto. Mi instinto dice que tú y yo tenemos razón.

Negué con la cabeza, preocupada. —Mi instinto me dice que tú y yo también tenemos razón.

Sus labios se dividieron en una sonrisa brillante.

—Deja de sonreír. Eso no es algo bueno.

—¿Cómo es eso?

—Cuando confío en mi instinto, suceden cosas malas. Pierdo años de mi vida. La gente me traiciona. Tomé las decisiones equivocadas. Voy por el camino equivocado. Mi instinto siempre está mal. Esto fue lo que aprendí en los últimos años. Todo por lo que había trabajado, deseado, había terminado como un fracaso y una pérdida. —Mis instintos eran terribles. Pasó sus dedos por mi cabello, girando un pesado mechón alrededor de su dedo.

—Ahh. Entonces veo que tenemos un problema. Nuestros instintos dicen lo mismo, que nos pertenecemos, pero siempre confío en mi instinto y tú nunca confías en el tuyo.

—Es un problema. ¿Por qué sigues sonriendo?

—Porque soy muy convincente.

Oh, pero todavía era un problema porque estaba enamorada, ya estaba convencida. Estaba condenada. Estaba aterrada. —Convénceme.

Se apartó de mí y me miró a los ojos como si me estuviera evaluando.

—Tengo una manera de convencerte de que estemos juntos, pero tendrás que estar muy quieta porque estás herida.

—¿Oh? —Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Besó el costado de mi cuello. —Sí. Deberíamos intentarlo entonces, deberíamos probar. En interés de la ciencia.

Tal vez funcione.

—Por la ciencia. —Me levantó en sus brazos y me llevó a través de una puerta en su oficina que conducía directamente a su habitación. Estaba amueblado en tonos de gris y azul profundo, y el siempre presente horizonte de Londres a través de los amplios ventanales.

—No te muevas —dijo, mientras me bajaba y me desnudaba lentamente. Traté de ayudarlo y desnudarlo. El me detuvo. —No moverme.

Me recosté y dejé que hiciera lo que quería conmigo, sin moverse, y fue muy, muy difícil no moverme. Mi vida dio vueltas. Mis sentimientos eran más grandes que mi cuerpo. Su peso, su calor, su olor, sus labios sobre los míos, sus labios por todas partes. Las promesas murmuradas. Las vertiginosas alturas del éxtasis. Oh, casi me convenció. Sí. Fue muy convincente. Estaba enamorado, y tal vez, solo tal vez, esto podría ser para siempre.

CAPÍTULO DIEZ

Quería tener a Stella en la cama todo el día, pero ella me prometió que si la tenía todo el día en la cama, iba a pasar todo el tiempo entusiasmada en hacer el amor conmigo y no sería capaz de quedarse quieta. Era difícil discutir con ese tipo de actividad, especialmente porque la deseaba tanto, pero ya no podía arriesgarme a que se lastimara la mano. Necesitaba tomarlo con calma, descansar y sanar. Entonces, al final, nos comprometimos.

Acepté llevarla a Londres para hacer turismo, pero todo lo que quería hacer era ir a ver música y comer pescado y papas fritas y tomar Guinness en algún tugurio en South Kensington.

—¿Estás segura? Podríamos ir a cualquier parte. Podría comprarte joyas. Puedo obtener entradas para cualquier espectáculo que desee ver, sin importar cuán agotadas estén. Conozco a alguien que nos puede hacer un recorrido privado por el Palacio de Buckingham.

—No todo se trata de dinero, Gabriel —dijo y puso los ojos en blanco. Esta mujer me volvería loco. —Quiero ir al pub... y quiero tomar el metro para llegar allí.

—¿Quieres tomar el transporte público? No. Estás herida. —Ella se rió de mí y me rodeó con el brazo para atraerme y besarme.

—No tan herida. ¿Quieres otra ronda? —Su mano herida vagó hacia abajo para frenarme. Agarré su mano. —Detener. Por favor, tómalo con calma.

—Entonces tomemos el metro, escuchemos algo de música, comamos algo de comida de bar y tómatelo con calma... —Sacudí mi cabeza, no parecía correcto. —Y —agregó, con una sonrisa descarada—. Nada de ropa elegante. Tienes que vestir

casual. Jeans, camiseta, el atuendo más ruidoso que tengas. — Casi me ahogo.

—¿Qué?

—Así es, si no puedo llegar a casa y volver a mi vida, voy a encontrar algo familiar aquí, y vas a venir conmigo. Música. Barras. Transporte público. Mi vida. NADA DE LIMUSINAS!

—Así que déjame aclarar esto, ¿Estas vacaciones eran para encontrarte a tí misma? Pakistán. Italia. Música y bares.

Ella me miró con los ojos muy abiertos y sorprendida, parpadeando. —Sí, lo era. Estaba buscándome a mí misma y te encontré a tí.

Era difícil discutir con eso. Encontré unos jeans viejos y una camiseta y vi que se veía aún más sexy con sus jeans ajustados y su camiseta sin mangas. No pensé que nada pudiera hacerme pensar que ella pudiera ser más sexy. Envolvió uno de los pañuelos estampados paquistaníes alrededor de sus hombros porque era más fácil con la honda que una chaqueta, y luego nos fuimos. Me llevó hacia la estación de metro y estudió el mapa mientras yo me quedaba de pie con torpeza. Nunca había viajado en transporte público en ninguna ciudad, pero ella parecía tan cómoda y segura, incluso en una ciudad nueva. Encontró a dónde quería ir, que todavía no me decía, y nos subió y bajó del tren correcto en la parada correcta.

—¿Cómo sabes a dónde ir? —Le pregunté. Metió su brazo en el mío mientras paseábamos por pintorescas calles con las que nunca me había cruzado, para ser honesto. Nunca fueron parte de mi negocio. —Este club es famoso por su música. Siempre pensé que si venía a Londres me gustaría hacer un recorrido por todos los clubes de música y puntos de interés. Esta es solo una de las paradas. Una punzada de culpa me atravesó.

—Porque ya no puedes tocar la guitarra. —Ella frunció el ceño. —Volveré a tocar pronto. Mientras tanto, escribiré canciones, escucharé música, iré a clubes famosos y hablaré

con la gente sobre música y haré que todos sientan lástima por mí porque me lastimé el brazo.

Levantó su yeso y puso mala cara. —Seguramente querrán llevarte lejos y abrazarte y cuidarte. Lo hice.

—Hm, bueno, no pueden tenerme. Soy tuya. Tenemos un trato.

Teníamos un trato. No debería sentirme sobrecogido y confuso por un trato, pero maldita sea si pudiera darle sentido a este corazón mío. Ni siquiera sabía que tenía uno, y ahora estaba creciendo tres tamaños y existiendo fuera de mi cuerpo dentro de una mujer hermosa, musical, mitad italiana y mitad paquistaní que quería amar el resto de mi vida. Encontramos su club y conseguimos asientos y pedimos pescado y papas fritas y Guinness. Solo la dejé tener una debido a sus analgésicos y se quejó, pero en solidaridad, también cambié a arándano y seltzer por el resto del concierto. Ella tuvo la oportunidad de hablar con los músicos y parecían adecuadamente comprensivos con su brazo roto. En realidad, uno de ellos parecía inapropiadamente comprensivo con su brazo roto. La puse a mi lado y lo fulminé con la mirada. Stella se marchitó contra mí. De repente no me importó el enamoramiento de un chico con una mujer con la que cualquier hombre sería un tonto con el que no se enamorara.

—¿Estás bien?

—Estoy agotada, Gabriel. tenías razón. Creo que no estaba preparada para esta salida. No pensé que consumiría tanto tanta energía, no es algo que no haya hecho antes.

—Pero no te estabas recuperando de tu brazo roto y todas esas emociones juntas.

—Uff, ahora tenemos que tomar el Subterráneo de regreso a tu apartamento. Olvidé lo agotador que es viajar en tren a casa después de una gran noche en la ciudad.

—No tenemos que hacerlo, cariño. —Peiné su cabello con mis dedos. Como la seda —Llamaré al auto. Vendrán a recogernos. —Ella suspiró y apoyó su cabeza en mi hombro. —Oh, eso suena encantador. Sin embargo, creo que necesito

tomar un poco de aire. ¿Podemos dar un pequeño paseo, lento, y luego nos pueden encontrar allí? —Asentí y llamé a mi conductor, que me dio instrucciones de encontrarnos en un parque cercano donde podíamos sentarnos y esperar el auto. Pagué la cuenta y dejé a la banda una generosa propina mientras Stella se despedía y le dieron algunos consejos sobre la escena musical de Londres. Ella dio un suspiro de alivio y felicidad en la calle estrecha.

—Gracias. Me siento mucho mejor aquí. —La conduje por la calle, eran solo un par de cuadras hasta el parque. Besó mi mejilla mientras esperábamos a que cambiara la luz del semáforo y luego entró al parque. No era muy grande y estaba bien iluminado, solo un poco de vegetación, donde la gente se sentaba en los bancos y conversaba. Nos sentamos en el banco del parque y ella se acurrucó contra mi pecho. Se sentía bien, muy bien tenerla en mis brazos, tan confiada. Sabía que ella era la mujer que quería en mi vida para siempre, pero había cosas que no sabía sobre mí y que no estaba listo para decirle. Me preguntaba si había una manera en que pudiera evitar decirle esas cosas, si podría mantenerla protegida de esa parte de mi vida por completo. Tenía tanto sueño que acarició mi cuello y casi ronroneó.

—Esto es bonito. Sin emergencias. Nadie más que nosotros.

—Es agradable.

Besé la parte superior de su cabeza. Todavía olía a jazmín.

—¿Es eso? ¿Agradable? —La voz era familiar. Me quedé helado. Cuando levanté la vista, allí estaba, Marion Saunders, alta y ágil, con el cabello rubio pálido cayendo en suaves ondas sobre sus hombros, sus ojos fríos como el hielo. Nunca fueron muy cálidos, pero ahora eran gélidos. Estaba vestida con un vestido de tubo color canela hecho a medida con tenues hilos metálicos, de modo que a la tenue luz del parque por la noche, casi brillaba.

—Marion —dije, y me puse de pie. En sus tacones, ella era casi tan alta como yo. Sus pómulos podrían usarse como un arma letal. Sostuvo una taza de cartón de algo, probablemente

té, conociéndola, y la sostuvo entre nosotros, como un escudo. —Te vi pasar por el café mientras pedía té y pensé que eras tú. —Los tonos recortados de su acento británico me aseguraron que esto sería feo. —Y pensé, pero no podía ser Gabriel DeVille, porque tiene los brazos alrededor de una mujer y la está besando, y no haría eso, porque tenemos un trato.

Esto iba a ir muy mal. —Marion ...

—El trato es, Gabriel, que cuando estás en Londres, estás conmigo. Estaba dispuesta a limitar nuestro enlace a tus visitas a Londres, y no exigirme nada cuando viajes. Pero el trato. —Ella apretó los dientes. —Era que estarías conmigo cuando estuvieras en Londres y con nadie más. Que sería ofensivo para ti prestarle atención a cualquier otra mujer en mi ciudad. Y aquí estás, a cuerdas de mi casa, con ella. —Ella disparó esos ojos gris hielo a Stella y fueron mortales.

—No me di cuenta de que estábamos en tu vecindario. —Maldita sea, nunca había pensado en tomar el metro. Solo había estado aquí en un automóvil, pero ahora que miraba más de cerca, el vecindario me era familiar. Marion se enfureció. Hasta ahora no me había dado cuenta de cómo el hielo podía arder. Tendría que arreglar esto, rápido.

—Lo siento. Las cosas han cambiado. Estoy con Stella, ahora.

—¿Eh? —Una ceja aguda se levantó incrédulamente. —Han cambiado, ¿verdad?

Detrás de mí, Stella se puso de pie. Me di vuelta e intenté... detenerla. Protegerla. Esconderla. No sabía qué hacer, pero ya era demasiado tarde.

—Hola, Marion, soy Stella.

—No —dije. Ella me rodeó y le tendió una mano a Marion para que la sacudiera. Marion tomó su mano y la estrechó porque Marion siguió el protocolo hasta el punto de fallar. Siempre apropiada en público. Sin embargo, no se podía confiar en ella en privado. O cuando le dieras la espalda.

—Por favor, no te enojas con Gabriel. No quiso lastimarte. Nos conocimos de vacaciones. Esto... —se detuvo e hizo un

gesto entre ellos.

—Esto fue repentino y no planificado y salió de la nada. Ninguno de nosotros lo esperaba. Estoy segura de que tenía la intención de hablar contigo, era todo tan...

—¿Inesperado? —Repitió Marion, goteando hielo de su lengua. —Hace dos semanas estabas en Nueva York, ¿y ahora traes esto a Londres? —Miró a Stella de arriba abajo, desde sus sandalias hasta sus jeans con agujeros en las rodillas, el tanque escaso y la bufanda que le caía del hombro. y agarrando su honda. Su sonrisa era mortal mientras me miraba. —Eres de algún barrio bajo, querida?

—¡Hey! Mírala —respondió Stella. La atraje hacia mí y la sostuve. Lamento no haberte contado sobre Marion, Stella. Tenía un acuerdo con Marion como ella dijo. Éramos amantes cuando estaba en Londres. Fue un arreglo regular. Hubiera solucionado todo esto de antemano si no hubiera sucedido demasiado rápido. Marion, lo siento, no pensé. Estábamos en Italia cuando Stella se rompió el brazo. Necesitaba traerla con mis médicos. Debería haberte llamado. Debería haberte dicho. Ella se burló.

—Lo olvidaste.

—Marion, lo siento. Fue una emergencia. Debería haber llamado pero ahora estoy con Stella. Tendremos que terminar nuestro acuerdo. Pero yo... nos iremos de Londres ahora. Ella ya ha visto a los doctores. No volveré por un tiempo. Dame un tiempo y me aseguraré de mantenerme fuera de tu camino.

—Me olvidaste. —Un músculo en su mandíbula se crispó. De repente supe que había pasado de ser una ex amante herida a una peligrosa adversaria. —Y ahora estás con ella, aunque te acabas de conocer de vacaciones. Eso es terriblemente rápido.

Me encontré frente a Stella. No quería que su ira aterrizara en Stella.

—Me disculpo. Fue imperdonable de mi parte. Pero ambos sabemos que nuestro acuerdo fue temporal. Ambos lo disfrutamos, pero ahora se terminó.

Ella tiró la taza de té al suelo. Se abrió de golpe y rodó por la acera, el té salpicando sus zapatos color canela. A ella no le importaba. —Tu madre no pensó que fuera temporal. Parecía pensar que íbamos hacia un acuerdo permanente.

—No. Eso nunca sucedió. Nunca dí ninguna indicación de eso. No me involucraría con otro... —Me detuve. Marionladeó la cabeza hacia mí. Los dos sabíamos lo que no quería decir. Maldición estabamos revelando oscuros secretos.

—La chica no sabe, ¿verdad?

—¿No sé qué? —Preguntó Stella. Maldición. —Ella no sabe.

Marion se rió. Fue el tipo de risa que me heló los huesos.

—¿Qué cosa no sé, Gabriel? —Ella agarró mi bíceps y lo sostuvo. —Bueno, cariño, ¿quieres decirle o debo hacerlo yo? —“Le diré.

Tensé mis hombros. Tenía miedo. No estaba acostumbrado a este tipo de sentimiento. Solo sucedió con Stella, por alguna razón, solo porque estaba aterrorizado de perderla y, por supuesto. Ahora. Por supuesto, podría perderla. —No. No confío en ti. Tu hija tampoco lo sabe, ahora que lo pienso. Pensé que era solo porque eras protector, pero ahora creo que estás tratando de ocultarlo.

Ella se rió de nuevo. Burlándose. Fría. Mortal. —Pobre pequeña Stella con la mano herida.

—Fuera —dijo Stella. Me estaba mirando. Maldición —Es un mafioso. —Marion se inclinó y susurró. Los ojos de Stella se abrieron de par en par. Conmocionada. —La mafia, cariño. Estás saliendo con un criminal.

—Soy un importador. —Marion se rió en mi cara. Probablemente lo merecía. —Es lo mismo.

Ella retrocedió y empujó el té con su dedo del pie puntiagudo.

—Le informaré a mi padre que le informe a tu madre que la fusión está cerrada. Cuando esta pequeña te abandone y vuelvas arrastrándote hacia mí, no te tendré en absoluto. Te

arrepentirás de esta pequeña indiscreción. No sabes lo que has perdido.

—Nunca iba a casarme contigo, Marion. Una vez me casé con una familia criminal y la mataron. Nunca volverá a suceder. Ya he terminado.

Marion se echó a reír. Sonaba a guerra. Nunca debería haber llegado tan cerca. Fue un movimiento tonto, pero mi madre lo alentó. Y ella me animó a alinearme con Marion también. Matrimonio. Debería haber conocido sus planes. Pero era otro país, pensé, no había pensado en absoluto. Había estado pensando con mi polla. Stella estaba rígida en mis brazos mientras veía a Marion alejarse.

—Déjame explicarte —le dije.

Ella me miró aturdida. —¿Qué hay que explicar? Saliste con ella cuando estabas en Londres. No estábamos en Londres cuando aceptaste no ver a ninguna otra mujer. Vinimos a Londres en una emergencia y cuando la viste rompiste con ella. —Sus palabras eran tan sin emociones. No me gustó “No tengo derecho a esperar nada de ti antes de que nos unamos. Y no nos unimos, no realmente, hasta hace poco. ¿Qué explicar? —Repitió ella. —¿Eso es todo?

Me sentí aliviado de que ella no estuviera molesta por Marion. No había querido que nada sucediera así. Todo había terminado con ella... pero algo no estaba bien. Ella miró hacia otro lado. La limusina se detuvo en la acera y la guié hasta el auto. Se movía rígidamente pero la seguía con facilidad. La instalé en el auto y cerré la partición entre nosotros y el conductor, a pesar de que el conductor sabía muy bien quién era y de qué familia venía. Familias.

—¿Quieres un trago? —Pensé que ella merecía tomar una bebida extra a pesar de los analgésicos. Yo quiero uno. Ella asintió y le serví un vaso de whisky. Ella lo tomó, tomó un gran trago pero aún no dijo nada, solo miró al espacio. Pregúntame, Stella. Pregúntame cualquier cosa. Ella no me miró. —Importador. Guardaespaldas. Jet privado. Castillo. Compraste un león. Un león. Negociaciones Acuerdos. Ofertas. Finalmente ella me miró.

—Fusiones. ¿Qué clase de mafioso eres, Gabriel?

—No lo soy.

Ella levantó las cejas hacia mí. —No lo soy. No mentí. Soy un importador. Principalmente artículos de lujo. Obras de arte. Antigüedades. Alfombras de Pakistán. Vino de Italia. — Levanté el vaso. —Scotch.

—No te creo .

—Es justo. Mis negocios son legítimos. Me he vuelto legítimo. Pero el dinero con el que comencé, provenía de mi familia. Son parte de lo que se conoce como el Sindicato Americano. Soy el hijo del Sindicato italiano, del Irlandés y mafias judías. La madre de Lizza... era del Sindicato de Puertorriqueños y se suponía que nuestro matrimonio uniría a las dos familias, pero... —Todavía duele. —¿Pero qué? Dijiste que te preguntara algo. ¿Pero qué? bi te detengas ahora.

Respiré hondo y tomé otro trago de whisky.

—Su nombre era Jessica, e íbamos a gobernar a las familias. Y eso es lo que nos propusimos hacer y la mataron. —Ella jadeó, al menos era una emoción. —Lo siento mucho, Gabriel.

Me encogí de hombros. —Fue hace mucho tiempo. Lizza ni siquiera la recuerda. ella tenía dos años cuando su madre murió.

—La amabas, puedo decirlo. —Negué con la cabeza.

—La amaba, pero no como tú piensas. La amaba como tú amas a Shawn. —Sus cejas se juntaron. Sabía que ella sabía lo que quería decir, pero no lo dijo.

—Lizza nació de la fertilización in vitro. Jessica nunca había estado con un hombre. Jamás.

—¿Era lesbiana?

—Hmm. No es realmente algo que una familia como la nuestra haya aceptado. Son mucho más tradicionales de lo que crees que serían. Pero Jessica y yo éramos jóvenes y rebeldes, y los dos queríamos jugar a los juegos de los cuales nos mantenían alejados. Así que nos casamos y unimos a las

familias, pero a ellos... todavía no estoy seguro de si a mi familia o a la suya, o a ambas... no les gustó la dirección en la que íbamos.

—¿Tu familia la mató? —Me encogí de hombros. Ahora no podía mirarla. Miré por la ventana las luces de Londres deslizándose.

—El informe oficial del forense dijo que fue un accidente automovilístico, pero que la seguían. Estábamos hablando por teléfono cuando sucedió. Fue expulsada de la carretera.

—¿La escuchaste morir? —Ella me miró fijamente y lentamente, alcanzó el asiento del automóvil y tomó mi mano. —Lo siento.

—Jessica era mi mejor amiga. Estábamos criando un hijo juntos y teníamos sueños. Tuve que reír. —Podrían haber sido sueños terribles, egoístas y criminales, pero queríamos hacer algo con nuestras vidas, algo que pensábamos que era importante. Pero resultó que no era para nada importante. —Tomé otro trago solo para descubrir que mi vaso estaba vacío. Stella tomó mi vaso y me sirvió más whisky y me lo dió.

—Cuando ella murió, me di cuenta de que estaba equivocado. Me di cuenta de que mi familia estaba equivocada. Tomé a Lizza, y nuestros proyectos de negocios privados, y simplemente... me separé de la familia. Mi padre nos dejó ir. No soy el único hijo, pero mi madre no lo ha aceptado. Realmente no. Ella sigue tratando de arrastrarme a que vuelva. Ella no es la cabeza de la familia, por lo que estamos relativamente a salvo de represalias, pero es poderosa. Y ella tiene sus propias ambiciones.

—Como hacer que te cases con una familia internacional del crimen.

—Aparentemente. —Me estaba mirando de nuevo. No sabía si eso era bueno o no. —No te iba a decir, Stella. Marion tenía razón. Ya no quiero ser definido por mi familia. Se lo estoy ocultando a Lizza, aunque Marcus lo sabe. Soy un importador. Pensé que sería suficiente.

—Quieres casarte conmigo, Gabriel. —Su cabello sedoso cayó frente a su cara, la escondió de mí. Cuando levantó la vista, mi corazón se detuvo.

—No es suficiente. —Ella sacudió la cabeza. —No puedes traerme a tu familia sin avisarme al respecto. No es una elección real a menos que sepa lo que elijo, es más como que obtengas lo que quieres por cualquier medio necesario.

—Tampoco tuve la opción de nacer en esta familia.

—No. No lo hiciste. Ninguno de nosotros lo hacemos. Pero obtuviste muchos de los beneficios y el poder, y lo usas para hacer que el mundo sea como quieres que sea. Si quieres casarte conmigo, no puedes organizar mi vida a tu entera satisfacción. Es mi vida, y puedo elegir libremente. —Mi corazón se puso en marcha de nuevo, erráticamente.

—¿Estás diciendo que quieres casarte conmigo? —No podía creerlo, no después de descubrir la verdad sobre mí. Primero que se entere sobre Marion de esa manera, que lo tomó mucho mejor de lo que pensé que alguna vez lo haría, y luego la verdad sobre quién era y de dónde venía. Su boca se abrió como si quisiera hablar pero sus palabras la habían abandonado.

—¿Sin palabras? ¿Necesitas tu guitarra? —Dije bromeando, luego me arrepentí.

Fue un chiste malo y desubicado.

—Lo siento. Eso estuve mal. —Ella arrugó la nariz.

—Sería una canción enojada si pudiera tocar una ahora. Sin melodía en absoluto. Llena de acordes menores. Todos mis sentimientos están en conflicto y discutiendo. Me siento como una tonta y, sin embargo, supe desde el principio que esto sería un desastre.

—Pero no lo es, Stella. No es un desastre. Lo que hay entre nosotros sigue siendo lo mismo. Todavía te quiero. Todavía me siento conectado a ti como nunca me he sentido conectado a otra persona en toda mi vida. —Parecía que estaba sufriendo. Había lágrimas en sus ojos. Le había hecho esto a ella. No había hecho nada más que lastimarla.

—¿Necesitas algún medicamento para el dolor? — Pregunté, esperando que fuera su brazo que le dolía, pero sabiendo que no era así. —Los traje conmigo, ya sabes. Los olvidaste en mi apartamento. —Ella puso los ojos en blanco. —No, no necesito más analgésicos. Ese no es el problema aquí. —Ella inclinó la cabeza hacia atrás en el asiento.

—Lo sabía muy bien. Sabía que todo esto era una mala idea. Sabía que me estabas arrastrando a algo que era demasiado pronto y demasiado intenso y... como una canción, Gabriel. Una canción hermosa y conmovedora que hace latir tu corazón y hace que te desmayes y te dejes llevar mientras suena esa canción, nada más importa, solo esa belleza. Éramos nosotros.

—Aún somos nosotros, Stella. Así es como me haces sentir. Así es como estamos juntos.

—Y luego la canción termina, Gabriel. Siempre termina. La emoción es fabricada por las notas y el ritmo. Copia el latido de tu corazón y lo hace latir muy fuerte o detenerse. Te hace enamorarte. Pero soy yo quien toca la canción y sé que cuando la canción termina, todo lo que te queda es el recuerdo del amor, no lo verdadero.

—No. Eso no es cierto y lo sabes. Sí, fue rápido, sí, fue como un milagro, pero hay algo entre nosotros y no es por vacaciones o por hermosos paisajes o incluso por tu accidente. He visto muchos paisajes hermosos. He tenido muchas mujeres hermosas. Esto es diferente. Tócame. —Tomé su mano buena y la puse en mi pecho. —Aquí. estás en mi corazón. Creo que siempre has estado en mi corazón, y encontrarte en Pakistán, me abrió y dejó mi corazón al aire libre. Tú Dejaste mi corazón al aire libre. Por favor, no hables de nosotros como si lo que tenemos no fuera real. —Ella gimió. Una lágrima cayó por su mejilla y ella levantó su mano herida para limpiarla. Tomé esa mano también y la sostuve en mi corazón.

—Te amo, Stella. Con un amor que trasciende cualquier otra cosa. No puedo dejarte ir, por favor. —Estaba rogando. Mendigando. Y no tuve vergüenza. Le rogaría por su amor, por su tiempo, por su presencia. Me puse de rodillas en el auto.

—Por favor, Stella, no me digas que este sentimiento no es real. Es como una cosa sólida dentro de mí. Por favor, dame otra oportunidad.

—No lo hagas. Por favor. No estoy pidiendo esto. —Me levantó para sentarme a su lado otra vez. Ella sacudió su cabeza y mi corazón se desplomó. Sus labios se apretaron con molestia.

—Te lo dije.

—¿Qué?

—Te lo dije. Te dije que me dejaras ir a casa, que me permitieras volver a mi vida real y que pudiéramos conocernos lentamente, pero tienes que hacer todo a tu manera, y aparentemente, si no lo haces, te vuelves realmente dramático y tienes berrinches o algo así.

Le fruncí el ceño. —No soy un adolescente que hace berrinches.

—No. Eres un hombre adulto al que nunca le han dicho ‘no’ antes. Bueno, estoy diciendo que no.

—No me darás otra oportunidad.

Ella entrecerró los ojos. —Dame un par de esos analgésicos. —Busqué a tientas el frasco de pastillas y saqué dos pastillas, entregándoselas con una botella de agua de la barra de la limusina.

Ella los tomó y la miré con mucho cuidado. Ella no se parecía a alguien que me odiara y que quisiera deshacerse de mí. Se inclinó, muy ligeramente, hacia mí y dejó que su bufanda cayera en el asiento revelando acres de piel suave allí a una distancia conmovedora. Extendí la mano y pasé un dedo por su clavícula.

—¿A qué le estás diciendo que no? —Ella dejó escapar el aliento en un resoplido de frustración, la mitad para sí misma. Ella también puso los ojos en blanco.

—Estoy diciendo que no a todo lo que sucedió después de que hablamos en ese armario de ropa blanca en Pakistán.

—No le puedes decir que no a eso, ya sucedió. No puedes borrar la vida.

—Bueno, entonces no puedes borrar a tu familia, ¿verdad?
—Mi cabeza daba vueltas.

—Tendrás que aclararme qué quieres. Te lo daré.

—Muy bien, me lo darás. Me voy a casa. De vuelta a mi vida real. Seré la maestra de tu hija y nos conoceremos.

—Quieres decir que aceptarás salir conmigo. —Ella asintió.
—Pero ninguna de estas tonterías acerca de pedirme que me case contigo después de conocerme por unos días. Eso no tiene ningún sentido, Gabriel, incluso si esto es amor verdadero. Ni siquiera nos conocemos y realmente siento que eres un extraño en este momento. Sé que quieres lo que quieres, pero debes ser paciente con nosotros. Tienes que ser paciente conmigo. —Asentí. Podría esperar. Ella no dijo cuánto tiempo tendría que esperar, pero podía esperar por ahora.

—Y tomarás la atención médica y el dinero. Eso está separado, es porque te dejé lastimarte. Soy responsable. Por favor.

—No quiero.

—Pero lo harás.

—Sí, lo haré. No tengo seguro de salud y no soy estúpida... por lo general.

—¿Por lo general?

—Sí, por lo general. Porque yo también te amo, y tampoco puedo dejarte ir. —Inhalé y sentí que era la primera vez que podía respirar por completo desde que Marion se acercó a nosotros en el parque. —Gracias a Dios.

—¡Pero no mujeres! No en ningún país. Diles a todos que estás fuera del mercado y que soy la única que estás viendo. No es negociable. —La jalé a mis brazos y la abracé. —Trato —murmuré en su cabello sedoso, con aroma a jazmín.

El auto se detuvo en mi edificio y entramos. Le sostuve la mano todo el viaje en el ascensor hasta el apartamento, mirándola para asegurarme de que todo estaba bien.

—Puedes dejar de mirarme ahora. Dije ‘sí’.

—Dijiste ‘no’.

—Dije sí a nuestro trato original.

—Ya no me gusta tener un trato contigo. No quiero que seamos ofertas. No quiero negociar.

—Bueno, demasiado tarde. Pero desde aquí podemos sentir cómo van las cosas, ¿de acuerdo? Esta noche, dormiré en la habitación de invitados en la que se suponía que debía dormir anoche. Es mejor así. Podemos resolver el viaje de regreso por la mañana. —Solté un suspiro. No quería dejarla ir. Pero tenía que aceptar sus límites. Entramos al departamento. El sonido de una televisión en vivo provino de la habitación de Marcus, pero por lo demás, el apartamento estaba en silencio.

—Ya pasó la hora de dormir de Lizza. Estoy seguro de que está dormida... o al menos en su habitación tranquila, que a veces es todo lo que puedo pedir. —Ella sonrió torpemente.

—Bueno, entonces supongo que son buenas noches —dijo. —Oh —dije. Ahora fue cuando comencé a dejarla ir. —No me mires como si fuera tan trágico. —Ella se rió de mí. —Esto es mejor. Tuvimos unas vacaciones encantadoras, un romance vertiginoso y pudimos embarcarnos en una nueva aventura, una en la que nos conocemos. Lentamente.

—Conocernos el uno al otro. —Solté una bocanada de aire con frustración.

—¿Por qué siento que ya te conozco a un nivel más profundo? —Se mordió el labio.

—Es un enamoramiento. —Luego se inclinó sobre los dedos de los pies, dijo: —Gabriel —y me dio el beso más tierno y dulce que jamás había sentido. Sus labios apenas tocaron los míos, pero lo sentí en mi alma. Mis rodillas se debilitaron y sostuve su cintura porque de lo contrario, pensé que podría flotar. Sus labios se abrieron debajo de los míos mientras su aliento temblaba.

—Oh —dijo, apenas audible. Luego pasó su lengua por mi labio inferior. Ella lo mordió. La dejó. La dejaría hacer lo que quisiera conmigo. Acunó mi rostro en su mano y luego me

besó más profundamente. Flexioné mis dedos en su cintura, acercándola un poco, pero ella me arrastró hacia abajo con un brazo alrededor de mi cuello —Una vez más —dijo—. Una vez más antes de volver a la vida normal.

—¿Estás segura?

—Yo también lo siento, Gabriel. Lo siento. Y sé que no debería dejarme llevar, así que iremos despacio, pero no esta noche, por favor.

—No tienes que preguntarme, cariño. Te daré lo que quieras. —La tomé en mis brazos y la llevé a mi cama. Esta no sería la última vez si tuviera algo que decir al respecto, pero en este momento, parecía que era así.

CAPÍTULO ONCE

Fui una tonta. Fue bastante claro para mí. Mi intuición me dijo que confiara en él, mis instintos me dijeron que él era el indicado y mi corazón me dijo que estaba enamorada. Pero mi cabeza me dijo que era estúpida, estúpida, estúpida. Gabriel estaba dormido a mi lado, pero yo estaba demasiado tensa como para dormir. Lo que había sabido esa noche nadaba por mi mente. Lo miré por última vez durmiendo a mi lado, aún más hermoso soñando, con esa fachada poderosa y controladora desaparecida, reemplazada por una expresión tranquila y relajada. Tenía miedo de tocar su fuerte pecho u hombros anchos, aunque quería sentirlo, porque no quería que despertara. Si lo miraba, si hablaba con él, si lo tocaba, no podría comportarme con sensatez. Porque la atracción entre nosotros, imposible como parecía, era irresistible. Necesitaba obtener algo de espacio de él.

Necesitaba poder pensar sin su presencia atrayéndome hacia él como un poderoso imán. Su corazón latía con el mío como un metrónomo. Quería que sea simple. Quería volver a la habitación de invitados y poner algo de distancia entre nosotros, y hacer mis planes para regresar a Long Beach, donde las cosas podrían no haber sido simples, pero no tan tentadoras. Yo tenía razón. Todo el tiempo. Necesitaba irme, volver a casa, volver a mi vida real y dejar de vivir en esta fantasía. Era una fantasía peligrosa. Salí de la cama con cuidado para no molestarlo y tironeé de mi ropa. El apartamento estaba oscuro, y la única luz provenía de las amplias ventanas de pared a pared, dejando entrar el brillo del horizonte de Londres.

—Descubrí algunas cosas que creo que deberías saber — dijo Shawn desde la oscuridad.

Salté de mi piel. —¡Oh Dios mío, me asustaste!

—Necesito hablar contigo. —Su tono de broma normal se había ido. Sonaba serio.

Asentí porque Shawn y yo siempre nos escuchamos cuando era importante, y lo llevé a mi habitación. Encendí una luz y me senté en la cama. Se hundió en la única silla, una cosa baja tapizada junto a la ventana.

—¿Descubriste que Gabriel es un mafioso? —Pregunté, asustada, porque eso era lo que había estado pasando por mi mente toda la noche.

Su mandíbula se abrió. —¿Es un mafioso? —Parecía horrorizado.

—¿Qué carajo, preciosa? —Me reí, incómoda. No me caía bien su historia. Se veía tan triste y honesto cuando me lo dijo, y mis instintos me hicieron confiar en él y mi corazón me hizo querer sentirlo mejor, pero me aterró. —Así que no era la cosa del mafioso. Esto no puede ser bueno.

Él sacudió la cabeza. —No es. He tenido dudas sobre el Sr. DeVille. No me gustó la forma en que parece que quiere controlarte. Pensé que esto era divertido para ti y te mereces un poco de diversión. Pero no es divertido, lo que está pasando. No es solo una aventura de vacaciones.

—No. —La palabra salió baja y desesperada. —Es mucho más serio que eso, Shawn. No se que hacer. Estoy enamorada de él.

—¿Estás bromeando? Te he estado diciendo que encuentres a alguien nuevo para superar ese imbécil durante meses y cuando finalmente lo hagas, ¿este es el tipo que eliges? ¿Y amor? ¿Tan rápido?

—Estoy estableciendo límites. —Le dije. —No puede simplemente hacer lo que quiere. No estoy a la venta.

—Oh, preciosa. —Suspiró profundamente. —No creo que sea suficiente. Marcus, Lizza y yo estábamos viendo una película esta noche, pero Marcus se quedó dormido. Lizza me habló en privado. Quería decirme algunas cosas.

—¿Lizza? —Sentí un escalofrío de nervios atravesándome. Todo sonaba peor. ¿Qué sabía Lizza? —Todo es una trampa,

Stella. Decidió que Lizza necesitaba una madre y te eligió para el trabajo.

—Lo sé. Le gustó eso de mí, que yo la estaba cuidando.

Dijo que cuando me vio enseñándole a tocar la guitarra... pensó que sería una buena madre y eso fue parte de lo que hizo que se enamorara de mí.

Shawn sacudió la cabeza. —No. Antes de eso. Antes incluso de llegar a Pakistán. Estaba teniendo problemas con Lizza y Marcus le dijo que necesitaba atención y decidió que eso significaba que debía encontrar una madre para ella. Estaba comprando una madre. Como uno de sus productos de importación... Lizza estaba escuchando.

—¿Él le dijo eso?

—No. Lizza es una espía. Ella siempre escucha detrás de las puertas. Dice que es la única forma en que sabe algo porque su padre la trata como a un bebé.

—Ya te has hecho amiga de Lizza. —Me sentí helada hasta los huesos. Todas las

historias. Todas las manipulaciones. Ella sabía lo de la madre y él lo había hecho parecer dulce, no manipulador. Pero no fue dulce. Quería que alguien hiciera un trabajo. Miró a su alrededor, me encontró y decidió que lo haría. Mi estómago se hundió.

—Hay más.

—Oh, no.

—Él quería que vinieras a Italia con ellos.

—Yo también sabía esto. Él me preguntó y le dije que no.

—Entonces le dijo a Marcus que me sedujera, que me trajera y que sabía que me seguirías para ser mi ayudante. era parte de la configuración y pensé que todo era por diversión. Pensé que te encantaría ver una bodega y volar en un jet privado y obtener un poco de cariño por parte de un hombre atractivo.

Tuve un presentimiento acerca de esto, pero escucharlo confirmado empeoró todo. Fue tan calculado. El era muy frío. ¿Cómo podría confiar en todo lo que dijo?

—Bueno, no estabas equivocado. —Me reí. Y luego estaba llorando. Y no pude dejar de llorar. Vino a sentarse a mi lado en la cama y me abrazó y lloré en su camisa hasta que se empapó.

—Esto es terrible, Shawn. Estoy enamorada de un mafioso multimillonario que ha estado tratando de controlarme en cada paso del camino como si pudiera ser comprada. No quiero esto. Quiero tocar música y... no sé, ser yo misma.

—Está bien, preciosa. Podemos salir de aquí. Todavía tenemos nuestros boletos de avión y son transferibles. Podemos dejar este lujoso ático y volver a nuestra buena vida de entrenadores. Nunca necesitamos un avión privado, de todos modos. Que se joda!.

Suspiré, limpiando mis lágrimas con saña. —Creo que es lo mejor. Tenemos que irnos ahora. No puedo enfrentarlo. Si lo enfrento, me derretiré.

—Tú no eres así, preciosa. Siempre eres tan obstinada y segura de estar haciendo lo correcto.

—Lo sé. Ese es el problema. Me ha dado vuelta. Arriba es abajo. La izquierda es la derecha. La necedad es sentido. Necesito ir a casa. Necesito alejarme.

—Vámonos, entonces. —Se puso de pie y fue a buscar mis maletas.

—No te preocupes. Ni siquiera he desempacado.

—Bien, entonces estamos listos para partir. —Empaqué el mío antes de emboscarte para nuestra charla.

—De alguna manera, siempre sabes lo que necesito.

—Lo que necesitas es ducharte y cambiarte. Lávate a ese hombre de tu cabello y nos iremos a Heathrow. No sabrá que te has ido hasta la mañana.

Me dolió. Me duele el corazón. Pero la sensación de alivio fue abrumadora. Quería huir y lo estaba haciendo.

CAPÍTULO DOCE

Era un nuevo día. Mis secretos más profundos salieron a la luz y ella todavía me amaba. Esta fue la primera mañana que sentí una verdadera esperanza, que pensé que podría tener algo real con Stella, algo significativo. Esto no fue un trato. Esto no fue un negocio. Esto era algo con lo que nunca antes me había permitido soñar. Esto es amor. Este era un futuro para mí y para Stella y Lizza también. Esta era una familia real. Stella no se había escapado gritando cuando descubrió quién era yo. Estaba tan aliviado. Probablemente fue mi culpa que la única mujer que quería era una que no podía ser comprada con todo mi dinero y tenía más que unas pocas reservas sobre sus posibles conexiones con actividades ilegales. Pero pensé que ella podría creer que estaba tratando de ser un hombre de negocios legítimo. Ella podría confiar en mí. Ella podría entender algo esencial sobre mí.

A Marion, sin embargo, le gustaban los aspectos criminales de mi pasado. Ella quería más de eso. Ella me quería para poder tener poder en mi familia y no me hice ilusiones al respecto. Ella era tan corrupta como mi familia y la de Jessica. Ella dijo que no aceptaría que la rechazara, pero ya había borrado cinco mensajes de texto suyos sin leerlos. No quería tener nada que ver con ella, ni con esa vieja vida. Ella ya no importaba. La única que importaba era Stella. Stella era el futuro. Ella era amor, esperanza y familia. Salí a la sala de estar y encontré a Lizza sentada en el sofá esperándome.

Amor, esperanza y familia. Lizza y Stella, las dos mujeres más importantes de mi vida. Me acerqué a ella y besé su frente.

—Buenos días, cariño.

Ella sacudió la cabeza. —No tan buenos, papá.

Estreché los ojos. —¿Qué pasa? —No creía en irse por las ramas.

—Tengo una confesión. —La fuerza de esos ojos azules y cejas negras feroces eran impresionantes y preocupantes. Esto fue lo que mis oponentes tuvieron que enfrentar cuando me miraron a través de una sala de juntas.

—¿Qué hiciste? —No creí ni por un segundo que fuera algo inocente adolescente.

Ella apretó los labios y supe que quería ser rebelde y asesinarme como una adolescente, pero levanté una ceja. Esta fue su confesión. —Le dije a Shawn lo que estás haciendo. —El mundo dejó de girar. Dejé de respirar. Ella no sabía lo que estaba haciendo. La mantuve protegida de eso. La dejé ser una niña y la mantuve alejada de los negocios y de mi familia.

—¿Qué estoy haciendo? —Le pregunté, lentamente. Sin dejar nada de lado.

—Le dije que estabas buscando una madre para mí y elegiste a Stella.

Negué con la cabeza. —No, no me escuchaste decir eso. —Ella tenía una mirada astuta en su rostro.

“Si, lo hice. Escucho todo.

No. No podía. Tuve cuidado. Nunca hablé de nada sensible cuando ella estaba cerca.

—Escucho. Cuando tú crees que no lo estoy haciendo. No soy un bebé, papá, aunque me trates como tal. Puedo sumar dos más dos. Sé quiénes somos y de dónde venimos. Sé acerca de la abuela y el abuelo, y puedo adivinar algunas cosas sobre mi madre y lo que le sucedió y por qué no me dejas estar cerca del resto de la familia.

—No.

—Sí. Nuestras puertas no son tan gruesas como crees que son. Y mis auriculares a menudo no reproducen nada en absoluto. Te escucho a ti y a Marcus hablar. Me gusta mucho Stella. Ella es una buena persona. Ella es amable y honesta. No me gusta lo que le estás haciendo, así que le dije a Shawn que la engañaste para que viniera a Italia, que hiciste que Marcus le pidiera a Shawn que viniera. Lo usaste. —Me senté

pesadamente junto a ella en el sofá. Me pasó una taza de espresso doble, hecha tal como a mí me gustaba.

—No te gusta lo que le estoy haciendo a Stella.

—A Shawn tampoco le gusta. —Sostuve la taza de café flojamente en mi mano, me invadió una sensación de malestar en la boca del estómago.

—¿Dónde está Stella?

—Se fueron. Ambos. Shawn y Stella. Él le contó todo. Regresaron a América esta mañana mientras aún estaba oscuro.

Ella no se despidió. Ella no tenía las agallas para enfrentarme. Me tragué toda la taza de espresso de un solo trago. No era verdad. Ella tenía las agallas para enfrentarme. No la escucharía. Ella me dijo que quería irse a casa. Pero no hablándome... Estas nuevas revelaciones... ¿saliendo así? ¿Quería decir que nuestro trato estaba cerrado? ¿Que ya no quería salir conmigo? ¿Para conocerme? Saqué mi celular y la llamé. Sin respuesta. ¿Eso significaba que apagó su teléfono porque no quería hablar conmigo o porque ya estaba en el aire? Me puse de pie. No podía dejar que terminara así.

—Dile a Marcus que programe tu vuelo en el jet privado. Quiero verte de vuelta en Nueva York mañana.

—Espera. —Ella se levantó también. —¿Te vas? ¿Los estás siguiendo? A Shawn no le gusta que estés controlando a Stella. A mí tampoco. Perseguirla no ayuda. Deja que se decida. Deja de mandar a todos como si los conocieras mejor que ellos mismos. Escucha a las personas cuando te dicen lo que sienten.

Me detuve y me volví hacia ella.

—Ya no estás hablando de ella. Estás hablando de ti. —Ella levantó la barbilla desafiante,

—No soy un bebé, papá. Deja de tratarme como tal. —La atraje a mi lado y la abracé.

—Lo siento. No eres un bebé. Pero eres mi bebé, y es difícil recordar que estás creciendo. Solo quiero mantenerte a

salvo. El mundo es muy peligroso. No quiero que nada te suceda.

—Si no me pasa nada, no puedo vivir, papá. No puedo aprender ni crecer ni descubrir quién soy. Tienes que dejarme cometer mis propios errores.

Era hermosa y fuerte y adulta, mi hija. No estaba muy seguro de cómo había llegado a ser de esa manera. Estaba seguro de que cometí más errores que éxitos con ella y, sin embargo, aquí estaba. Perfecta. Le di un beso —¿Cómo te volviste tan inteligente?

—Buenos genes. —Luché contra el dolor de un amor que arriesgó mi alma. El amor duele.

—Da miedo saber que estás ahí afuera, caminando, metiéndome en problemas, porque creo que eres mi corazón. Y si algo te sucediera, no creo que pueda continuar.

—Ese tipo de amor puede asfixiar a una persona, papá. Tienes que soltar un poco. Solo un poco. Tienes que dejarme tomar mis propias decisiones.

—Hasta cierto punto. Solo tienes doce años.

—Stella es una mujer adulta, sin embargo.

—Oh —dije—. Estoy haciendo lo mismo.

Ella asintió. Respiré hondo y lo dejé salir. —Está bien, lo tomaré en cuenta. Asegúrate de que Marcus te lleve a casa. Le estoy enviando un mensaje de texto para que lo verifique. No me decepciones. Depende de ti ser adulta respecto a esto. La dejé ir y me dirigí a mi oficina a buscar mi maletín.

—¿Todavía vas a ir? —Parecía sorprendida y un poco decepcionada de mí.

—Claro que lo haré. Hay un Concorde saliendo en una hora. Llegaré allí delante de ellos y estaré esperando. —Entendí lo que estaba diciendo, pero no podía dejar que terminara así. No podía dejarla irse con todo lo que no se había hablado, sin siquiera saber si estaba bien, si sería terca y se resistiría a aceptar mi ayuda. Sin saber si había una oportunidad para nosotros. Me detuve en seco. Por eso la

estaba siguiendo. Tenía que saber si había terminado, o si había una posibilidad de que ella todavía pudiera ser mía. El amor duele.

—Eso suena como una idea terrible. Vas a perseguirla. — Ella sacudió la cabeza lentamente.

—Ella ya está huyendo, Lizza. Tengo que asegurarme de que estará bien.

Ella suspiró. —Está bien, papá. Nos vemos en Nueva York. Será mejor que te asegures de que todavía me siga enseñando. Ella me gusta. No hice nada malo, eso fue todo tuyo.

—No te preocupes, no dejaré que sufras por mis errores. — Agarré mi maletín y me dirigí al aeropuerto.

La encontré saliendo de su avión, en la puerta. Ella no me vio, así que esperé y vi como ella se acercaba a mí. Estaba vestida muy cómoda, con pantalones de yoga, una camiseta y zapatillas de deporte con un chal de paisley envuelto alrededor de sus hombros. No vi a nadie más que a ella. Ella se veía radiante. Su expresión seria no le quitó nada de su belleza e hizo que me doliera el corazón. Se veía hermosa, incluso después de un vuelo de ocho horas, con el pelo negro y brillante en la parte superior de su cabeza en un nudo, pero los mechones caían para acariciar sus mejillas. Deseaba poder peinarlos con mis dedos y meterlos detrás de su oreja. Entonces sus ojos se encontraron con los míos y la vi respirar hondo. Se congeló por un segundo, luego enderezó los hombros y caminó hacia mí como si no estuviera segura de si era un arma cargada a punto de estallar o no. Shawn le susurró al oído, mirándome todo el tiempo, y ella negó con la cabeza.

—Está bien —vi sus labios decir, a pesar de que no podía escuchar sus palabras.

Ella se detuvo frente a mí. —¿Cómo llegaste aquí tan rápido? —Fue una acusación.

—Se tomó el Concorde —respondió Shawn por mí. Su voz no era acogedora. Como si hubiera cometido un pecado al tomar el avión más rápido. Tal vez lo hice. El dinero me

consiguió lo que quería. Pero desde su perspectiva, probablemente era trampa. Lo ignoré y me concentré en Stella.

—Tenía que asegurarme de que estabas bien. —No la alcancé como quería.

—¿No hicimos esto ya, Gabriel? —Ella suspiró con frustración.

—Y para asegurarte de que estaba bien, me subiste a tu avión y me llevaste a tu médico y me metiste en tu cama. Pero parece que todo fue parte de un patrón de comportamiento que va más allá de asegurarse de que estoy bien, y pasa a controlarme y manipularme para hacer lo que quieres. No acepté venir a Italia. Hiciste que tu empleado sedujera a mi mejor amigo para atraparme.

Shawn estaba allí, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada. Yo también lo había perjudicado. Lo usé y usé a Marcus terriblemente. Me sentí culpable por eso. Marcus era mi amigo y le gustaba mucho Shawn.

—Lo siento Shawn. Eso estuvo mal. Pero no hice que te sedujera. Le gustas mucho. No lo culpes a él. Solo le pedí que te preguntara y él estuvo de acuerdo porque quería que vinieras con él, de todos modos. Me estaba haciendo un favor, pero pedirte que vengas a Italia era lo que quería hacer.

—De todos modos mintió —dijo Shawn, y pude escuchar el dolor en su voz.

—Es mi culpa. Asumo toda la responsabilidad.

—Eres bueno asumiendo la responsabilidad, Gabriel. Te da una excusa para hacerte cargo. ¿Qué hay de decidir que necesitas una madre para Lizza y simplemente sacarme de la nada? ¿Sabes cómo se siente eso? Es como si fuera una solicitud de empleo que no sabía que estaba solicitando. No puedo creer que Lizza esté del todo contenta contigo.

—No lo está. Ella me puso en mi lugar y tenía razón. Al igual que tú. —Otro avión desembarcó y los viajeros nos rodearon. No fueron nada. Ella era el mundo entero. Ella cruzó su brazo bueno sobre el brazo malo y me miró con el ceño fruncido, su voz feroz y aguda, privada e inquebrantable.

—No puedes venir aquí y simplemente controlarme, o darme dinero y hacer que todo esté bien. No estoy a la venta y no puedo confiar en ti. —Se inclinó y percibí un suave olor a perfume de jazmín. Me hizo doler. Pero todo fue mi culpa y me lo merecía.

—No me dijiste quién eras. Me dejaste creer que todo era lo que parecía. QUERÍAS que creyera eso. Querías engañarme, mantenerme en la oscuridad. No fue justo. Me negaste la oportunidad de elegirte al tomar la decisión por mí.

Sus palabras me golpearon como una flecha al corazón. Me detuve y las acepté.

—Lo sé. Estaba equivocado. Me apresuré. Pero querías tiempo, así que pensé que tendría tiempo para contarte, aunque no tenía idea de cómo decírtelo y que no me odies. Pero ya no importa, ¿verdad? —Ella se negó a mirarme.

—Tenías razón en desacelerar las cosas. Tienes mucha razón. Y ya no tengo a nadie estableciendo límites para mí. Olvidé cómo lidiar con eso. Tragué fuertemente.

—¿Todavía me darás una oportunidad? ¿Me dejarás salir contigo? ¿Llegar a conocernos?

Ella mantuvo la mirada hacia abajo. Por un minuto pensé que diría que sí, pero en cambio,

sacudió la cabeza. Corta y aguda. —No. —Eso fue todo. Sin explicación. El aliento abandonó mi cuerpo. Sus brillantes ojos marrones me miraron, desafiándome. Asentí con la cabeza, admitiendo, resistiendo el impulso de convencerla o negociar con ella o discutir. —¿Seguirás enseñando a Lizza? —Le pregunté. —Ella no quiere que la culpes por lo que hizo. Pero lo entenderé si dices que no.

—Le enseñaré —dijo, mordiéndose el labio y mirando hacia otro lado.

—Ella es honesta. Pero no quiero verte.

Fue como un puñetazo en el estómago. Pero tampoco discutí eso. En su lugar. Le di una carpeta a Shawn. —Por favor, asegúrate de que acuda a estas citas médicas.

Ella comenzó a discutir, pero levanté una mano para detenerla.

—No estoy tratando de controlarte, estoy tratando de compensar tus lesiones en mi propiedad, y me siento como si pensaras que si viene de mí, debido a nuestra relación, no lo harás.

—Eres responsable de su lesión, eso es cierto. Le dije que debería demandarte. —Shawn miró la carpeta y silbó. —Mierda, preciosa, eso es mucho dinero. —Sus ojos finalmente se dispararon, llenos de sospecha.

—No te preocupes. Ya lo has visto. Es de lo que hablamos. No te he engañado. Te dije que quería que pudieras elegir libremente... aunque ahora veo que al retener información vital, no fue una elección libre. Pero ahora ya está. Así que acepto que esta es tu elección. Tu coche te está esperando. — Señalé a un lado. Un hombre con un cartel que decía Marino / García estaba esperando pacientemente.

—¿Ese es nuestro auto? —Shawn estaba asombrado. Me estaba mirando con una nueva luz en los ojos, pero no era a quien quería impresionar. Era a Stella. Y el dinero no impresionó a Stella. El respeto lo hizo. Así que la respeté lo suficiente como para verla alejarse y no la detuve a pesar de que me mató no hacerlo.

CAPÍTULO TRECE

Habían pasado ocho semanas desde que me enamoré, me caí de una montaña, me rompí la muñeca y me rompí el corazón. De todo, el daño a mi corazón fue, cuando menos, el peor. Mi fisioterapeuta estaba aturdido por la velocidad con la que se curaba mi muñeca, ayudada por el elegante molde de alta tecnología que Gabriel pagó. El fisioterapeuta también fue pagado por Gabriel. Y también el estudio de música, donde le enseñé a su hija y a algunos de sus amigos también a tocar la guitarra. Todo me recordó a Gabriel. La vida era ciertamente mucho más fácil de lo que solía ser, antes de Gabriel. Debería estar feliz. Ya no tenía que preocuparme por el dinero. Me mudé a un departamento mejor, dejé de trabajar como camarera, pasé mi tiempo escribiendo canciones, escuchando música y mejorando. Pero a donde quiera que iba ahora, todo lo que hacía me recordaba a Gabriel y me dolía. Él cambió mi vida tan profundamente, que a veces necesitaba esconderme en un lugar seguro, donde no había recordatorios de él, las cosas que él pagó, los sentimientos que todavía albergaba por él o cómo me había cambiado por completo. Es por eso que estuve aquí, en el sótano de Star Girl Bar and Grill, en la trastienda que Shawn usó para escribir sus nuevas recetas de cerveza y planes de planificación, con el olor a moho y los vagos rumores de que era un escondite para gánsters de principios de siglo. Ni siquiera podía pensar demasiado en ese sótano antes de que volviera a Gabriel DeVille, hijo de la mafia y rompe corazones. Era mejor que estar en el hermoso estudio que Gabriel alquilaba para que yo usara. No importa cuán profesional trate de ser, siempre esperé que Gabriel apareciera allí. Era, después de todo, su espacio. Pero ni una sola vez en las ocho semanas desde que nos separamos, Gabriel apareció en ese estudio de música. Ni siquiera para escuchar a su hija tocar. Ni para recogerla. Ni rogarme que regrese a él o mostrarme lo que me faltaba o romper mi corazón

nuevamente. Ni una sola vez Gabriel había tratado de verme, de hablarme. Ni siquiera para comprobar si estaba bien, sin importar cuántas veces dijo que solo quería cuidarme. Maldito sea. Lo extrañaba. Suspiré y toque mi guitarra. Había escrito docenas de canciones mientras estaba convaleciente, y recientemente comencé a tocar nuevamente ahora que mi muñeca rota estaba curada. Hace un tiempo, me preocupaba no poder tocar después de romperme la muñeca, o de alguna otra cosa incluso peor, pero me sorprendió descubrir que en realidad parecía tocar mejor de lo que tocaba antes del accidente.

Algo sobre la pérdida y el dolor ahora me hizo más sensible y matizada, más cuidadosa con mis sentimientos y mis digitaciones. Alcancé nuevos niveles de emoción en mi música, aunque no había dejado que nadie escuchara todavía. Me escondí aquí en el sótano y toqué hasta que cayeron mis lágrimas. Y luego toqué hasta que las lágrimas se secaron y pude enfrentar al mundo nuevamente. Tenía toda una cartera de canciones ahora. La angustia de Stella. Llamé a las canciones de Drowned Star porque eso era convenientemente loco. Toqué y toqué y toqué todas mis canciones tristes y recordé mi soledad en lugar de seguir adelante y dejarlo ir. Porque simplemente no parecía ser capaz de hacer eso. La puerta del sótano se abrió de golpe. —Está bien, es suficiente. —Shawn irrumpió.

—Has estado deprimida durante semanas. Meses incluso. No puedo tolerarlo más. Llámalo. Es obvio que lo amas y no lo vas a superar. Por favor, preciosa. Ya no quiero que te sientas miserable.

Lo miré furiosa. Y reanudé mis canciones sombrías.

—Bueno, no ha venido a verme ni ha intentado contactarme de ninguna manera. Ni siquiera a través de Lizza. Así que es obvio que fue más fácil para él superarlo que para mí. Y si lo estoy o no, estaba enamorada de él, él no está enamorado de mí. Entonces, por lo tanto, no es amor verdadero, es solo un enamoramiento. Así que llamarlo sería monumentalmente estúpido.

Puso los ojos en blanco con tanta fuerza que pensé que se quedarían atrapados en la parte posterior de su cabeza. —Está tratando de respetar tus deseos. Por eso no te está llamando. Él no te ha superado. —Bajé la guitarra. —¿Como sabes eso? ¿Estás viendo a Marcus otra vez? ¿Te lo ha dicho? —Sus mejillas se sonrojaron de un rojo oscuro. —¿Estás viendo a Marcus otra vez! Oh Dios mío. ¿Como es él? ¿Estas enamorado? ¿Lo perdonaste?

Estaba feliz por Shawn. Solo porque mi corazón estaba roto no significaba que el de él también debería estarlo.

—Suficiente. No te distraigas con mi vida amorosa. Arregla la tuya. Llamalo, Hablale, Bésalo, Cásate con él. Averígualo. No estoy seguro de que puedas vivir sin él, preciosa, y realmente no has estado viviendo desde que lo dejaste.

Me reí, pero no fue divertido. Estaba demasiado cerca de la verdad. Antes de Gabriel y después de Gabriel. No parecía vivir realmente después de perderlo. Parecía haber perdido la mitad de mí misma y no podía encontrar el equilibrio nuevamente. Mis pensamientos lo anhelaban. Mi corazón también.

—¿Crees que debería? —Él asintió. —¿Crees que me volverá a ver? —Toqué ligeramente mi guitarra, mirando a Shawn a través del cabello que me caía en la cara. No quería que él viera lo ansiosa que estaba. No pude engañarlo. Se sentó frente a mí y tomó mi mano, sonriendo suavemente, como si fuera a llorar.

—Creo que te pedirá que te cases con él.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y la risa salió de mis labios.

—Eso suena como él. —Y así fue. La última vez que hablamos, prometió que no me pediría que me casara con él hasta que yo estuviera lista. ¿Por qué sentí que estaba segura, si volvía a preguntar, que le diría que sí? ¿Aunque no nos habíamos visto en semanas?

—¡Una sonrisa! Una verdadera sonrisa Ah, preciosa. Solo pensar en estar con él te hace sonreír. Déjate sonreír de nuevo.

Llámallo. —Una burbuja de alegría se elevó en mi pecho ante la sola idea de hablar con él. Quería escuchar su voz.

—Creo que lo haré. Creo que lo extraño. Creo que estoy lista.

—Esa es mi chica. Te dejaré en paz ahora para que puedas escribir una canción repentinamente feliz después de un mes de tristeza. —Me besó en la frente y salió del sótano. Tomé la guitarra y rasgueé, y de hecho fue una canción alegre. Las palabras comenzaron a fluir por mi mente como si acabara de esperar esta decisión. Love abrió la puerta, así como así y estaba viva otra vez. La puerta se abrió.

—Tenías razón, Shawn, solo necesitaba... —Una mujer débilmente familiar se paró en la puerta. —No eres Shawn. —Era alta y delgada, el cabello rubio recogido en una coleta alta y vestía todo de negro. Tenía los ojos helados y me sonrió. Me estremecí.

—No, no lo soy —dijo en tono británico. Su rostro se acomodó en mis recuerdos.

—Marion. Eres la ex novia de Gabriel.

Ella se burló. —No sé si ese es el término que yo usaría para mi relación con Gabriel, pero debo darte las gracias por ponerte en mi camino. ¿Sabes lo que me has costado? ¿Sabes hasta qué punto he tenido que ir para remediar esta situación? —Me puse de pie, mi guitarra sirviendo como un escudo entre nosotros.

—Gabriel y yo ya no estamos juntos. Terminamos. No nos estamos viendo.

—¿Él lo sabe? Porque parece pensar que está enamorado de ti. —Una rápida punzada de alegría me atravesó, junto con una profunda inquietud.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Recordé que ella no era solo la ex novia de Gabriel, estaba involucrada con el sindicato inglés. Ella era parte de la mafia de la que él estaba tratando de mantenerse alejado. Mi confusión se convirtió en miedo.

—Querida, eres un obstáculo en mis ambiciones en la vida.

—Solo soy una chica con una guitarra.

Ella puso los ojos en blanco y me miró por la nariz.

—Lo has atrapado con tu romance de clase baja. —Sus fosas nasales se dilataron.

—Y no puedo ascender en mi organización hasta que haya completado esta fusión con DeVille.

—¿Te refieres al matrimonio con Gabriel? ¿Es eso lo que quieres de él? —No me gustó. Sentí una estúpida oleada de protección.

—Ya terminó con eso. No va a volver al negocio. Estás perdiendo el tiempo con él. Y estás perdiendo tu tiempo conmigo. Ya no estamos apegados.

—Dirías cualquier cosa para retenerlo.

Ella me entrecerró los ojos y se burló. No le creí que ella solo quisiera a Gabriel por sus conexiones... por una fusión. Era una mentira que contó para poder protegerse y hacerla sentir fuerte. Él me había elegido y ella me culpó por eso.

No lo había elegido... entonces. Pero me condenaría si le dijera eso. Lo elegí ahora. Y sus planes para él me enfurecieron.

—Lo que haría para mantenerlo no es asunto tuyo. Vete. —Cogí mi teléfono celular en mi bolsillo trasero. —Llamaré a la policía —dije, pero antes de que pudiera sacar mi teléfono, sacó algo negro y pesado de su bolsillo y me golpeó la cabeza. Hubo un estallido de dolor y luego todo se volvió negro.

CAPÍTULO CATORCE

Lizza tocó su guitarra para mí. Era la primera vez que me permitía escucharla, aunque a veces podía escuchar un poco desde el interior de su habitación con la puerta cerrada. Estaba tan orgulloso de ella. Podía escuchar la influencia de Stella en su forma de tocar, en las notas y la melodía, y también en la forma en que inclinó la cabeza hacia un lado y dejó que la música la llevara. No quería dejar que los recuerdos agrídulces de Stella interfirieran con la alegría de escuchar a mi hija cantar. Fue hermoso. Ella era tan adulta. Tener a Stella como maestra le permitió florecer de una manera en la cual no creo que alguna vez podría haber logrado. Había algo en tener una mujer cariñosa que pasara tiempo con ella que Lizza necesitaba. Me alegré de que se hubieran encontrado. No dejé de notar que mi instinto había sido correcto, después de todo. Stella era la mujer que mi hija necesitaba tener en su vida. Sin embargo, suspiré profundamente, estaban equivocados acerca de mi lugar en su vida. Lizza me sonrió mientras tocaba y mi corazón se abrió de golpe. Saber de dónde vino hizo que toda la actuación fuera más conmovedora, más encantadora, más emocionante. Terminó y suspiré profundamente.

—Eso fue simplemente hermoso, simplemente hermoso. —
Aplaudí por ella.

—No soy tan buena como Ste... —se detuvo de decir el nombre de Stella. Ella trató de nunca traerla a mi alrededor, aunque nunca le dije que no lo hiciera.

—Lo siento. Todavía estoy aprendiendo, pero me encanta mucho.

—Eso es bueno, amar algo es importante.

—Papá —comenzó, pero nunca tuvo la oportunidad de terminar. La puerta se abrió de golpe. Marcus entró, hablando

por teléfono mientras lo hacía, extendiendo su mano para llamar mi atención. El la tenía.

—Está bien... —estaba diciendo.

—Sí. Está bien, haz eso. Entiendo. Ahora. —Marcus se volvió hacia mí. Marcus en alerta era algo aterrador para la vista. Parecía el doble de su tamaño considerable, y su rostro generalmente gentil estaba en dureza de granito.

—Han ido por Stella —dijo Marcus y me tomó unos segundos procesar sus palabras.

Me encontré de pie junto a él, cada molécula de mi cuerpo vibraba.

—¿Qué?

—El Sindicato. Tengo una pista sobre alguna información. Están plantando una bomba en el Star Girl Bar and Grill para deshacerse de ella. Se explicará como una fuga de gas.

Me congelé y lo miré. —No. ¡Papá! —Lizza gritó.

—¡Papi! Haz algo. Tienes que frenarlos. Tienes que salvarla.

—Marion. Se fue tras Stella porque no me casaré con ella. —Marcus asintió.

—No otra vez —le dije. Era igual que con Jessica pero peor. Jessica no había sido una espectadora inocente, sino una participante en los juegos de poder. Stella no tuvo nada que ver con eso. Solo estaba siendo atacada por su relación conmigo. Y ella me había dejado por este sórdido asunto. Ella no quería tener nada que ver con eso y aún así la arrastraban a esto. No podía dejar que nada le pasara. Fue mi culpa. No podía dejar que la lastimaran. Ella tenía que estar bien. Tenía que poder continuar, vivir su vida, hacer su música y ser ella misma. Porque la amaba. La amo tanto.

—No —dije. Mientras mi corazón estaba agitado, estaba planeando mi próximo paso. No podía depender de las autoridades para encargarme de esto. No hasta saber que estaba a salvo y fuera de peligro por completo. No hasta que supiera que estaba bien. Tenía que ir al Star Girl. Y ahora.

Aunque le dije que la dejaría sola, aún la vigilaba. Sabía cuánto tiempo tomaba llegar a Long Beach por métodos convencionales. Había estado allí muchas veces, aunque me aseguré de que nunca me viera. No podíamos tomar un auto, tomaría demasiado tiempo. —Helicóptero. —Le dije a Marcus, y él supo de inmediato a qué me refería. Yo conocía a la gente. Y esa gente me debía favores. —Vamos a salir.

—Lo tengo —dijo Marcus y llamó a quien necesitaba.

—Yo también voy. —Lizza estaba a mi lado, colgando de mi manga. —No —dijo Marcus y yo al mismo tiempo. Me volví hacia ella.

—Necesito que estés a salvo. No puedo preocuparme por ti también, por favor, Lizza. Te quedarás aquí. Marcus y yo nos encargaremos de Stella. Llamaré al amo de llaves para que venga a verte.

—Papá, no necesito una niñera. Solo necesito que traigas a Stella de vuelta. Tienes que traerla de vuelta. La necesitas Y papá, ella también te necesita.

Ella hablaba en serio. Ella realmente era muy adulta. Y ella tenía razón. Asenti. —Bueno —ella me abrazó y la abracé con fuerza, como si fuera la última vez que pudiera verla. La vida era tan frágil. —Te amo, Lizza.

—Yo también te amo, papá. Ahora ve a buscar a Stella.

Marcus y yo corrimos al helipuerto donde nuestro equipo ya estaba esperando. El helicóptero y el piloto estaban allí. Llamé a mi padre antes de llegar al helipuerto y le conté la situación. Maldijo profundamente y prometió tener un consejo con mis hermanos y el resto de la organización. Estaba fuera del negocio, pero su negocio tenía una tendencia a excederse. Tendría que ocuparse de eso, y tendría que hacerlo con decisión y rapidez. También habló con un político que tenía en el bolsillo y consiguió que limpiaran el espacio aéreo para nuestro vuelo. Había tratado de vivir de una manera de la que Stella estaría orgullosa, pero cuando se trataba de eso, usaba todos los recursos a mi disposición para cuidarla y mantenerla a salvo, y mi familia era muy poderosa. Si fuera necesario para

salvar la vida de Stella, me arrastraría de rodillas y le suplicaría a mi familia.

Estábamos en el aire, volando y en quince minutos aterrizaríamos en la playa frente al restaurante. Salté del helicóptero antes de que se detuviera por completo. Estaba en el suelo corriendo, saltando las barandillas del paseo marítimo. Tenía que atraparla. Todas las veces que había estado aquí antes permaneciendo a distancia, y observando, asegurándome de que estaba bien pero de que no me veía, tratando de respetar su necesidad de distancia. No quería imponerle ni obligarla a verme. Ya no. Esta vez no sería solo un observador. La policía ya estaba allí: Marcus sabía cómo ocuparse de los negocios, y una multitud se estaba formando fuera de Star Girl. Todos estaban presionados detrás de las barreras de seguridad, muy lejos del edificio.

—Retrocedan. ¡Atrás! —Los oficiales hicieron retroceder a la multitud, pero parte de ellos estaban empujando hacia adentro.

—¡Hay gente allí! Déjame entrar. Tengo que entrar. —Shawn era el que gritaba, empujando las barricadas, frenético, apenas contenido. —No, no lo entiendes. Este es mi restaurante y mi mejor amiga está allí. ¡Ella no ha salido!. —Estaba a medio segundo de ser arrestado.

—Marcus —le dije y en un instante, se estaba metiendo en la refriega, sacando a Shawn y arrastrándolo a través de la multitud hacia mí.

Shawn me vio y me agarró por las solapas. —Ella está allí, Gabriel. Ella está

en el sótano. Acabo de verla. Estaba practicando como siempre lo hace. No sé por qué ella no salió. Algo está mal. —Marcus estaba escuchando algo en su auricular. —Han encontrado la bomba —murmuró para que solo nosotros tres pudiéramos oír en la multitud. —Hace calor. El temporizador se ha reducido a cinco minutos.

—Necesito una distracción —le dije, mi corazón latía violentamente. Necesitaba llegar a Stella y necesitaba sacarla. Lo necesitaba como si necesitara aire para respirar.

—No seas estúpido. No sabes dónde está ella. ¿Qué crees que vas a hacer? —Marcus me fulminó con la mirada. Solo lo miré fijamente. Por supuesto que sabía de dónde iba a practicar y a esconderse de mí. ¿Realmente no sabía nada de mí? —He estado aquí antes. Pregúntale a Shawn.

Él asintió con fuerza, casi culpable. —Él se quedó conmigo. Para asegurarse de que ella estaba bien. Nos encontramos en el sótano.

—Voy a entrar allí. —Tenía un plan. No era un gran plan, pero era un plan para entrar allí, encontrar a Stella y sacarla. Solo necesitaba un poco de ayuda. Distrae a los policías.

Los ojos de Shawn ardieron. —Quieres una distracción? La tendrás. —Se dio la vuelta, le dio un codazo a uno de sus amigos en la multitud y torció la cabeza. Estallaron en acción. De repente, parecía que estaba ocurriendo un motín en la otra dirección, lejos de la barricada. Aproveché la oportunidad para pasar y dirigirme a la puerta trasera, y luego al sótano.

Ninguna barricada me detendría. Siempre obtuve lo que quería y quería a Stella.

CAPÍTULO QUINCE

Había un golpeteo persistente. Vino de dentro de mi cabeza. No, no estaba bien. Había un fuerte golpeteo pero venía desde fuera de mi cabeza. Era una puerta. Una puerta de metal. Me llamaban por mi nombre. Grito. ¿Cuánto tiempo había estado escuchando que alguien me llamaba? No lo sabía. Me moví y abrí los ojos, llevé mi mano a la parte posterior de mi cabeza, donde parecía haber un eco de los golpes provenientes de la puerta de metal pesada. Estaba en el piso. Era duro y frío. Cemento. Estaba en el sótano. Gemí cuando me senté, me dolía la cabeza. ¿Qué estaba haciendo en el sótano? La puerta chirrió y se abrió.

—Stella! —Todavía debo estar soñando porque sonaba como Gabriel.

—Stella! —Dio la vuelta a la mesa y me vio en el suelo. —Stella! Dios mío, ¿estás bien?

—Gabriel... —Él estaba aquí. Él estaba realmente aquí. El alivio fluyó a través de mí. Él estaba aquí. Estaba en casa. No me molesté en pensar que eso no tenía sentido porque estábamos en el sótano de un restaurante, pero no importó. Finalmente pude respirar. No había tenido una respiración completa desde que lo dejé parado en el aeropuerto. Se agachó y me puso de pie, y yo lo bajé y lo besé. Mi cabeza daba vueltas, pero con él todo tenía sentido. Se apartó tan rápido que casi me caigo. No estaba estable en mis pies. Se aferró a mis caderas.

—Cariño. Tenemos que salir de aquí. Hay una bomba a punto de estallar en menos de dos minutos. No hay tiempo suficiente para salir por donde entré. ¿Hay una salida aquí en el sótano? —Parpadeé y sacudí la cabeza para aclararlo.

—Marion. Ella me golpeó y me encerró

—¿En verdad vino aquí? ¿Vino detrás de ti personalmente? Maldición. Nunca pensé que llegaría tan lejos.

—¿Parece que haya alguna puerta aquí abajo, Gabriel? Es como una tumba.

Me reí amargamente. —Supongo que será nuestra tumba — dije y sentí que mis piernas cedían. Me abrazó. Me sentía tan bien en sus brazos. Había estado esperando que él venga a mí y él nunca lo hizo, pero aquí estaba. Lo extrañé tanto, ¿pero ahora? Ahora él explotaría conmigo. —¿Por qué viniste ahora? Vas a morir. ¿Por qué harías eso? ¿eres estúpido?

—No podía dejarte ir, Stella. No podía dejar que te lastimaran. Tenía que hacerlo. No lo entiendes, tenía que hacerlo. —Las lágrimas se escaparon de sus ojos y él me abrazó con fuerza. contra él y besó mi rostro.

—Prefiero morir contigo que pasar la vida sin ti, Stella. No podía perderte. Estaba dispuesto a esperarte pero no podía perderte. No podía dejar que te lastimaran. No podría dejarte morir.

—¿Ahora se supone que debo dejarte morir? ¿Cómo te atreves? —Golpeé su pecho con la mano abierta. Su arcón duro, robusto, cálido y amado. —¿Como pudiste? ¿Todo este tiempo me dejaste sola, hambrienta de ti y cuando finalmente apareces, es para morir conmigo? ¡¿Es esto una especie de broma?!!

—No es una broma. —Luego me besó desesperadamente. Un pensamiento apareció en mi cabeza. —¡Una broma! —Eso fue todo. Nuestro chiste. El chiste sobre los mafiosos italianos y el contrabando.

—¡Hay una salida! —Me aparté de él y me dirigí al fondo de la oficina, dejando a un lado las cajas de archivos. — Ayúdame. —Él me siguió.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —Deslice una caja a un lado. Era más pesada de lo que pensaba. Aquí hay un viejo túnel de contrabandistas. Nadie lo usa, es muy estrecho y parece antiguo y no muy estable, pero sale a un callejón. Me miró por un segundo, atónito, con sus ojos azules ardiendo de

esperanza, luego comenzó a arrojar cajas a un lado como si estuviesen vacías. Hundida en la pared renovada de placas de yeso había una vieja puerta de acero, de apenas un metro de altura. Shawn la había dejado expuesta porque le encantaba el romance de todo, pero la cosa estaba cerrada con un pesado cerrojo deslizante. Tiré del mango. Estaba atascado.

—No puedo hacer que se mueva.

—Al diablo con que no vamos a salir ahora —dijo, y entró. Puso ambas manos sobre la manija de la puerta antigua y giró. Gimió, resbaló, giró y Gabriel abrió la puerta. La suciedad se filtró y cayó por la abertura. Pero la puerta estaba abierta. Atascada a medio camino pero lo suficientemente abierta como para pasar a través de ella.

—¡Entra! ¡Ahora! —Gritó y me empujó hacia la abertura baja. —¡Muévete, tan rápido como puedas! —Estaba oscuro y sombrío y lleno de tierra y telarañas y probablemente cosas raras y espeluznantes. La única luz provenía de la puerta entreabierta detrás de nosotros. Estaba encorvado, mi mano recorría el techo bajo para no volver a golpearme la cabeza.

—Gabriel! ¡Vamos! —Lloré, desesperada por que él me siguiera. Sin embargo, venía lento. No estaba justo detrás de mí. Me detuve.

—Tengo que cerrar esta puerta —dijo. —Nos protegerá de la explosión.

—¡GABRIEL! —Grité. —¡Entra aquí ya mismo! —Tenía que venir. El tenía que hacerlo.

Y luego él estaba allí, su mano en mi cintura. —Estoy aquí. Ahora muévete. Me empujó hacia adelante y corrimos a medias, medio tropezando, agachándonos y ciegos por el pasillo. Lo jalé.

—Tenemos que salir de debajo de este edificio —le dije instándolo junto a mí.

—Todo podría colapsar... —Y entonces ya era demasiado tarde. Fuimos arrojados al suelo por una explosión de conmoción. El sonido vino después. Un estallido tan fuerte que me hizo girar la cabeza. Cuando me desvanecí, mis oídos

todavía resonaban. Entonces el túnel comenzó a colapsar. Podíamos escucharlo venir detrás nuestro. No había cerrado la puerta detrás de nosotros y eso debilitaba la integridad del túnel, había tenido razón al cerrarla, pero si hubiera esperado más, podría haber muerto.

—Muévete —dijo. —Sigue moviéndote —escuché a través del silbido agudo en mis oídos. Se acurrucó debajo de mi brazo y casi nos arrastramos, corrimos a medias lo más rápido que pudimos, por delante del túnel derrumbado. No pudimos adelantarnos. La suciedad y los guijarros cayeron del techo. Luego rocas. Entonces las paredes mismas comenzaron a desmoronarse. El techo se cayó. Me empujó al suelo y protegió mi cuerpo bajo el suyo, apoyándose en los codos mientras los túneles se derrumbaban sobre nosotros. Estábamos muertos. Este era el final. Finalmente había venido por mí. Y ahora moriríamos juntos.

—Te amo —susurré en el espacio de seguridad entre nosotros, que hizo con el arco de su cuerpo. —Te amo, Gabriel. Siento haberte dejado. Nunca debí haberte dejado. —Presionó su frente contra la mía y besó mis labios. —Yo también te amo, mi estrella de mar. Te amo mucho. —Hubo un estremecimiento en la tierra. Se presionó cerca de mí y la suciedad se derramó sobre nosotros. Tomé lo que pensé que sería mi último aliento, contenta al menos de estar en los brazos de Gabriel.

CÁPITULO DIECISEIS

La suciedad finalmente dejó de caer. Me golpearon las rocas y sentí el peso pesado y húmedo de la tierra sobre mis piernas, pero el techo sobre nosotros se sostenía y todavía estaba vivo. Estaba completamente negro y silencioso. Mi torrente sanguíneo latía en mis oídos.

—Stella? —Ella estaba debajo de mí, acunada en mis brazos. Podía sentir su corazón latir contra mi pecho y fue un alivio.

—¿Gabriel? —Sus manos se aferraron a mi camisa. —No puedo ver nada.

—Estamos enterrados. —Mi voz era áspera y ronca. Me aclaré la garganta para que pueda escucharme mejor. — Estamos enterrados. —Ella se arrastró un poco, para encontrar espacio debajo de mí, luego apareció una luz. Su celular. Hice una mueca cuando la luz me golpeó directamente en el ojo.

—Lo siento —dijo y lo apartó, iluminando la situación en la que nos encontramos ahora.

Detrás de nosotros, el túnel se había cerrado. Delante nuestro, todavía estaba en pie, aunque cubierto de escombros. Nos habíamos alejado lo suficiente de la explosión, pero sólo apenas. Si hubiéramos sido más lentos, nos habría enterrado por completo.

—Mierda —susurró. Las paredes parecían cerrarse sobre nosotros tal como estaban. Tierra oscura y desnuda. El túnel de este contrabandista nos había salvado la vida. —Estamos vivos —dijo, y sonrió ampliamente. —No morimos. —Su rostro estaba cubierto de tierra. Se lo limpié, pero mi mano también estaba cubierta de tierra, y todo lo que hice fue mancharla más.

—Sí. —Me moví y la suciedad cayó de mi espalda. —Sin embargo, todavía estamos enterrados. El edificio debe haberse derrumbado. Acabamos de salir.

—Estás cubierto de tierra —dijo ella, extendiéndose a mi alrededor para sacudirlo. Hice una mueca. Ella jadeó y puso su mano en mi cara. Podría perderme en las sombras oscuras de sus ojos. —Oh, ¿estás bien? ¿Estás herido? ¿Puedes moverte? —Honestamente, no estaba seguro.

—No creo que me haya lastimado mucho. Solo hematomas, espero —pero los escombros me tenían atrapado. Traté de levantar mis piernas, ponerlas debajo de mí para poder levantarme. Pero no pude.

—Creo que estoy atrapado. ¿Estás bien? ¿Tu cabeza? —Apoyándome en mi codo, peiné su pelo con mis dedos. Ella hizo una mueca.

—Marion te golpeó. Lo siento. Ella te dejó inconsciente. —Tragué fuertemente. —Casi te mata.

—Bueno, no lo hizo —dijo Stella con valentía. —Me salvaste. —Enredado en sus brazos, todo lo que pude hacer fue besarla. Desesperadamente. Porque finalmente volvimos a estar juntos aquí, y todo había salido mal, pero esto se sentía bien.

—Todavía no, no lo hice. Todavía estamos atrapados bajo tierra. Intenta salir de debajo de mí. El túnel que tenemos delante parece estar más intacto. —Ella asintió y se retorció debajo de mí, empujando la tierra a un lado con sus brazos y piernas, gruñendo por el esfuerzo. Si las cosas fueran menos graves, sería entretenido. Ella apuntó la linterna de su celular a mis piernas.

—Ugh, estás medio enterrado de la cintura para abajo. ¿Estás seguro de que no estás herido?

—En realidad no, no. No me siento herido, solo atascado.

Ella se deslizó hacia abajo y comenzó a quitar la tierra con las manos desnudas. —Voy a sacarte de aquí, ¿de acuerdo? —Dejé que mis brazos se doblaran debajo de mí. Yo estaba temblando. Ella casi muere. Casi la pierdo. Pensé en ella, todavía en ese sótano cuando estalló la bomba.

Ella seguramente habría sido aplastada. Casi morimos. Podríamos morir todavía. Estábamos atrapados en un túnel con

un edificio derrumbado encima de nosotros. Se sentía ridículo que aún no lo hubiéramos hecho. —Supongo que es tu turno de rescatarme, ¿eh?

No pude evitar el humor de mi voz. Ella se detuvo, encendió la luz en mi cara, luego se dio la vuelta y se dispuso a sacarme aún más furiosa.

—Muy bien, ahora puedo moverme un poco. —Me di vuelta y me moví. —Era solo la suciedad. Sí. Hay una piedra en mi tobillo. —Ella me la quitó y yo hice una mueca y liberé ambas piernas.

—Es bueno que el techo tenga solo tres pies de altura. Si esas rocas me hubieran caído desde más arriba, podría haber sido fatal. Me reí. Porque, ¿qué más había que hacer? Ella me golpeó.

—¡Basta! Deja de hacer bromas, no es gracioso. —Se sentó en la tierra y lloró. No podía verla llorar. Me deslicé hacia ella y la jalé a mi regazo. Los moretones no importaron. La suciedad no importaba. Un túnel colapsado no importaba. Todo lo que importaba era ella. Ella cayó en mis brazos, metiendo su nariz en mi cuello. ¿Por qué me había alejado tanto tiempo? Tembló violentamente y la abracé, como si mis brazos pudieran mantenerla unida. Luego agarró mi rostro con ambas manos y me besó hasta que apenas pude respirar. Se apartó y golpeó mi pecho otra vez.

—Maldita sea, Gabriel. Maldita sea. Te extrañé mucho. Y fue tan estúpido extrañarte. Apenas nos conocíamos. Se suponía que era una aventura de verano, pero me arrastraste. —Me presionó de nuevo, sus lágrimas mojaron mi cuello. Me encantó la sensación de su aliento contra mi cuello.

—Y ahora estás aquí. Así.

—Yo también te extrañé, Stella. No podría prescindir de ti. Toda mi vida estaba vacía sin ti.

Se apartó de mí y de su barro. La cara rayada y manchada de lágrimas estaba horrorizada.

—¡Y eso fue tan estúpido! ¡Cómo vas a correr hacia un edificio a punto de explotar! ¿Cómo vas arriesgar tu vida así?

—Tenía que hacerlo, Stella. Tenía que hacerlo. Tenía que encontrarte. Tenía que salvarte.

—Y ahora estás atrapado en este túnel conmigo. Y podríamos morir. Casi explotamos. Te encontraste con eso. Podríamos quedarnos sin aire aquí. Podríamos morir sin aliento y tú ni siquiera te detuviste a pensar.

—Te necesito tanto como necesito aire para respirar. No podía esperar mientras mi vida te atraía a este peligro. Si no hubiera entrado en ese sótano, te habrías desmayado o quedado encerrada en esa habitación sin salida cuando la bomba explotó. Estarías muerta.

—¡Y en cambio, estás atrapado conmigo! ¿No pensaste en absoluto?

—Solo podía pensar en ti, Stella.

—¿Y qué hay de Lizza? ¿Pensaste en cuánto te necesita? —Tropezar con una bomba. Podrías haberla dejado huérfana. Aún podrías. —Eso me detuvo.

—No estaba pensando en Lizza. Solo estaba pensando en ti.

—¡No puedes hacer eso! —Me golpeó de nuevo. Tomé su mano y la sostuve contra mi pecho.

—Deja de pegarme, Stella. No quiero dejar sola a Lizza, pero no me arrepiento de salvarte. No lo haré, te amo. Te quiero mucho. —Ella me besó de nuevo. —Estúpido hombre. Yo también te amo, pero no puedes cuidarme arriesgándote a ti mismo. —Negué con la cabeza, en la cercanía de la tierra fría y húmeda y su aliento caliente, ella era lo único que tenía sentido.

—Me equivoqué, Stella. Cuando te conocí, tuve la sensación de que eras mía. Estaba confundido. Nunca había sentido eso antes y la única forma en que podía entenderlo era pensar que podía ser tu dueño.

Sus dedos se apretaron en mis brazos. —Gabriel... —fue una advertencia. La decepción en su voz era clara. Pasé mis dedos por su cabello, cepillando la suciedad y los enredos.

—Estaba tan equivocado. Yo no te poseía. No podría ser tuyo. La verdad es que tú me posees. Soy todo tuyo. Esta necesidad de cuidarte no se trata de control, es porque quiero que seas feliz, que seas la persona que realmente eres, que vivas tu vida plenamente. Todo el dinero que tengo, finalmente tiene sentido. No se trata de poder o de poseer personas o cosas. Se trata de darte el tipo de vida que siento que mereces, se trata de poder cuidarte. A tí y a la gente que amo. Lizza, Marcus, Incluso Shawn, el bastardo hizo una distracción para que pudiera llegar a ti —¿Conspiraste con él para entrar en un edificio que estaba a punto de explotar para poder salvarme? Él también es estúpido.

Ella se sorbió la nariz y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Extendiendo la tierra. Traté de limpiarle la cara.

—Me cambiaste, Stella. Me hiciste un mejor hombre. Me hiciste entender que no podía simplemente decidir cómo las personas deberían vivir sus vidas, sino que puedan contar conmigo. No sé por qué no entendía eso antes.

—Fue tu educación inferior como hijo de mafiosos, Gabriel. —Se limpió la cara. Probablemente estaba tan sucio como ella.

—No es tu culpa.

—Pero esto lo es. Fuiste atacada porque Marion pensó que podía controlarte a ti, a mí y a todo. Porque nada importaba sino lo que ella quería. Ya no puedo ser ese tipo de persona. Eso no es amor. Esto es amor. Todo lo que importa es tu felicidad. Y ahora estamos atrapados en un túnel y nadie sabe que todavía estamos vivos. Pero si tenemos que morir, al menos me alegro de poder morir en tus brazos.

—Maldita sea. —Me abofeteó de nuevo y luego me besó antes de que pudiera quejarme.

—Maldita seas. Ahora soy responsable por ti. Arriesgaste tu vida para salvarme y ahora tengo que salvarte. No vas a morir.

—¿Cómo? ¿Golpeándome de nuevo?

—Al llegar al final de este maldito túnel de contrabandistas. Solo el extremo del edificio se derrumbó. El resto todavía está en pie.

—¿Túnel de contrabandistas? No creo que sea eso.

—Sale por los muelles. Creemos que fue hecho para traficar alcohol. ¿No es el túnel de un contrabandista?

—Este túnel es demasiado bajo y estrecho como para llevar cajas de alcohol. Créeme. He visto los túneles de los contrabandistas. Si alguien hiciera negocios reales a través de este túnel, sería más funcional. Lo sé, mi familia son mafiosos. Hacen muchos negocios turbios.

—Bueno, no me importa lo que sea, o por qué está aquí, ahora mismo nos ha salvado la vida y no voy a dejar que mueras. —Se levantó, se encorvó en sus piernas y levantó una mano hacia el techo. La suciedad la bañó.

—No creo que este túnel haya sido aprobado por un ingeniero”. Me puse de pie, pero apenas pude hacer más que gatear.

—No creo que este túnel resista esta explosión. Parece más apretado que antes y menos estable. Pateé tierra y escombros fuera del camino.

—¿Qué tan lejos está el final?

—No estoy segura. Realmente no recuerdo cuán lejos llegamos, estaba demasiado asustada y un poco desorientada. Creo que no mucho más lejos. Solo pasé una vez, cuando Shawn apenas alquiló el lugar. Y habíamos estado bebiendo. Y parecía ser muy divertido y muy aventurero. —Sentí un escalofrío a través de las paredes y más suciedad cayó del techo.

—No es tan divertido ahora. Tenemos que salir. —La insté a avanzar, y ella me agarró del cuello y me empujó detrás de ella. Nos tropezamos con el suelo mucho más rocoso y nos agachamos mientras la lluvia caía sobre nosotros cada pocos minutos.

—Esto es todo —dijo Stella, apuntando con su linterna a la puerta. Era pesada y de acero, sellada con una barra vieja y

pestillos en la parte superior e inferior.

—Me encargaré de la barra, tú alcanza los pestillos. —La barra chirrió y resistió, pero con la ayuda del peso de mi hombro finalmente se deslizó y cayó al suelo con un ruido sordo.

Stella consiguió el primer pestillo fácilmente pero el inferior se resistió. Las paredes se estremecieron.

—No puedo entenderlo, Gabriel. Creo que está oxidado. —Cogí la barra del suelo y comencé a cerrar el pestillo hasta que se soltó. La suciedad cayó del techo.

—Oh no —dijo Stella. —El resto del túnel. Las vibraciones aumentaron y se escuchó un fuerte estruendo. Tiré mi cuerpo contra la puerta y apenas se movió, atascado.

—Puedo ayudar. Hagámoslo juntos.

—Juntos —estuve de acuerdo. —Uno, dos, tres!

Ambos nos estrellamos contra la puerta y ésta se abrió de golpe cuando caímos por la puerta sobre el cemento duro. Estábamos afuera El aire era frío, claro y fresco, con el olor del océano no muy lejano. El cielo estaba azul excepto por una gran nube de polvo y humo a causa de la explosión. El trueno del túnel derrumbado rodó sobre nosotros. La abrigué en mis brazos mientras el polvo salía por la puerta. Ella se aferró a mí y yo me aferré a ella mientras esperábamos a que se asentara, esperamos a que el cielo cayera sobre nosotros y terminara el trabajo, pero todo había terminado. Éramos libres, estábamos a salvo y no habíamos muerto. Estábamos vivos. Me puse un reír. No pude evitarlo. Stella me miró sorprendida, pero la suciedad en su rostro la hacía parecer un mapache y eso solo me hizo reír más fuerte. Me di la vuelta sobre mi espalda, mirando hacia el cielo abierto.

—Te salvé después de todo. —Se subió encima de mí, a horcajadas sobre mis caderas, e inclinándose hacia adelante para abrazarme con fuerza.

—Ouch —le dije. Todos los moretones. Había más de los que había pensado al principio. De hecho, podría estar un poco herido.

—Yo también te salvé.

—No tienes idea. —Le rodeé la cabeza con la mano y la bajé para besarla.

—Ouch —dijo, y puso mala cara, tocando la parte posterior de su cabeza.

—Marion —dijo. —Marion —maldije por lo bajo.

—Tenemos que llevarte a un médico para que se encargue de eso. Estuviste inconsciente y no sabemos por cuánto tiempo. —Que ella estuviese herida me dolió.

—Se suponía que debía cuidar de ti.

—Honestamente, ni siquiera sé cuán herida estoy. Creo que estoy un poco en estado de shock. Marion, que me golpeó en la cabeza, apareciste, casi muero, casi enterrada viva, realmente viva. Me da vueltas la cabeza y no sé si es por lo que acaba de suceder o porque me golpearon en la cabeza. —Metió la cabeza en mi pecho.

—Casi morimos. Alguien trató de matarme, Gabriel. —Apreté la mandíbula y me senté, acercándola a mi regazo, tratando de abrazarla, para alejar los males del mundo.

—¿Qué vamos a hacer con ella? ¿No vendrá a buscarme otra vez?

—Mi familia no permitirá que sus acciones se mantengan. Me aseguraré de eso. Y me aseguraré de mantenerte fuera de eso.

—Espera. ¿Te va a meter de nuevo en la mafia? —Se aferró a mis brazos y me miró a la cara con preocupación. Pensé en mi familia y en cómo mi madre había resentido mis intenciones de escapar y seguía tratando de asegurarse de que ‘cumpliría con mi deber’ sin importar lo mucho que mi padre le dijo que los enorgullecía. Y ahora, su intromisión en mi vida amorosa, no es que un matrimonio arreglado no consensuado tuviera algo que ver con el amor, casi me hizo matar, junto con la mujer que amaba. Me tuve que reír. Ella me miró ofendida.

—Tenemos que hablar sobre tu sentido del humor. Nada de esto es divertido. ¿Qué es tan gracioso?

—Creo que este bombardeo finalmente me liberará de la mafia. Tengo influencia contra mi madre. Soy libre. Puedo dejar todo atrás y vivir mi vida.

—Oh, eso es maravilloso —suspiró.

—Eso hace que esto sea mucho más fácil.

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo, Gabriel? Resulta que tampoco puedo vivir sin ti. No quiero volver a separarme de ti nunca más. Soy toda tuya. Y tú eres mío, y deberíamos estar juntos. Una familia.

Mi corazón se hinchó. Pasé mis dedos arriba y abajo por su columna vertebral.

—Hmm. Lo pensaré. —Ella jadeó.

—¿Lo pensarás? ¡Te escribí una canción! ¡Te escribí un millón de canciones! Acerca de cuánto te amo, idiota.

Fingió ofenderse, pero vi la chispa en sus ojos. El alivio, la alegría, después de todo el miedo y la soledad. —¿Lo pensarás! —Ella trató de golpearme en el pecho otra vez, pero agarré su mano sucia y polvorienta y la sostuve apretada. La besé.

—Sí, amor. Por supuesto que me casaré contigo. En cualquier momento. En cualquier lugar. Te amo más que a nada.

De repente, lo único importante parecía ser estar seguro de que ella entendía. yo, envolviendo con fuerza una mano alrededor de su cintura mientras la otra acunaba su preciosa cara. La besé. Era como si estuviera completo de nuevo. Cuando levanté los labios, suspiró como si fuera la primera vez en mucho tiempo que hubiera recuperado el aliento. Su sonrisa era inapropiadamente brillante dadas las circunstancias, pero quería reír con alegría, así que, ¿quién era yo para juzgar?

—¿Deberíamos decirles a todos que no estamos muertos?
—Cuando por fin pudo dejar de sonreír.

—No muertos. Y casados. Hagámoslo. —Se levantó, haciendo una mueca, y me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Quería reírme del dulce gesto, pero cuando intenté levantarme, me di cuenta de que no era solo un gesto y necesitaba su ayuda. Gruñí y me puse de pie, dándome cuenta de que los moretones eran peores de lo que pensaba y mi tobillo no me permitía siquiera sostener mi peso.

Se metió debajo de mi brazo para ayudarme a caminar y a mi orgullo no le importó en absoluto. Me emocionó tenerla tan cerca de mí. Cojeamos por el callejón y salimos a la calle donde el resto de la multitud quedó boquiabierto y sorprendido por el restaurante que solía estar allí pero que ahora no era más que un montón de escombros. Estaba notablemente tranquilo.

—¡Oh no! —Stella jadeó. —El Star Girl se ha ido por completo. Oh, pobre Shawn. —Cuando encontramos a Shawn y Marcus, estaban cenicientos, atónitos, mirando los restos, envueltos en los brazos del otro y llorando. Llorando.

—¡Shawn! —Llamó Stella. Él y Marcus se volvieron, como uno solo, hacia su voz y nos vieron.

—¡Stella! —Gritó Shawn, y corrió hacia nosotros, empujando a través de la multitud para llegar a ella. La envolvió en un abrazo gigante.

—Gracias a Dios que estás viva. Preciosa. Pensé que estabas muerta. —De repente me levantaron en un abrazo de oso. Gemí de dolor, pero a Marcus no le importó.

—¡Idiota! Pensé que iba a tener que decirle a Lizza que su padre estaba muerto.

—No lo estoy —me ahogué. —Lo hicimos. La salvamos. Pero él no me sermoneó. Me abrazó con más fuerza y fue difícil no hacer un sonido poco masculino. —Marcus me humilló. En realidad estoy herido.

—Oh —dijo sorprendido. Me puso suavemente de pie y comenzó a revisarme.

—¿Dónde estás herido?

—En todas partes. Casi nos enterraron vivos en un túnel de tierra.

—Una roca dió en su tobillo. No podía caminar. —Dijo Stella por el abrazo de Shawn.

—Me salvó la vida, Marcus. Hubiera muerto bajo esos escombros si no fuera por él.

—Sabía que siempre me había gustado —dijo Shawn.

—¿Túnel de tierra? —Dijo Marcus mientras revisaba el tobillo. —Hum. Tiene sentido. El edificio solía ser una parada en el ferrocarril subterráneo. Probablemente movieron esclavos fugitivos a través de ese túnel.

—¿Qué? —Shawn, Stella y yo dijimos al mismo tiempo. Marcus nos miró.

—¿Qué? Siempre investigo lugares importantes. Guardaespaldas, ¿recuerdas? Pero no vi un túnel en los planos oficiales del edificio. Así que supongo que lo usaron para ocultar esclavos.

Stella y Shawn se echaron a reír. pensamos que era para que los mafiosos pudieran traficar alcohol. —Marcus alzó la vista hacia ellos. —Este fue un muelle de pesca antes de ser un restaurante. un almacén. nada de mafia. abolicionistas. no lo hacen, ¿Ustedes nunca investigan nada? —reí entonces. Miré a Stella, y ella me sonrió y comenzó a reír. Shawn también.

—Marcus, eres más como un hermano que mi propia familia. No sé qué haría sin ti.

Terminó de revisar mi tobillo y se puso de pie. —Esguince. Vivirás. Hasta que Lizza descubra lo que hiciste. Gabriel. — Me llamó Gabriel, no Sr. DeVille. Stella vino a mis brazos, justo donde quería tenerla.

—Ustedes dos deberían ser los primeros en saberlo. —Ella me miró, su cara manchada de suciedad y moretones y la cosa más querida del mundo.

—Nos vamos a casar. —Los ojos de Shawn se agrandaron.

—Bueno, tal vez Lizza te dejará vivir entonces —se quejó Marcus, aunque pude ver que estaba tratando de contener las lágrimas. Shawn agarró a Marcus del brazo y lo sostuvo.

—Finalmente —dijo. —Ya era hora. —No podría estar más de acuerdo con él.

EPÍLOGO

Me puse de pie en el escenario del recién reconstruido Star Girl Bar and Grill con mi vestido blanco. Mañana volvería a abrir. Esta noche fue solo para nosotros. Afine mi guitarra, y mi cabello, salpicado de diminutos pétalos blancos de jazmín que cayeron sobre mis hombros. Los aparté y miré hacia arriba, hacia la multitud que me miraba y lo único que vi fue a Gabriel, sus ojos azules brillando hacia mí, una amplia sonrisa y el amor brillando en su rostro. Tuve que devolverle la sonrisa. No había forma de que no pudiera. Me sentí llena de felicidad. Él me devolvió el saludo, alentador. Como si necesitara aliento para mostrarle a él y a todos los demás cómo me sentía.

—Esta es una canción que escribí para mi esposo, antes de que él fuera mi esposo, cuando nos separamos y todavía estaba enfrentando la forma en que mi corazón late solo por él.

La audiencia suspiró ante los sentimientos románticos, pero no se dieron cuenta de que no eran solo palabras. Sin embargo él lo hizo. Presionó su mano contra su corazón. Con mi anillo en su tercer dedo. Sabía que se lo estaba diciendo a él. Su corazón latía solo por mí. Agaché la cabeza y comencé a tocar.

Rasgueé, recordando que una vez que estuve sola, antes de conocerlo, pensé que la aventura de mi vida era descubrir de dónde venían las personas que desaparecieron de mi vida, pero resultó ser que la mayor aventura de mi vida fue encontrar a Gabriel y dejarme llevar. Abrirme a él y aprender a confiar en mis instintos.

Fui buscándome por todo el mundo, en las montañas y los arroyos,

las ciudades y los campos, pero lo que encontré fue a ti,

tu amor me sostuvo y me mantuvo fuerte, y no tuve que buscar más.

Cuando te miré a los ojos vi mis esperanzas, mis sueños, mis miedos.

Cuando te miré a los ojos me vi a mí misma. Tu amor, por siempre verdadero y fuerte.

Tu amor, cuidándome como yo te cuidaré a ti. Fui a buscarme y te encontré.

Cuando te miré a los ojos, no tuve que buscar más.

Cuando te miro a los ojos me encuentro a mí mismo. Y en tus ojos, estoy en paz.

Fui a buscarme por todo el mundo y nos encontré.

Nuestro amor permanecerá por siempre seguro, confiable y verdadero.

Cuando terminó la canción, hubo silencio. Miré hacia arriba, y allí estaba él, de pie para mí, una lágrima rodando por su mejilla. Caminó hacia el escenario y me barrió en sus brazos. Me aferré a él porque nunca, nunca lo dejaría ir, nunca más.

—Me haces sentir completo, Stella del mar, mi corazón, mi esposa. Contigo todo tiene sentido.

—Bueno, entonces, ¿no es algo bueno que sea tuya para siempre?

Extendí mis manos acunando su mandíbula audaz, mi anillo de diamantes parpadeando, y lo hundí en un alma llena de alma. Un beso.

Nunca lo dejé ir. Nunca ..

SOBRE L.A. PEPPER

Al igual que usted, L.A. ama las historias románticas contemporáneas y es una ávida lectora.

Su corazón ha sido roto por el verdadero amor, sin embargo, ¡todavía es adicta a los finales felices!

Cuando L.A. no está escribiendo sobre la próxima novela romántica contemporánea del chico malo multimillonario, disfruta de una copa de *Chianti*, de *raclette* con sus amigas, de clases de *spinning* y de ver el amanecer cada mañana.

Es una ama de casa desesperada autoproclamada y vive en un callejón sin salida de historias emocionantes, dramáticas y románticas. Muchas de sus ideas están inspiradas aquí.

L.A. recibió su apodo de una de sus hijas adolescentes, ¡y lo acuñaron amigos y familiares!

Leanne vive en Canadá con su marido, y 4 hijos.

¡Le encantaría contactar con usted!



CONTACTAR CON L.A.



Visite su [página de autora](http://bit.ly/2v3vw64)

<http://bit.ly/2v3vw64>

Visite la página de [Facebook](https://www.facebook.com/groups/332785307317033/) de L.A.

<https://www.facebook.com/groups/332785307317033/>

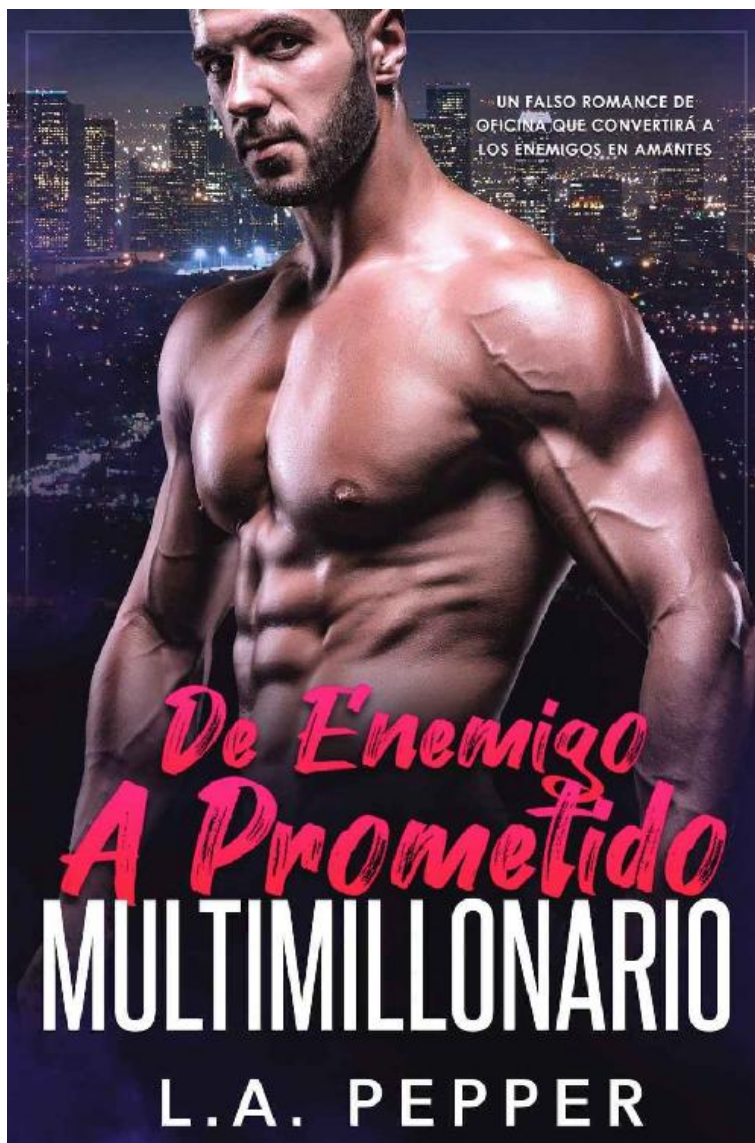
Siga a L.A. en [Amazon](#) para obtener actualizaciones sobre nuevas publicaciones y mejorar sus recomendaciones

https://www.amazon.com/LA-Pepper/e/B07QS4RJY6/ref=dp_byline_cont_book_1

OTROS TÍTULOS DE L.A. PEPPER

De enemigo a prometido multimillonario

Un falso romance de oficina que convertirá a los enemigos en amantes

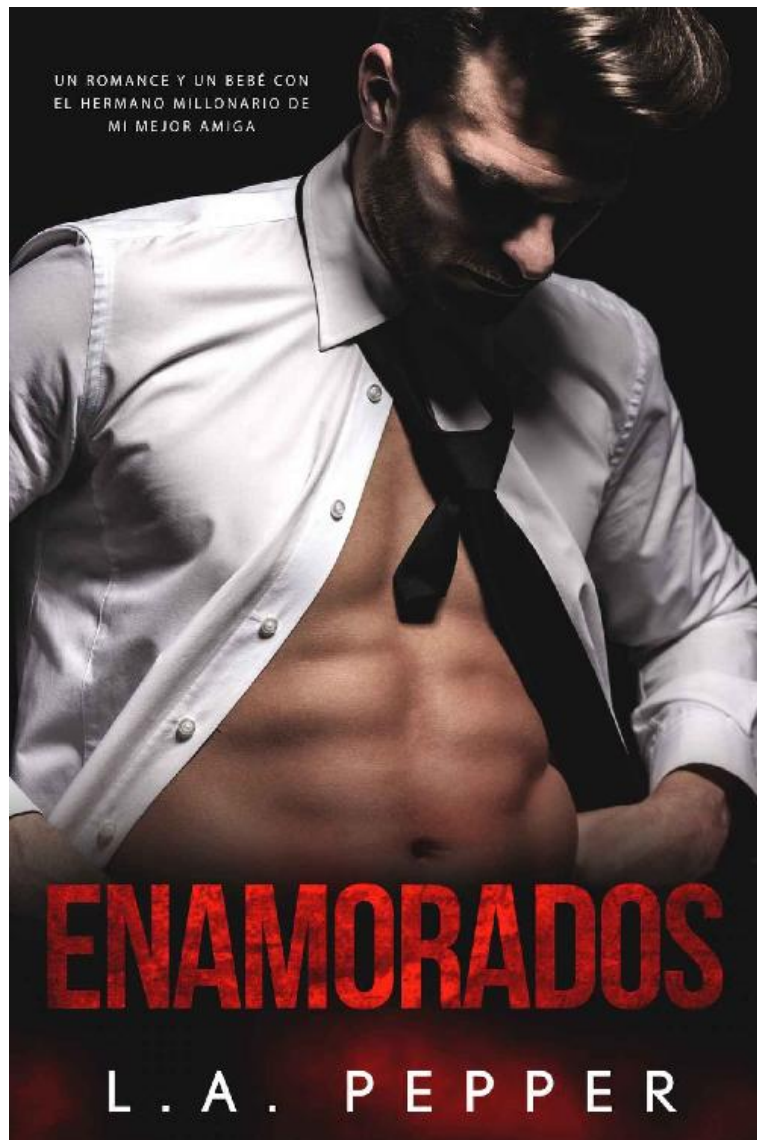


<https://www.amazon.com/dp/B0841Q9BKN>



Enamorados

Un Romance y Un Bebé Con El Hermano Millonario de Mi Mejor Amiga



<https://www.amazon.com/dp/B0841PR5KS>



Protegiendo Su Secreto

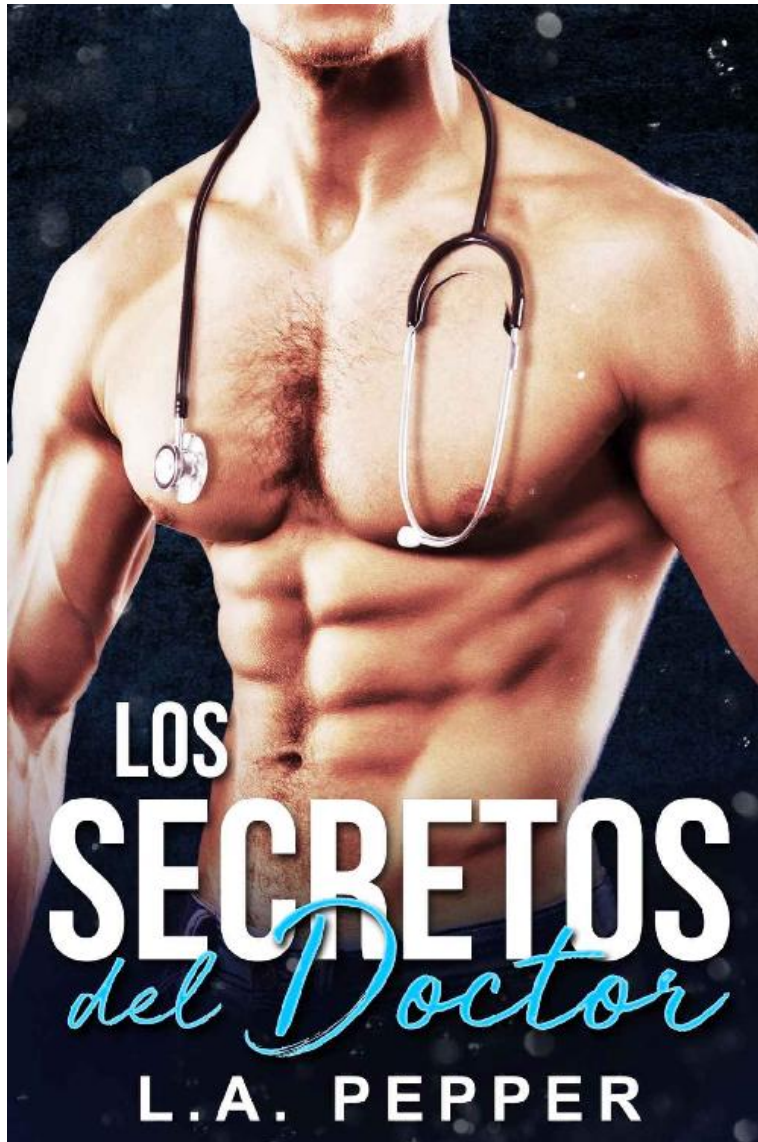
La Segunda Oportunidad De Un Multimillonario



<https://www.amazon.com/dp/B0841Q6MH9>



Los Secretos del Doctor



<https://www.amazon.com/dp/B0841Q7R91>

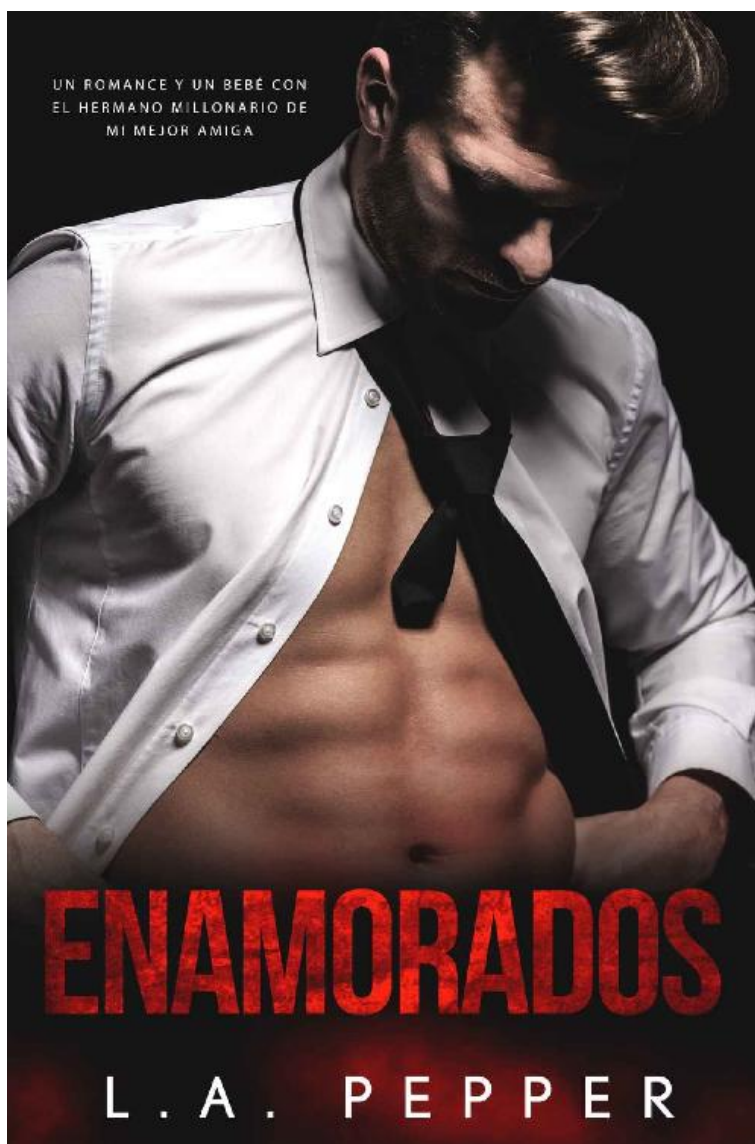


LEE UN ROMANCE GRATUITO

Obtén tu copia gratis de

Enamorados

Un romance y un bebé con el hermano millonario de mi mejor amiga



Descarga el libro en <https://dl.bookfunnel.com/t15zurdlke> (versión en inglés).

AUDIOBOOK

Gratis con la prueba de 30 días.



[El Amor Siempre Gana](#)